

# TIRO LIBRE

Relatos cancheros sobre futbol

Prólogo de Amanditita

Dibujos de María Conejo



# TIRO LIBRE

RELATOS CANCHEROS SOBRE FUTBOL



HILO DE ARACNE



Publicaciones  
& Fomento  
Editorial

  
culturaUNAM

 descarga  
cultura  
.unam

# TIRO LIBRE

RELATOS CANCHEROS SOBRE FUTBOL

Martín Caparrós • Paulina Chavira  
Juan Villoro • Eréndira Derbez  
Jesús Ramírez-Bermúdez • Marion Reimers  
Juan Carlos Quezadas • Rosa Beltrán  
Francisco Hinojosa • Brenda Ríos  
Antonio Ortuño

Prólogo de  
*Amanditita*

Dibujos de  
*María Conejo*



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Universidad Nacional Autónoma de México  
Universidad Autónoma de Nuevo León  
Universidad de Guadalajara  
Fundación UNAM

México 2026

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Beltrán, Rosa, 1960- , autor. | Caparrós, Martín, 1957- , autor. | Chavira, Paulina, autor. | Derbez, Eréndira, 1991- , autor. | Hinojosa, Francisco, autor. | Ortuño, Antonio, 1976- , autor. | Quezadas, Juan Carlos, 1970- , autor. | Ramírez-Bermúdez, Jesús, 1973- , autor. | Reimers, Marion, 1985- , autor. | Ríos, Brenda, 1975- , autor. | Villoro, Juan, 1956- , autor. | Lomelí, Leonardo. | Amandititita, prologuista. | Conejo, María, 1988- , ilustrador. Título: Tiro libre : relatos cancheros sobre fútbol / Rosa Beltrán, Martín Caparrós, Paulina Chavira, Eréndira Derbez, Francisco Hinojosa, Antonio Ortuño, Juan Carlos Quezadas, Jesús Ramírez-Bermúdez, Marion Reimers, Brenda Ríos, Juan Villoro ; presentación, Leonardo Lomelí Vanegas ; prólogo, Amandititita ; ilustraciones, María Conejo.

Otros títulos: Relatos cancheros sobre fútbol.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial : Universidad Autónoma de Nuevo León : Universidad de Guadalajara : Fundación UNAM, 2026. | Serie: Hilo de Aracne.

Identificadores: LIBRUNAM 2283595 | ISBN 978-607-642-366-0 (UNAM) | ISBN 978-607-581-941-9 (UDG) | ISBN 978-607-27-2807-3 (UANL) | ISBN 978-607-69833-2-4 (FUNAM).

Temas: Fútbol -- Anécdotas. | Fútbol -- Aspectos sociales. | Fútbol para mujeres. | Relatos personales.

Clasificación: LCC GV943.2.T57 2026 | DDC 796.33408—dc23

D. R. © 2026, Juan Villoro, *El talismán de los héroes*.

Primera edición: 5 de enero de 2026

D. R. © 2026, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
[www.libros.unam.mx](http://www.libros.unam.mx)

D. R. © 2026, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Dirección de Editorial Universitaria

Padre Mier 909 poniente, esquina con Vallarta, colonia  
Centro, 64000, Monterrey, Nuevo León.

[www.editorialuniversitaria.uanl.mx](http://www.editorialuniversitaria.uanl.mx)

D. R. © 2026, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
Editorial Universidad de Guadalajara

Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39, interior 32-33,  
Industrial Los Belenes, 45150, Zapopan, Jalisco.

[www.editorial.udg.mx](http://www.editorial.udg.mx) / [www.publicaciones.udg.mx](http://www.publicaciones.udg.mx)

D. R. © 2026, FUNDACIÓN UNAM  
Pennsylvania 203, Nápoles, Benito Juárez,

03810, Ciudad de México.

[www.fundacionunam.org.mx](http://www.fundacionunam.org.mx)

ISBN UNAM: 978-607-642-366-0

ISBN UANL: 978-607-27-2807-3

ISBN UDG: 978-607-581-941-9

ISBN FUNAM: 978-607-69833-2-4

El contenido de esta obra es responsabilidad de sus autores y no refleja, necesariamente, la posición de los coeditores. Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

# Índice

Presentación del rector de la UNAM Leonardo Lomelí Vanegas	7
Presentación del rector de la UANL Santos Guzmán López	9
Presentación de la rectora de la UDG Karla Planter Pérez	11
Prólogo Amandititita	13
La era del futbol Martín Caparrós	21
#Abran los estadios Paulina Chavira	34
El talismán de los héroes Juan Villoro	47
Cuando hablo de futbol hablo de haber reconstruido la relación con mi cuerpo Eréndira Derbez	60
Cruzazuleando Jesús Ramírez-Bermúdez	71
Crónica rusa Marion Reimers	84
Crónica de una búsqueda Juan Carlos Quezadas	92
La otra alineación Rosa Beltrán	106
Cascaritas Francisco Hinojosa	116
Techo de cristal y el césped abajo Brenda Ríos	126
El retorno de la chiva pródiga Antonio Ortuño	142
Semblanzas	156



Este año, México fungirá, por tercera ocasión, como sede de la Copa Mundial de Fútbol, un logro sin precedentes que, en su vigésima tercera edición, compartirá con Estados Unidos y Canadá. Por su trascendencia regional e internacional, este acontecimiento no podía pasar desapercibido para la Universidad Nacional Autónoma de México.

Por ello, nos sumamos a esta celebración con una publicación especial que fortalece nuestra actividad editorial, una de las expresiones más sólidas, constantes y representativas de esta casa de estudios. *Tiro libre. Relatos cancheros sobre fútbol* es una invitación a explorar este fenómeno contemporáneo desde perspectivas críticas y plurales. A través de textos que exploran los cruces entre sus dimensiones culturales, económicas, históricas y políticas, esta compilación ofrece una experiencia lúdica y sugerente que contribuye a ampliar la comprensión de un juego cuya influencia traspasa los límites del campo y de las fronteras.

Esta obra también nos recuerda que el deporte debe convocarnos siempre a dialogar, a competir con nobleza y a reconocernos tanto en la diversidad como en lo colectivo. En ese sentido, el fútbol constituye un crisol donde se expresan identidades, aspiraciones y tensiones; comprenderlo

desde la Universidad constituye, por tanto, una vía para participar activamente en la vida pública del país.

Expreso mi agradecimiento a la Universidad de Guadalajara y a la Universidad Autónoma de Nuevo León por sumarse con entusiasmo a esta iniciativa. Su colaboración demuestra que, mediante el trabajo conjunto, nuestras instituciones pueden generar proyectos de amplia resonancia social.

“Por mi raza hablará el espíritu”

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

Los valores que promueve el deporte, como el respeto, la disciplina, la resiliencia y el juego limpio, no se limitan al ámbito deportivo, sino que se proyectan también en las áreas de la cultura, el conocimiento y la educación.

Es por ello que, para la Universidad Autónoma de Nuevo León, representa un orgullo formar parte de esta edición especial de *Tiro libre. Relatos cancheros sobre futbol* como Libro de Verano, coordinada por la Universidad Nacional Autónoma de México en colaboración con la Universidad de Guadalajara y nuestra propia institución. Esta obra será distribuida de manera gratuita entre las y los estudiantes del nivel medio superior de nuestras comunidades educativas.

El Mundial de Futbol organizado por la FIFA, que tiene como sede a México durante este verano de 2026, no sólo representa un momento único de conexión de nuestra comunidad con el resto del mundo, sino además una oportunidad para fomentar una mirada crítica y el gusto por la lectura entre las juventudes del país a través de esta obra editorial.

En conjunto, más de 300 mil estudiantes de nuestras instituciones leerán, de manera coordinada y con el acompañamiento de una guía de lectura, un conjunto de crónicas

y relatos que no sólo acercan a las y los universitarios al mundo del fútbol, sino que también lo analizan desde distintos enfoques, lo problematizan, lo cuestionan y hacen del disfrute de la lectura un eje para aproximarse al deporte.

Dado que una de nuestras máximas como institución es el impulso al deporte y a la cultura, consideramos que esta edición marca un hito en la manera en que concebimos la lectura y su relación con nuestro espíritu deportivo, en este caso a través del fútbol, un fenómeno que mueve pasiones, une pueblos y que, a lo largo de su historia, ha sido un espacio de encuentro.

Desde la Universidad Autónoma de Nuevo León buscamos que el conocimiento llegue a las aulas, que el debate se enriquezca a través de la lectura y que la pasión por el fútbol funcione como un vehículo para entendernos mejor como sociedad, no desde la lógica de quien gana un partido y celebra el triunfo, sino desde la mirada de quien observa desde la tribuna y reconoce que ese triunfo es tan suyo como de quienes lo hicieron posible en la cancha: las y los jugadores.

Santos Guzmán López  
Rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León

Para la Universidad de Guadalajara es un honor participar en este proyecto junto con la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma de Nuevo León. Agradecemos la invitación a colaborar en este libro de relatos dedicado al fenómeno del fútbol, pues reconocemos que es mucho más que un juego: es una práctica social, ejercida por mujeres y hombres, que revela tensiones, afectos, identidades y contradicciones.

La presencia de un suceso internacional en nuestras ciudades, como la Copa Mundial de Fútbol 2026, nos brinda la oportunidad de dialogar acerca de esta pasión con nuestros estudiantes de bachillerato, pues concebimos el fútbol como un lenguaje compartido y un vínculo con nuestra forma de habitar el mundo, tanto de forma individual como colectiva. Este deporte articula prácticas, discursos y emociones que circulan dentro y fuera de la cancha y, ¿por qué no?, también dentro del aula. Su presencia constante en la vida social permite observar cómo el juego se adapta, se resignifica y conserva su capacidad de generar identificación, al tiempo que refleja las distintas realidades y tensiones de nuestra sociedad.

Nos sumamos a la fiesta del futbol y celebramos la publicación de esta obra, que nos invita al debate y a la reflexión.

“Piensa y trabaja”

Karla Planter Pérez

Rectora de la Universidad de Guadalajara

# Prólogo

## Amanditita

La chicharra timbraba a las doce en punto. El sonido, ensordecedor y horrible, era paradójicamente lo más bello del día porque anunciaba el recreo. Tenía ocho años y era muy pequeña, casi diminuta: la que siempre estaba al inicio de la fila.

Cuando sonaba el timbre, me quedaba quieta en mi escritorio, esperando a que todos salieran del salón; era la única forma de protegerme, porque cada salida se sentía como una estampida de toros. Los niños corrían con una fuerza animal desproporcionada para un espacio tan reducido, como si el recreo fuera su única afirmación de existencia.

Me sentía a salvo sólo cuando el salón quedaba vacío. Entonces salía con cautela, pegada a la pared, sin considerar siquiera cruzar el patio. Los niños se adueñaban de todo jugando fútbol, como si ese balón estableciera fronteras invisibles. Logré mantenerme a salvo durante un tiempo: iba a la cooperativa únicamente y comía en un rincón, observando. Era una espectadora sin haber pedido ese rol. Nunca logré integrarme, pero ése es otro cuento triste para después.

Las niñas, por un lado, intercambiando estampitas de Rosita Fresita; los niños, por el otro, jugando fútbol. Yo los

observaba sin juicio... hasta aquella mañana. Intentaba caminar al baño cuando una pelota me alcanzó. No la vi: la sentí. El impacto fue tan fuerte que me tiró de boca. El sabor metálico de la sangre se mezcló con el del pavimento caliente, ese sabor que no se olvida; la humillación no sabe a chicle, sabe a saliva tragada para no llorar. Sabe a quedarse callada aunque todo duela.

Entonces escuché un coro de risas tiranas, unas risas que no celebraban el juego, sino mi caída. Fue en ese instante que tomé la decisión de odiar el fútbol.

Con los años entendí que aquella pelota no era únicamente una pelota: era una advertencia. El primer recordatorio de que el mundo no se detiene a mirar si alguien pequeño está en medio del campo. Que la fuerza siempre va primero, que los débiles deben hacerse a un lado. Desde entonces, me suena a estampida, a masa que corre sin ver, que celebra y golpea.

La mayoría de las veces odiamos algo porque no lo comprendemos. Yo tampoco entendía ese código, esa liturgia que nadie se tomó el tiempo de explicarme, y yo tampoco pregunté. De niña, el fútbol representaba una suspensión del lenguaje que entendía, la tele era secuestrada por partidos eternos, muy aburridos. Recuerdo el verde de la cancha y me molesta esa imagen, llena de marcas y combinaciones de colores.

El fútbol pasa porque pasa, y cuando llega todo se va detrás de él. Recuerdo que, en mi juventud, un amigo me dijo que a los hombres les gustan más las mujeres que saben de fútbol, que eso era muy sexy. Uf, me chocó ese comentario. ¿Ahora resultaba que el fútbol también era un orna-

mento?, ¿otro accesorio para ser elegida? En ese instante sentí que la pelota del recreo volvía a alcanzarme.

Si tuviera tiempo para hablar de futbol en terapia –y no de traumas más urgentes–, le diría al psicólogo que mi rechazo es una forma de resistencia. Una grieta donde aún puedo decidir; un espacio pequeño pero firme donde no cedo ante la lógica dominante. La he sostenido casi toda mi vida, salvo en temporada de Mundial, cuando, desde antes del silbatazo, escucho que no podré trabajar hasta que pase. Es neta, ya van dos veces que me lo dicen: “Me encanta tu propuesta, Amanditita, pero vuelve cuando pase el Mundial”. Esa frase me tira de boca como aquel pelotazo. Y tendida en el pavimento cayeron, como lluvia, las hojas de este libro.

Pero debo decir que al leer los distintos relatos que conforman este tiro libre me ocurrió algo que no esperaba: se movió mi estructura mental, encontré diagnósticos y radiografías. Encontré un libro que proporciona una diversidad de perspectivas que transforman al futbol en un fenómeno considerablemente más complejo que un mero juego. Comprendí que, para los autores, el futbol no se limitó a ser un mero entretenimiento, sino que se convirtió en un elemento formativo, luminoso y, en ocasiones, incómodo.

Dentro de todos los textos, me impactó de manera significativa el de Eréndira Derbez. Su ensayo descoloca, porque no habla del futbol como rito colectivo, sino como un lugar donde se reconstruye una relación rota con el cuerpo. Su relato no es sobre el juego, sino sobre cómo el juego se vuelve un territorio al que regresa para recuperar lo que la violencia le

arrebató. Esto me hace pensar que no se puede hablar de fútbol sin hablar de violencia. No porque el fútbol sea malo en sí, sino porque es un espejo que refleja todas las madrizas del mundo: las que se permiten, las que se aplauden y las que se esconden.

Recuerdo una imagen que todavía me asquea. En la plataforma X vi un video de futbolistas en una fiesta, orgiástica, donde las mujeres eran tratadas como cosas, sin más valor que las botellas caras de alcohol y la cocaína. Los cuerpos eran parte de la diversión, como si su única función fuera estar disponibles.

Y lo que más me heló la sangre no fue el video, sino la reacción colectiva: miles de hombres celebrando la escena como si fuera un logro. “El reven soñado”, “Quién fuera futbolista”, como si acceder a los cuerpos de las mujeres fuera un derecho automático del éxito masculino. Una vez más, esa normalización del abuso.

Nunca he sentido que el fútbol sea sólo un juego o un deporte. Siempre me ha dado un poco de miedo. Ese miedo que no avisa, pero se queda: el miedo a la estampida en el recreo, a la pelota que no ves venir, al espacio que no es tuyo, al cuerpo que puede ser empujado, borrado, usado. Ese temor que adquirí a lo largo del tiempo no proviene del balón, sino de la cultura que lo envuelve. Y mientras los agresores sean aplaudidos en las orillas del campo, mientras la alegría de algunos sea el temor de otras, mientras la masculinidad continúe confundiendo violencia con éxito, no me pidan neutralidad.

También, sin embargo, me divertí con este libro. Entre todos los textos ampliaron mi horizonte, se afilaron mis preguntas y encontré argumentos que no tenía. Me reí y

agradecí enterarme por el texto de Jesús Ramírez-Bermúdez de que José Agustín “era inmune a la pasión futbolera”. Ese dato no es trivial: muestra que incluso dentro del canon existe gente que se ha negado a participar en el entusiasmo colectivo.

Y volvió entonces a mí una idea que siempre regresa: la literatura transforma; leer desplaza estructuras mentales, cuestiona lugares comunes. Si el fútbol une, la lectura une más. Y vale la pena leer también sobre lo que no nos gusta. Después de terminar este libro, sé que mi mente podrá cascarear con más ideas mientras el resto mira la pantalla. Y así me preparo: cuando llegue el 2026 y todo se suspenda, cuando aquella pelota del recreo regrese hacia mí como un meteorito, sé que esta vez podré levantar la cabeza... y darle un cabezazo.







# La era del futbol

Martín Caparrós

Sorprende la cantidad de cosas que ahora hacemos por deporte. La primera entre todas, por supuesto, es mirarlo. Y mirarlo y mirarlo –y, si es futbol, mirarlo un poco más.

El futbol es uno de los grandes fenómenos de nuestra Edad Occidental. Su existencia está llena de carambolas y piruetas: para empezar, el hecho de que, si no hubiese aparecido, nadie habría siquiera imaginado –ya no digamos lamentado– su ausencia. “Oh, qué raro, no existe el futbol, no existe el deporte. ¿Qué cuernos voy a hacer este domingo?”

Pero existe; inesperadamente apareció y ocupa un lugar incomparable. Es un enorme negocio global que hasta 2025 movía, cada año, unos 520 000 millones de dólares, sólo un poco más que el tráfico mundial de drogas, por ejemplo –aunque el futbol a veces paga sus impuestos.

Y sigue siendo el canal donde se cifra la mayor expectativa de salvación individual. Nadie lo sintetizó mejor que Samuel Eto’o, estrella del Camerún, quien decía que tenía que correr como un negro para vivir como un blanco. Porque es cierto que, para un chico brasileño o congoleño o madrileño, nada puede ofrecer –aunque sea en su imaginación– las posibilidades de “éxito” que el futbol le ofrece.

Y para eso produce una idea muy específica del éxito, hecha de fama y pleitesía, mujeres seriales y coches muy gordos.

Y sigue siendo la mayor máquina de creación de ídolos globales. No hay persona en el mundo cuya fama y atracción pueda competir con aquél que ocupa, en cada momento, el lugar del “mejor futbolista del mundo”.

(Lo cual terminó de consolidar una categoría novedosa: el ídolo es aquél que tiene el respeto y la sumisión de multitudes sin tener ningún poder directo sobre ellas. Hasta la aparición de los ídolos, las personas unánimemente acatadas eran los grandes jefes: un rey o un sumo sacerdote podían producir gran obediencia, pero lo hacían usando su poder; un ídolo de fútbol sólo produce una admiración y embeleso que no le permiten comandar a sus seguidores, pero sí llevarlos a comprar lo que sea que les vendan.)

Y, por eso, sigue siendo una máquina efficacísima de producción de estilos: millones y millones en el mundo imitan lo que pueden de sus jugadores favoritos. Algunos, un peinado o una camiseta; otros, un pantalón o alguna pose. Hace unos años, cuando andaba mucho por África, calculé que por lo menos uno de cada veinte chicos que veía llevaba una camiseta que imitaba la de Messi. Considerando que hay 300 millones de africanos menores de 15 años, podemos suponer que había entonces, en cada momento, 15 millones de chicos vestidos de Messi: 15 millones de chicos que querían ser él.

\*\*\*

Los deportes de correr con algo entre las manos o patearlo o hacerle lo que se pudiera habían pululado en Europa a lo

largo de la Edad Media. Pero su verdadera explosión llegó poco antes de 1850, tiempo de las pelotas. Lo que cambió entonces fue que varias bandas de ingleses jóvenes y ricos, concentrados en esos colegios desdeñosos donde aprendían a ser –un cierto tipo de– hombres, les pusieron reglas, los sistematizaron e “inventaron” el fútbol, el rugby, el hockey y algún otro intento.

El *Gran diccionario universal del siglo XIX* de Larousse definía el deporte como “un conjunto de entretenimientos, de ejercicios y de simples placeres que absorben una porción bastante notable del tiempo de los hombres ricos y ociosos”. El deporte, entonces, sintetizaba un intento de clase: somos *sportsmen* porque tenemos el tiempo, los medios, la instrucción, la templanza, el desdén por el dinero, el desdén por la victoria o la derrota y, finalmente, la posibilidad de demostrar que somos mejores porque somos el producto de los mejores. El deporte, en esos días ingleses, era también un gesto patrioter: mantenerse en condiciones de cumplir el deber de defender a la patria.

Estos deportes eran exclusivos de los hombres ricos, porque los hombres pobres no tenían siquiera el tiempo y el espacio para dedicarles. Las mujeres ricas, en cambio, podrían haberlos practicado si no fuera porque una de las metas del deporte era reforzar la idea de que no eran necesarias para nada –salvo para la reproducción–. Probablemente la gran enseñanza de esos colegios aristocráticos era que las mujeres eran, si acaso, un lujo que los hombres podían darse para terminar de ser hombres, pero que todo, literalmente todo, lo importante se podía hacer sin ellas.

En Eton o Winchester o Rugby, los deportes de pelota servían para hacer hombres en serio, hombres de su clase.

Además de establecer las diferencias sociales, proclamaban que el deporte era una forma de aprender autocontrol y de separarse de aquellos que no sabían ejercerlo, así como de justificar que los que sí sabían mandarían o mandasen. Y el conjunto de todas las reglas y su respeto es lo que aquellos ingleses llamaban *fair play*: atacar según la ética dominante. Los caballeros tenían derecho a ejercer la violencia porque la ejercían como caballeros. Esto incluía, por supuesto, respetar las reglas y sobre todo a la autoridad que debía aplicarlas —que, aun si se equivocaba, tenía razón, porque para eso era la autoridad.

Así, se suponía, se formaban verdaderos hombres capaces de enfrentar las circunstancias más difíciles del poder en Rangún o Kingston o Nairobi o cualquier otro quintocornero del imperio. Virreyes de esas razas inferiores, siempre con el desdén y el *gin & tonic*, siempre listos para poner la cara a una bocha de críquet que llega a cien millas por hora. *Stiff upper lip*, esto podría ser la guerra.

\*\*\*

Lo curioso fue que, de pronto, esta actividad pensada para pocos, diseñada para formar jefes, organizada para entrenar a las clases dominantes, se les fue de las manos. Los argumentos para tratar de explicarlo son variados y, por definición, parciales. Hay quienes ponen el acento en la intención de los trabajadores de integrarse a su sociedad retomando costumbres de sus ricos —y citan formas de vestirse, adopción de palabras y costumbres—. Y recuerdan también la aparición de “condiciones objetivas”: la reducción de las horas de trabajo, producto de largas luchas, y, así, la conquista de las

tardes de los sábados que, junto con la mejora de los transportes, permitieron que muchos trabajadores organizaran sus equipos y los inscribieran en los torneos que florecían aquí y allá.

Hubo un reparto: el rugby, más complicado y más violento, quedó del lado de los señoritos; el fútbol, en cambio, fue abducido por los pobres. De esa época nace aquel desprecio que afirma que el rugby es un deporte de caballeros jugado por caballeros, mientras que el fútbol es un deporte de caballeros jugado por caballos. A los obreros futboleros no parece que les haya importado demasiado: en esos años empezaron a aparecer sus primeros clubes en las grandes ciudades industriales. En 1874, Birmingham tenía un club de fútbol; en 1880 ya eran 150, por ejemplo. Miles y miles de personas que emigraban desde el campo y seguían buscando su lugar en esas ciudades nuevas encontraron espacios propios y comunes en esos clubes que reunían a los trabajadores de una misma fábrica, a los feligreses de una misma capilla, a los vecinos de una misma calle, a los parroquianos del pub de la esquina. Ya no sólo los ricos tenían esos lugares de pertenencia. A principios del siglo XX se calcula que seis millones, uno de cada cinco ingleses, asistían a los partidos cada fin de semana —y aparecían con fuerza la prensa deportiva y las primeras “hinchadas”, ya fanáticas.

(Lo cual, al mismo tiempo, planteó el problema del dinero: aquellos caballeros que lo despreciaban creían que el deporte debía seguir siendo *amateur* —así, en francés—. Los obreros y empleados que lo practicaban necesitaban monetizar el tiempo que le dedicaban y empezaron a reclamarlo. La pelea por la profesionalización duró décadas, y terminó por definir el fútbol tal como lo conocemos.)

Todo eso explica –o acompaña– la explosión del deporte en Inglaterra en esos años. Pero no justifica que el fútbol les haya ganado por goleada a todos los demás. Está claro que, si tenía que ser un deporte, podía haber sido cualquier otro. A fines del siglo XIX, cuando Britania *ruleaba* los mares y vendía sus costumbres, aquellos mismos barcos llevaron aquí y allá juegos como el críquet, el rugby, el remo, el tenis, el *hockey*, y sin embargo el fútbol les ganó por goleada. Es obvio que, en esos tiempos de constitución de la sociedad moderna y de ruptura de los vínculos tradicionales, un deporte colectivo tenía ventajas sobre los individuales: hay algo muy fuerte en ese modo de sentirse parte, aliado con otros en busca de lo mismo. La sensación de armar algo más importante que uno en esa suma: la última tribu. Y, desde el punto de vista del espectador a punto de convertirse en hincha, es más fácil identificarse con un equipo que sigue siendo el mismo más allá de los cambios de hombres. Pero había otros deportes colectivos que también se ofrecían al éxito.

El fútbol tiene un par de ventajas: parece menos peligroso, requiere más habilidad y menos fuerza física y sus reglas son más claras: lo entienden incluso quienes no lo entienden. Se puede tocar la pelota con todo el cuerpo, salvo con la mano; la pelota puede ir en cualquier dirección; cuando alguien la tira afuera, un contrario la vuelve a poner en juego; no se puede violentar al contrario. Sólo el *offside* es complicado –pero los partidos informales nunca lo incluyeron– y, en general, pese a su simpleza, ofrece cantidad de situaciones y variantes. Pero siempre creí que la ventaja ini-

cial es que el futbol es mucho más adaptable: cuatro chicos con una pelota de papel pueden jugar a algo que se parece mucho al futbol; en cambio, el básquet necesita un aro, el beisbol un bate, un guante y un espacio grande, el polo una tropilla, la vela mucha agua, y así de seguido.

En el futbol, además, cualquier chico puede ser un grande: Maradona, el mejor, era un gordito que la mayoría de los deportes habrían descartado antes de que se cambiara. Pero al futbol pueden jugar todos: el petiso movedizo o el grandote casi torpe, el corredor desenfrenado o la mole que se planta, el más vivo de la clase y el más bobo; si hasta tú y yo hemos jugado alguna vez. El futbol no es como otros deportes que exigen un físico o un carácter determinados: cada tipo de habilidad tiene su espacio, hay puestos para todos —sólo hay que descubrirse.

Y se podría hablar mucho —el futbol se ha convertido en una mina inagotable de pavadas—, pero la gran diferencia es que el futbol tiene el *goal*: el fin, la meta. En otros deportes colectivos, los equipos hacen muchos tantos: un partido de básquet puede terminar 90-86, uno de rugby 35-12, uno de voleibol tres veces 15-13; el momento supremo —el de la conquista— se vuelve, por repetido, un poco pavo. En cambio, el gol sucede tan de tanto en tanto que cada vez es única: un gol no es el resultado de la lógica del juego —como en el básquet o el voleibol o el tenis—, sino un azar, una obra extraordinaria, un acto casi mágico. El futbol, todo el futbol, es el contagio de la magia del gol: ese momento que no sucede casi nunca y que, cuando ocurre, hace que todo el resto cobre su sentido.

\*\*\*

El gol es una irregularidad, una excepción extrema, porque el fútbol es fracaso casi siempre. El fútbol ofrece una moraleja que, por suerte, no solemos leer: 98% de un partido consiste en intentonas; tentativas fracasadas de aproximación a la única meta. Una montaña de fracasos y, sin embargo, los jugadores no dejan de intentarlo: eso es el fútbol –pero no lo cuentan: si lo llega a descubrir un cura o un candidato o un novelista malo, harán un desastre–. El fútbol es fiasco, desengaño, cabezonería: todo para llegar al gol y el gol no llega.

Pero a veces llega, y entonces el gol es, también, la consagración de un modo de suponer el mundo: que todo es posible de repente, que no importa el proceso sino ese momento, que uno –su equipo– puede haberse pasado toda la tarde colgado del travesaño y peloteado y que siempre cabe la esperanza del zapatazo salvador. En la vida las cosas no se definen, como en el fútbol, en un instante extraordinario. Van pasando de a poco, se extienden en el tiempo, se tejen en el tiempo; no son como aquel gol en el último minuto o el penal atajado que termina de sacarte campeón, de una vez, para siempre. No son, tampoco, ese momento en que te embocan, que te rompen el orto, que te *empoman* ese segundo de incredulidad en que lo terrible está por suceder, pero todavía puede ser que no, y el segundo siguiente, cuando la pelota ya está adentro de tu arco: la perplejidad, la desazón que no admite respuestas –no se puede gritar, saltar, desgañitarse–, que te lleva a un instante de parálisis perfecta, justo antes de la puteada o la extrema congoja. Ese momento en que lo peor acaba de pasar sin que puedas evitarlo de ninguna manera, en que la amenaza acaba de convertirse en realidad, en que ya está, en que nada puede ser modificado pero, al mismo tiempo, todo es demasiado reciente como

para haberlo aceptado todavía. Ese momento de mierda en que acaban de meterte un gol.

O, de nuevo, ese momento extraordinario en que vos lo metés —que tu equipo lo mete—. El momento perfecto, el gozo idiota, pura explosión sin pensamiento: el que hizo la diferencia, el que te hace pensar que ojalá la vida fuera como el fútbol.

\*\*\*

Y hay sin duda otro factor, que no es particular al fútbol sino a los deportes en general: son actividades donde alguien gana y alguien pierde, y está muy claro quién gana y quién pierde.

Hay tantas otras donde no. El arte nunca toma la forma de una competencia con triunfadores claros: siempre será una cuestión de opiniones. En cambio, en estos deportes no hay opinión: hay una definición indiscutible. En un mundo donde no suele haberlos, es un alivio que haya un “resultado”.

(Pero, al mismo tiempo, alguien debería estudiar —es curioso que no se haya hecho— la evolución del fútbol como fenómeno estético. En general llegamos tarde a las pautas de belleza de tal o cual disciplina: las conocemos cuando ya llevan mucho tiempo funcionando. El fútbol, en cambio, las creó en este siglo y medio: sería posible reconstruir y entender por qué, por ejemplo, se considera tanto más bonito que un jugador pase la pelota entre las piernas de otro o que patee al ángulo superior del arco en lugar de hacerlo al ángulo inferior, y así de seguido.)

\*\*\*

El fútbol, además, sigue siendo el mayor instrumento de identificación y cohesión social: pocas cosas hacen sentir a multitudes más unidas que la “pertenencia” a un mismo equipo y, una vez cada tanto, la convergencia detrás de “la selección” de su país. A fines del siglo pasado se volvió un clásico decir que una persona podía cambiar de casi todo —de país, de cónyuge, de trabajo, de idea política, hasta de sexo—, pero no de equipo de fútbol. Esta identificación también es la vía más segura para la herencia cultural: hijos e hijas que rechazan todos los criterios de sus padres y/o madres suelen retomar —si acaso por pena— su adscripción futbolera.

Esta identificación masiva incluye a millones y millones que se sienten unidos porque comparten algo que, en última instancia, no importa nada: no los define más allá de la propia definición. Un hincha de Boca se siente cerca de otro hincha de Boca porque los dos son hinchas de Boca, como 15 o 20 millones más.

Entonces el fútbol sigue sirviendo para esta función de “sublimación de la violencia”: grupos, grupos sociales, grupos nacionales que podrían combatirse violentamente aceptan enfrentarse por interpósitas personas, 22 muchachos en pantalones cortos corriendo detrás de un cuero inflado. Un partido de fútbol es una mímica inocua de peleas que quizá sin él debieran resolverse de formas más costosas, más confusas, más brutales.

Y probablemente lo más extraordinario sea el establecimiento de un saber común que comparten miles de millones: todos nosotros sabemos aproximadamente las reglas del juego, todos nosotros somos capaces de distinguir algunas camisetas, todos nosotros conocemos el nombre de los

jugadores más destacados de cada momento. Quizás alguna religión se haya acercado alguna vez a una presencia semejante, pero sin duda ninguna la alcanzó. Y esto produce, entre otras cosas, un fenómeno que viene repitiéndose cada cuatro años desde hace medio siglo: cada vez, la humanidad bate el récord de personas haciendo lo mismo al mismo tiempo. Es cuando se calculan cuántas cabezas miran la final de cada Mundial de fútbol: últimamente estamos llegando a los 2 000 millones. Nunca hubo, en la historia de la humanidad, tantas personas haciendo lo mismo al mismo tiempo.

\*\*\*

El fútbol —su difusión, su circulación, su presencia en cada cultura, en cada individuo— es un fenómeno que no tiene precedentes. Si llamamos “revolución” al hecho de producir un orden decididamente nuevo, el deporte de masas del siglo XX es una de las grandes revoluciones de la historia: creó, desde la nada, una de las actividades principales de miles de millones de personas. Cambió sus vidas sin cambiar más nada.

Entre sus grandes novedades está el establecimiento de un tiempo libre perfectamente ocupado. ¿Qué habría sido de esos millones sin el fútbol, el básquet, el beisbol, el tenis? ¿Qué sería de sus ocios? ¿En qué pensarían tantas horas, qué harían con todo ese tiempo? Pensemos en alguien que podríamos considerar, en estos días, un futbolero muy discreto. Supongamos que ve “solamente” dos partidos por semana, unas cuatro horas, y que consume otras tantas mirando programas especializados, leyendo o escuchando noticias futboleras, comentándolas con sus compañeros. Esto daría —es un cálculo muy conservador— ocho horas por semana:

otra jornada de trabajo semanal. Y hay muchas personas que le dedican mucho más.

Y sin embargo es difícil llamar a esto una “revolución”. No ha cambiado, en sentido estricto, nada. Ha creado algo que no existía; no ha cambiado nada que existiera. No ha cambiado conductas; ha incorporado esas conductas nuevas que sólo se modifican a sí mismas.

Durante buena parte del siglo xx, la mayoría de los intelectuales lo desdeñaba de un plumazo: era el opio de los pueblos, decían, re-citando a Marx, y ya era suficiente. Lo condenaban porque su interés supuestamente desviaba a los pueblos de su auténtico interés, el de liberarse, el de “hacer la revolución”. Hacia la década de 1970 la idea de que los pueblos estaban allí para eso fue perdiendo prestigio o verosimilitud o ambos. Ahora, en tiempos de droga dura y pueblos muy confusos, algunos entendieron que no alcanza con decir que el opio es opio: que vale la pena preguntarse cómo droga, por qué, para qué. El futbol es uno de los grandes inventos de la modernidad y, decíamos, podría perfectamente no existir. Los hechos culturales de ese calibre suelen mostrar cierta lógica, cierta necesidad –que los hace más fácilmente comprensibles–. Que el juego de los caballeritos imperiales haya tomado este carácter de religión universal era impensable hace 200 años y, por supuesto, casi todo el resto habría sido igual sin eso. Por eso el futbol es, entre otras cosas, una de las grandes intrigas de la historia cultural del siglo xx. Pero es difícil dejar de lado la idea de que la gran ventaja del futbol es que casi no importa.

Y que importa precisamente porque no.



# #Abran los estadios

Paulina Chavira

Fue mi primera vez en el Estadio Olímpico Universitario (EOU). No sé cuántas veces pasé frente a él, manejando por Insurgentes, pero me parecía un lugar que no era para mí. Un lugar al que no pertenecía por varias razones: tenía años sin ver fútbol varonil, soy mujer y tengo una discapacidad motriz (uso una pierna protésica... ¿Has intentado ir a un estadio en muletas o en silla de ruedas? No siempre es la mejor experiencia e incluso puede ser bastante incómoda y frustrante).

Tenía apenas unos meses siguiendo la Liga BBVA MX Femenil. Pensé que lo más sencillo, por cercanía, era ir a ver a las Pumas. ¿A dónde podía ir a verlas en enero de 2020? Supe —gracias a Google— que jugaban en la Cantera, que no se vendían boletos —ahí la pregunta flagrante: ¿nadie pagaría por ir a verlas?— y que había que formarse para conseguir entrar. El primer partido al que acudí fue el de la jornada 1 del torneo Clausura 2020: Pumas vs. Puebla, que ganaron las Enfranjadas. Conocía a pocas futbolistas entonces, pero me sorprendía que al menos 200 personas se dieran cita las mañanas de los sábados para conseguir lugar y apoyar a las jugadoras. Sí, había mucha familia de las futbolistas ahí, pero también amistades. Y otras estábamos ahí porque queríamos verlas

jugar. No pude ir a la jornada 3, pero la quinta parecía una cita ineludible: las Águilas del América visitaban a las Universitarias. Quizá sería necesario llegar un poco más temprano a formarse, y así fue el plan para ese sábado: en lugar de estar ahí a las 11:00 a. m. —para un partido que iniciaba a las 12:00—, llegamos a las 10:00. La sorpresa fue que, a pesar de estar ahí casi dos horas antes del partido, la fila para entrar a la Cantera era mucho más larga. Mucho. De igual manera tuve esperanza y me formé con mi hijo mayor, en lo que mi esposo y mi otro hijo buscaban dónde estacionarse. De nuevo, muchas amistades de las futbolistas... pero también otras personas simplemente aficionadas de ambos equipos. La fila iba creciendo cada vez más. Mi hijo me decía una y otra vez: “No vamos a alcanzar. Mejor vámonos”. Mi esperanza empezaba a flaquear: haciendo un conteo rápido, ocupábamos más o menos el puesto 300 en la fila. Vaya, al menos 300 personas queríamos ver jugar a estas mujeres... más allá de la creencia fácil de que *nadie quiere ver deporte femenino*. Quizá era cierto: no íbamos a alcanzar lugar. Obviamente en la espera empezó a hacerse la plática. Las mujeres que estaban detrás de mí eran también aficionadas que querían ver el que se antojaba como un buen partido de futbol. *¿Será que no vamos a entrar? ¿Será que sí alcanzamos?* Igual y sí, pero dependía de que quienes estaban formadas delante de nosotras no vinieran con muchas personas más. De repente me asaltó la duda: ¿por qué ellas no juegan en el estadio? La liga de futbol femenino mexicana tenía entonces tres años y medio de existencia. Era un *negocio* aún sostenido con alfileres. Muchos clubes no estaban convencidos aún de que tener un equipo femenino era una oportunidad más que un lastre; muchos aún dudaban de invertir en un deporte

que nadie quería ver; no obstante, ya era transmitido por tres cadenas de televisión en nuestro país: TUDN, Fox Sports México e ESPN —aunque, si no estabas tan metida en el fútbol femenino, no era tan sencillo saber dónde y a qué hora ver los partidos—, a diferencia de lo que pasaba ya con las ligas femeniles de otros países. En esa época yo estaba preparando lo que después se convertiría en el pódcast *Encanchadas, historias de fútbol femenino*, y quizá por eso me animé a usar mi celular para grabar las voces de quienes estábamos en la fila: “¿Tú pagarías por ver a las Pumas si jugaran en el Estadio Olímpico Universitario? ¿Usted iría al estadio a verlas?”. Esas fueron las preguntas detonadoras... y las respuestas siempre positivas: “Sí, sí iría”, “Sí, sí pagaría”. Mientras la fila empezaba a acortarse, porque empezaban a dejar entrar a las primeras personas dado que se acercaba la hora de inicio del partido, la esperanza también se acortaba: era muy probable que no fuéramos a entrar. Ya con el teléfono en mano, recurrí a Twitter —sí, Twitter en ese momento, en el que aún podía tenerse una “conversación” más o menos civilizada—: cuando llegué, había tuiteado que había mucha gente, lo cual era bueno porque eso hablaba de cuántas personas estábamos interesadas en ver este partido de fútbol, aunque quizá eso significara que no pudiéramos entrar. Bueno, retuiteé esa publicación con una etiqueta que lo decía todo: #AbranLosEstadios. Mis nuevas amigas me contaron que en varias ocasiones se habían quedado sin lugar en la Cantera y me aseguraron que ellas sí irían a los partidos si fueran en el EOU. No era que solamente apoyaran a Pumas, no, ellas apoyaban al fútbol femenino. Y entendían que una de las mejores formas de apoyarlo era yendo a verlas jugar. A donde fuera: canchas de entrenamiento o estadios. Aunque

hay que decir que para ese entonces Pumas era el único equipo que no había jugado en el Estadio Olímpico Universitario. América, el rival en turno, alternaba: a veces jugaba en la cancha Centenario, en las instalaciones del club en Coapa; otras, en el Estadio —entonces llamado— Azteca, si se trataba de un partido más vistoso, por ejemplo, contra Chivas. Me parecía increíble que un equipo como el universitario no tomara esa misma decisión: si era “caro” abrir el estadio para un partido que no tendría un gran aforo, quizá el jugar algunos cuantos encuentros ahí podría permitir que más personas —más de las 500 que íbamos a la Cantera por esos días— pudieran engancharse con el fútbol femenino. Seguí formada hasta las 13:15, cuando un policía, desde una patrulla que estaba frente a la entrada de la Cantera, usó su megáfono para decirnos que ya no había lugar, que ya no íbamos a pasar (era un tanto obvio, ya se jugaba el minuto 60 del partido, pero se sentía como una forma de manifestar nuestra inconformidad porque el club no hubiera siquiera considerado jugar este partido en un lugar con un aforo mayor). Intercambié teléfonos con mis nuevas amigas aficionadas al fútbol femenino.

Hoy ese 2020 parece lejano y hasta un recuerdo borroso. Pero estábamos a unos días de esa marcha del 8M que inundaría con una marea violeta las calles de Ciudad de México como no se había visto antes. Los feminismos se perfilaban como una auténtica oposición al gobierno de Andrés Manuel López Obrador, quien desdeñaba la violencia contra las mujeres. El que estas futbolistas no pudieran usar el mismo espacio de trabajo —un estadio— que el de sus pares masculinos constituía una forma clara de desigualdad en cuestión de género. Sin

considerar incluso el hecho de que sus salarios seguían siendo muy limitados y que su acceso a las prestaciones que el club ofrecía a los futbolistas tampoco era parejo. De repente, para mí, el fútbol se convirtió en un escenario de lucha feminista. De buscar que ellas y yo, como aficionada, ocupáramos un lugar que no tenía por qué sernos negado. De lograr que se hablara de ellas, que la gente las conociera, que fuera fácil saber de dónde venían, sus historias, dónde se les podía seguir... con tanta facilidad como sucede con el fútbol varonil.

Era una semilla que encontraba el momento perfecto para germinar. Casi como en toda familia mexicana —no quiero generalizar, pero digamos que sí sucede en casi todas las familias mexicanas—, el fútbol fue y es parte de mi historia. El fútbol varonil, por supuesto. Pero nunca se hace diferencia: el fútbol es varonil en esencia, por antonomasia. O eso nos han hecho creer. El punto es que, si digo fútbol, no tengo que especificar que son personas que se identifican con el género masculino quienes practican este deporte. Ver en la televisión los partidos de las Chivas Rayadas del Guadalajara era una de las actividades que, cuando era niña y adolescente, compartía con mi papá. También íbamos al estadio con él. Recuerdo, por ejemplo, un partido del Rebaño contra el Necaxa en el que mi hermana menor, eterna enamorada de Ramón Ramírez, bromeó con unos aficionados —sí, uso el masculino porque eran hombres, no como genérico— de los Rayos porque las Chivas ganaron, y un partido a principios de la década de 1990 de la selección en la Copa Oro. El estadio no era, claramente, un lugar para que dos adolescentes fueran solas o con su mamá (*¿Cómo crees?*): los aficionados, en general, se emborrachaban, y las actitudes

violentas se hacían presentes, desde gritos hasta golpes... Había que escoger a qué partidos sí ir y con quién.

Menos aún lo fue cuando empecé a usar una pierna protésica. Convertirme en una persona con discapacidad motriz borró de mi escenario la posibilidad de ir a un estadio: ni con mi papá ni con nadie. No sabía si me dejarían entrar con muletas; los miles de escalones que siempre hay que subir, el no tener la destreza necesaria para moverme entre la gente o para llegar a mi lugar si mi asiento estaba justo en medio de la fila, sorteando a quienes habían llegado antes. Si hubiera querido ir en silla de ruedas para “protegerme”, ¿hubiera podido entrar? ¿Con quién había que ver eso? ¿Con quien vendía los boletos, con la administración del estadio? Piensen que eran finales de 1990 e internet no era de uso cotidiano como hoy. No, éste ya tampoco era un espacio para mí. Dejé de ir a los partidos de fútbol varonil en estadios desde los 17 años.

Así que mis luchas adolescentes y mi feminismo se reencontraron veinte años después: exigir que las Pumas jugaran en su estadio, donde les correspondía por ser parte de esta institución, me parecía una reivindicación para abrir un espacio que a muchas mujeres nos había sido negado. Ya no sólo era hablar de fútbol femenino en mis redes o en ese pódcast que apenas preparaba: era también exigir como aficionada que ellas, las futbolistas, tuvieran los derechos que se merecían.

El domingo 8 de marzo fue la marcha. Éramos muchísimas. Se hicieron convocatorias en redes sociales para llevar una camiseta morada o violeta. El pañuelo verde también. En la escuela de mis hijos, las mamás nos organizamos para ir

juntas, algunas también llevaron a sus criaturas. Fue una fiesta. Fue una reunión en la que los feminismos confluían para visibilizar la violencia, la desigualdad, nuestra voluntad de recuperar nuestro espacio, nuestro cuerpo, nuestra decisión, nuestro poder. Ésa fue la primera manifestación multitudinaria a la que fui. Y me sentí segura, acompañada, en comunidad. No sé si quienes estuvieron ese domingo, bajo el sol pero cobijadas por las jacarandas en flor, compartan ese sentimiento. Parecía que los feminismos podían, por fin, lograrlo todo. Y en ese ambiente poderoso y feminista, llego a finales de febrero el anuncio en Twitter desde la cuenta de @PumasMX (no había todavía una cuenta exclusiva para el equipo femenino): “El Club Universidad Nacional se suma al Festival Tiempo de Mujeres 2020 con el partido entre nuestras Pumas y @AzulFemenil. ¡Los esperamos el sábado 14 de marzo en el Olímpico Universitario! ¡La entrada será gratuita!”.

¡Sí: en el Estadio Olímpico Universitario! ¡Por fin! Dos años y nueve meses después, finalmente las Pumas jugarían en su estadio. Uf, la celebración fue grande. Les escribí a mis nuevas amigas de la Cantera: ¿habían visto ya el anuncio?, ¿lo sabían? Me contaron que se estaban organizando con otras aficionadas para ir juntas al estadio, que si me sumaba al grupo. Me pareció un gran momento para volver a ese espacio al que había dejado de ir hacía tantos años. ¿Cómo habían conocido ellas a esas otras aficionadas? En 2019 llegó a México el álbum de estampas del Mundial de Francia de Panini, sí, aunque la Selección Nacional Mexicana no obtuvo su pase a esa Copa del Mundo. Curiosamente, no ha habido otro álbum como ése de torneos femeniles. Para el Mundial de Australia y Nueva Zelanda 2023, al que nuestra selección tampoco clasificó, Panini sacó una carpeta con tarjetas que no se igualaba

con la experiencia de comprar sobres, pegar las estampas y llevar el álbum a todos lados para ver con quién podías intercambiar las duplicadas hasta completarlo. En Facebook, las amigas aficionadas se pusieron de acuerdo para reunirse en el Centro Histórico de la Ciudad de México para intercambiar estampas. Así surgió otro vínculo. Después, en el 8M, hicieron retas de fútbol afuera de Bellas Artes y se sumaron más, hasta que se creó el grupo que nos reuniríamos en la explanada de Rectoría de la UNAM para entrar juntas al Estadio Olímpico Universitario y ver, por primera vez, a las Pumas jugar contra las del Cruz Azul.

Los boletos para ese partido fueron gratuitos: se regalaban en los PILARES de la Ciudad de México, en la Tienda UNAM, en Pumas Nike o en la Cantera. El 11 de marzo únicamente quedaban en la Cantera (ahí fue donde yo conseguí los míos: para mi esposo, mis hijos y para mí), no sin antes hacer una escala en la Pumas Nike, donde había un letrero escrito a mano que decía que ya no tenían. La emoción era altísima: cuánta gente asistiría a este primer partido. ¿Sería que así el club y la directiva se darían cuenta de que era mejor abrir el estadio para que ellas jugaran ahí en lugar de mantenerlas en la Cantera con un aforo muy limitado? Porque es curioso que, “oficialmente”, la Cantera anuncie que tiene capacidad para albergar hasta dos mil personas; sin embargo, si entraban 300 a los partidos que ahí jugaban las universitarias era mucho. Por otro lado, el Estadio Olímpico Universitario tiene un aforo de 58 445 personas. ¿Cuántas asistirían?

Una semana antes del partido, las futbolistas de Pumas entrenaron por primera vez en el Estadio Olímpico Universi-

tario. Me cuenta hoy mi colega, pero entonces capitana de las Pumas, Déneva Cagigas, que fue impresionante entrar al estadio: “Estábamos impactadas en el vestidor como fanáticas: sentándonos en el lugar de nuestros jugadores favoritos”.

El sábado 14 de marzo nos reunimos a las diez de la mañana. Apenas en esa semana que transcurrió entre la marcha del 8M y el partido de las Pumas en CU se empezó a oír cada vez más sobre ese coronavirus que entonces ya hacía estragos en Italia, después de haber empezado en China y de que hubiera casos en todos los países. Si bien la primera persona contagiada de SARS-COV-2 en nuestro país se registró a finales de febrero, en los primeros días de marzo se seguía viendo a este virus como algo lejano, que quizá sólo afectaría a unas cuantas personas. Recuerdo que ese mismo fin de semana se llevó a cabo la vigésima primera edición del festival Vive Latino y había quienes, en los medios de comunicación, hablaban de los inconvenientes de la reunión multitudinaria y del posible contagio por ese nuevo virus. La pandemia de COVID-19 se declaró el 11 de marzo, tres días antes del partido. Pero éste seguía en pie. Eso sí, al llegar a las puertas del Olímpico Universitario no había cubrebocas... o no muchos, pero sí nos tomaron la temperatura al entrar y nos pedían que nos frotáramos las manos con alcohol en gel antes de ingresar. Con la mala costumbre del fútbol varonil, no dejaban pasar cinturones (mi esposo tuvo que regresar al coche a dejar el suyo para poder pasar); tampoco podíamos pasar labiales (no fuera a ser que nos pintáramos la boca entre todas... evidentemente, no los íbamos a lanzar como proyectiles). También hubo a quienes les pidieron que guardaran sus pañuelos verdes a favor de la legalización del aborto: “Son órdenes de la Universidad, y

como la Universidad paga...”. Los guardaron, pero ya en las gradas los volvieron a sacar. (Entonces tuiteaba prolíficamente y recibí algunos comentarios en los que me cuestionaban si consideraba sensato estar en un evento multitudinario ante la situación del COVID... vale la pena confesar que no me contagié entonces; mi primer COVID fue hasta mayo de 2021.) Había muchas mujeres, sí, pero también había muchas familias. Nosotras fuimos a sentarnos al palomar. Ese grupo de aficionadas con el que fui se constituyó ese día como la Barra Feminista: un grupo que buscaba apoyar al fútbol femenino, en general, no a un solo equipo. Cuando me contaron de sus planes antes del partido, cuando me invitaron a que nos reuniéramos en la explanada de Rectoría, vi la oportunidad perfecta para un episodio de ese pódcast que estaba en ciernes. Así que yo fui ese 14 de marzo en plan de periodista, no de aficionada. Llevaba mi grabadora y traté de documentar lo que pude con mi teléfono también. Pero la realidad es que mi corazón de aficionada me ganó: las mujeres a las que acompañaba habían preparado algunas porras para lanzarlas en esta ocasión especial:

*¿En dónde están?*

*¿En dónde están...*

*los directivos que iban a pagar igual?*

O la muy usada durante la marcha del 8M:

*¡Aleerta! ¡Aleerta! Alerta que camina, la lucha feminista por América Latina. Y tiemblen y tiemblen y tiemblen los machistas, que América Latina será toda feminista.*

Fue impresionante cómo, a este grupo de veinte mujeres, las empezaba a mirar la gente en el estadio. Sí, vistiendo el morado y el verde de la reciente marcha del 8M, estos cánticos eran un eco de ese movimiento que tenía tracción y que iba avanzando. Hubo quienes preguntaron si se podían unir y empezaron a sentarse alrededor de ellas para aprenderse las porras y sumar sus voces. Hubo quienes a la distancia empezaban a corearlas también. Y ese sentimiento, esa unión, fue lo que me conmovió. Y lo que me hizo vivir el fútbol de una manera distinta: me sentí parte de una comunidad. Un grupo de personas —sí, la mayoría identificada como mujeres, pero no únicamente— que estábamos apoyando a un grupo de mujeres que buscaban —y aún buscan— ocupar dignamente un espacio que les pertenece: los 105 x 68 metros del terreno de juego.

Me sentí segura en un estadio, lo cual parecía una paradoja. Nadie lanzó nada como “proyectil”, no hubo insultos ni se necesitó separar a las aficiones para evitar una pelea. Sólo gocé el ver un deporte que me gusta mucho en la compañía de personas que solamente querían disfrutar (quizá sin que supiéramos del todo lo que se nos venía un par de días después).

Curiosamente, el usar una pierna protésica no me pareció esta vez un impedimento para ir al estadio. Confíe en que no habría empujones y en que, veinte años después, tenía la destreza para moverme en un espacio como éste. Probablemente me cansaría, pero no pasaría nada más que eso. Y fue lo que pasó: subir escaleras y caminar largas distancias me agota, sobre todo si es bajo el sol de mediodía. Pero la realidad es que no fue ni la mitad de lo que imaginé. Llegué con

facilidad a los asientos y escogí un lugar en la orilla para evitar pasar frente a quienes ya se habían sentado.

Todo se alineaba... menos el fútbol. El partido de esa jornada 10 entre Pumas y Cruz Azul no fue el más espectacular. No pudimos cantar ningún gol. Pero creo que las mismas futbolistas se sintieron sorprendidas de la cantidad de personas que nos reunimos en el estadio: éramos 22 289, según el conteo que dio la misma Liga MX Femenil. Ileana Dávila, la entonces directora técnica de Pumas, que ese 14 de marzo se convirtió en la primera mujer en dirigir un equipo de fútbol en el Olímpico Universitario, lo rememora como un momento mágico: “[Antes del partido] todas estábamos muy nerviosas, muy emocionadas pero con la incertidumbre de cuántas personas iban a ir, si nos iban a ir a apoyar al estadio... y cuando salimos y vimos a toda esa gente, todas las personas que estaban apoyándonos... pues fue una emoción muy grande, una felicidad... era indescriptible ese momento, el escuchar cómo coreaban el himno, cómo coreaban el Goya, cómo nos apoyaban. Fue un partido inolvidable”.

La emoción tardó en diluirse. Habíamos presenciado la primera vez que las Pumas jugaron en su estadio —ése que hoy, en muchas ocasiones, es una ventaja para ellas: han ganado trece de los últimos dieciséis encuentros que han jugado como locales (y escribo esto mientras se juega la jornada 14 del torneo Apertura 2025). Ellas se apropiaron de un espacio que parecía impensable que pudieran ocupar. Claro, la pregunta estaba en el aire: esta vez los boletos fueron gratis, ¿habría quien pagara para ir a verlas?

No lo íbamos a descubrir pronto. El lunes 16 de marzo de 2020 se estableció el confinamiento en México por la

pandemia de COVID-19. Así como las personas nos resguardamos en nuestras casas, la liga decidió suspender el torneo y las futbolistas dejaron de jugar. Entrenaban en su casa lo que podían y como podían. Durante cinco meses, no hubo liga femenil. Las Pumas iniciaron actividades el 22 de agosto de 2020 contra Toluca... en la Cantera. Volvieron al Estadio Olímpico Universitario un año después de la primera vez: el 20 de marzo de 2021, cuando enfrentaron a León y Fabiola Santamaría se convirtió en la primera futbolista en meter un gol —¡y de las Pumas!— en ese escenario. Pero no hubo afición que lo celebrara y lo gritara desde las tribunas, pues entonces se jugaba a puerta cerrada como medida de prevención del contagio. Fue hasta el 17 de julio, en la jornada 1 del torneo Apertura 2021, que las Pumas jugaron en el Olímpico Universitario frente a una afición, cuando enfrentaron a Necaxa (y empataron a cero). Desde entonces, las Pumas juegan siempre como locales en el estadio, que se abrió para ellas y para todo el fútbol femenil.

# El talismán de los héroes

Juan Villoro

La pelota es el más popular objeto del deseo. En caso de emergencia, Maradona podía dominar una mandarina, pero nada supera al esférico que parece botar con vida propia. Su circunferencia simboliza la perfección. Ningún cuerpo sólido parece más pleno, y es que el ser humano ama la redondez, a tal grado que cuando una historia nos satisface decimos que es “redonda”.

La pelota somete a sus súbditos a toda clase de caprichos. Es posible atraparla, pero sólo por un rato. Destinada a fugarse y sorprender, representa las inalcanzables ilusiones de la especie.

La fuerza del círculo es tan grande que Johannes Kepler se negaba a creer que las órbitas de los planetas no trazaran una circunferencia. Pasó buena parte del siglo XVII tratando de ajustar sus cálculos a esa figura mágica hasta que aceptó la mala noticia de que las órbitas describieran la fea silueta de una elipsis. El universo no es tan hermoso como debería.

Por esa misma época, Blaise Pascal definió la omnipresencia de Dios a partir de la redondez y lo imaginó como un balón metafísico: “Una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna”.

Esto nos lleva a la etimología del juego. El balompié asocia la extremidad que la patea. Sin embargo, hay una lengua que le ha dado prioridad absoluta al combate del deseo. Para sorpresa de muchos, el latín se sigue actualizando. José Antonio Millán ha escrito una disfrutable biografía del primer gran gramático de nuestra lengua: Antonio de Nebrija. Ahí informa que “la Oficina de Letras Latinas de la Secretaría de Estado del Vaticano, que se encarga de traducir y escribir todos los documentos oficiales del Papa, ha tenido que buscar un modo de decir ‘tuit’ –*breviloquia*, ‘enunciado corto’– o ‘futbol’ –*sphaeromachia*, ‘combate por la esfera’–”. Aunque Virgilio no llegó a conocer este neologismo, sin duda habría apreciado la dramática acción que convocaba.

La liturgia del futbol prospera con particular fuerza en los países católicos. Para realzar las similitudes entre la religión establecida y la fe que se condensa en los estadios, la final de Brasil 2014 enfrentó a Alemania y Argentina en el momento singular en que la Iglesia tenía dos papas, uno alemán y otro argentino. Se desconoce si durante ese partido Ratzinger y Bergoglio intercambiaron *breviloquia* a propósito del *sphaeromachia*.

Dentro y fuera de los templos, los seres humanos se han hecho acompañar de esferas reales e imaginarias y a partir de ellas han inventado fábulas y artilugios, desde la historia de la princesa hipersensible, capaz de sentir la punzante redondez de un chícharo colocado bajo una montaña de colchones, hasta la bola negra que los presos llevaban atada al tobillo, la infamante BlackBerry que luego dio nombre a un grillete electrónico.

Sin duda alguna, la más popular de todas las formas redondas es el balón el que ha definido la historia del juego

en los parques, las playas y en los estadios el deporte organizado.

La esfera de hule vulcanizado surgió hace más de tres mil años en el territorio que hoy llamamos “México”. Junto con la vainilla y el chocolate, ésta ha sido nuestra mayor contribución a la alegría.

En 1600 a. C., los olmecas ya dominaban el arte de extraer savia del árbol de hule y someterla a una vulcanización natural que creaba sólidas esferas, capaces de reproducir con sus botes la taquicardia de un coloso.

En un libro anterior, *Balón dividido*, narré mi visita a la zona arqueológica de Toniná, perteneciente a la cultura maya. Ahí, el arqueólogo Juan Yadeun, responsable del sitio, me mostró un bajorrelieve que representa una pelota con la cabeza de un enemigo. “Los mayas conocieron la vulcanización antes que Dunlop”, comentó Yadeun, y agregó que en ocasiones el proceso se completaba agregando cenizas de los muertos, lo cual convertía a la pelota en emblema de resurrección.

El mundo prehispánico es incomprensible sin el juego de pelota. Ahí se condensan actividades militares, rituales, deportivas, comerciales, astronómicas y culturales. Se jugaba por placer y por apuesta, por ceremonia y por reparación de agravios. La cancha era un espacio cósmico, orientado conforme a la geografía del cielo, pero también profano, abierto a los quehaceres de la plaza pública.

La pelota tenía que cruzar anillos o tocar marcadores. Al adquirir un valor sagrado, la competencia escenificaba la disputa de diversas dualidades: el día y la noche, el mundo y el inframundo, la vida y la muerte. En ocasiones se hacían sacrificios propiciatorios antes o después del partido. Mucho



se ha especulado sobre la suerte de los jugadores. ¿Se mataba al ganador o al perdedor? En términos deportivos, el derrotado merecía morir; en términos rituales, la muerte era un honor y acaso ésa fuera la aniquiladora recompensa del vencedor. Cuando le pregunté al respecto a Lee A. Parsons, coautor del libro *Ulama, The Ballgame of the Mayas and Aztecs*, afirmó con resignada sabiduría: “Sólo podemos decir que se mataba al más apto para el sacrificio”.

De acuerdo con Yadeun, el juego de pelota más similar al descrito en el *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas, es el de Toniná. Otras zonas arqueológicas destacan por la proliferación de estos espacios: en Cantona se han descubierto veinticuatro campos de juego, y en El Tajín hay once (el más sugerente de ellos es diminuto; se ubica al centro de la ciudad y no fue hecho para jugar: es un monumento, un altar a la pelota). El de Monte Albán sobresale por sus piedras doradas, que parecen concentrar la luz del valle de Oaxaca, y el de Chichén Itzá, por su condición monumental.

“Para la mente prehispánica, el juego de pelota no era un elemento más, sino una síntesis de su concepción de la vida y el universo”, me dijo el gran historiador de los mitos Alfredo López Austin cuando lo entrevisté sobre este tema. Resumen del cosmos, el juego de pelota ocurre en el “patio del mundo”, el lugar de encuentro de la gente con los dioses.

Hoy en día, la pelota más antigua del mundo no se encuentra en un sitio arqueológico, sino en Madrid, en la colección de Agustín Domínguez, exdirectivo de la Liga. Se trata de un balón maya de dos mil años de antigüedad que fue hallado en Yucatán por una expedición de *National Geographic*. Naturalmente, no hay modo de saber de qué modo

esa pieza del patrimonio mexicano se incorporó a la principal colección privada de objetos de futbol.

## LOS GEMELOS PRODIGIOSOS

El *Popol Vuh* o *Libro del Consejo*, que preserva los mitos de la cultura maya quiché, contiene todos los elementos de la literatura fantástica y la épica. La segunda de sus cuatro partes trata del juego de pelota: “Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú se ocupaban solamente de jugar a los dados y a la pelota todos los días”. Mientras tanto, sus hijos tocaban flautas y sometían a las fieras con la puntería de sus cerbatanas. Un día, los señores de Xibalbá (el Inframundo) se quejaron del alboroto sobre sus cabezas: la pelota de hule retumbaba con demasiada fuerza en la cancha. Hartos de la algarabía ajena, enviaron un mensaje con cuatro búhos: retaban a un partido a los hermanos Hunahpú.

Los hermanos cometieron un error al partir: dejaron la pelota en casa de su madre. Después de descender las escarpadas escalinatas rumbo al submundo, atravesaron el río de los guijarros afilados y el río de las aguas de sangre hasta llegar al cruce de los cuatro caminos: el Rojo, el Negro, el Blanco y el Amarillo. Eligieron tomar el camino Negro. Con su manera escueta de presentar nudos dramáticos, el *Popol Vuh* informa: “Y allí fueron vencidos”. Los señores del Inframundo jugaban en su propio patio y con su pelota. Más que a un partido, los hermanos habían ido al sacrificio. Sus cuerpos fueron mutilados y la cabeza de Hun-Hunahpú, colgada de un árbol.

Aquel árbol nunca había dado frutos. Entre las ramas secas, la cabeza era una atroz reminiscencia de la pelota dejada en casa. De pronto, el árbol empezó a dar retoños

redondos, tantos que fue imposible distinguir la cabeza entre ellos. Los señores de Xibalbá prohibieron que la gente recogiera aquellos frutos enemigos.

Una chica desobediente, llamada Ixquic, se acercó al árbol y vio que los frutos eran cráneos. Una calavera escupió en su mano: “En mi saliva te he dado mi descendencia”, dijo.

Así fue como Ixquic quedó embarazada de los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué, quienes muchos años después vengaron a sus antecesores. Un ratón les contó la historia de los hermanos derrotados en el inframundo y ellos fueron por la revancha.

El ratón cortó con los dientes la cuerda de la pelota que seguía colgada en casa de la abuela, y el hule volvió a botar. “¿Quiénes son esos que vuelven a jugar sobre nuestras cabezas y nos molestan con el tropel que hacen?”, preguntaron los señores de Xibalbá. Los gemelos se identificaron y fueron retados a jugar durante siete días en el inframundo. Ellos sí llevaron su pelota y ganaron el partido.

La venganza se había consumado, pero sólo en el juego. Los gemelos fueron torturados y no escaparon a la muerte. Al subir al cielo, uno se convirtió en el Sol y otro en la Luna. Desde entonces se persiguen en el juego de pelota: un anillo conduce al día y otro a la noche. El hule salta y sus botes son parpadeos del cosmos: amanece, oscurece. La luz y la sombra dependen de ese partido. Por suerte, Hunahpú e Ixbalanqué no han dejado de jugar.

## AVENTURAS HISTÓRICAS Y POLÍTICAS DEL BALÓN

En 1611, Sebastián de Covarrubias definió así el término “pelota” en su *Tesoro de la lengua castellana o española*: “Hay muchas

diferencias de pelotas; pero la ordinaria es la que está embutida con pelos, de donde tomó el nombre”.

Durante el Renacimiento florecieron las pelotas de trapo y cuero rellenas de pelos. En *Muerte súbita*, novela que narra un fabuloso partido de tenis entre el poeta Quevedo y el pintor Caravaggio, Álvaro Enrigue describe la fascinación cercana al miedo que producían las pelotas: “Había algo tétrico en hacerlas con pelo humano y no todo el mundo estaba dispuesto a fabricar un objeto que se anima gracias a lo único que no se pudre de un muerto”.

En el Renacimiento las pelotas tenían personalidad en el más literal de los sentidos, pues dependían de un donador de pelos. En *Much Ado About Nothing*, Shakespeare describe a un personaje diciendo que tiene tanto pelo que ha llenado varias pelotas de tenis con sus barbas.

Saber que una pelota contiene un remanente humano puede llevar a la más desmedida ambición. Enrigue narra la historia de la decapitada Ana Bolena, cuya cabellera pelirroja sirvió para hacer pelotas que despertaron desmesurada codicia. El cabello de la reina fallecida insuflaba nueva vida al objeto lúdico.

Una de las frases más conocidas de Quevedo parece una definición de la pelota: “Lo fugitivo permanece y dura”. La fugacidad alcanza otra duración gracias a la pelota. En el balón de hule maya las cenizas adquieren vida póstuma; por su parte, la pelota renacentista recuerda que el organismo se corrompe, pero el cabello “permanece y dura”.

La simbología del balón se renueva de manera constante. Las comunidades zapatistas brindan buen ejemplo de ello. Los pueblos originarios de Chiapas se levantaron en armas el 1 de enero de 1994 para protestar por la entrada en vigor

del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, que beneficiaba a una franja de la población, pero volvía a relegar a los más necesitados. A los pocos días hubo un cese al fuego y se iniciaron las negociaciones que en 1996 llevarían a la firma de los Acuerdos de San Andrés, que en teoría garantizan la autonomía de los pueblos indígenas, pero que hasta ahora no se han cumplido.

Los zapatistas propusieron reunirse con los delegados del gobierno en la Catedral de México o en la Universidad Nacional Autónoma de México. El presidente Ernesto Zedillo juzgó que eso implicaría darles demasiado protagonismo. Entonces, los zapatistas optaron por otra alternativa: una reunión al aire libre, en la cancha de básquetbol de San Andrés Larráinzar. El gobierno aceptó, pensando que el sitio era inofensivo, pero estaba cargado de mitología. Ese espacio es la representación contemporánea del legendario juego de pelota. El sentido de la dualidad de las cosmogonías prehispánicas regresó a ese escenario, donde los indígenas jugaban de locales y los funcionarios, de visitantes.

Aficionados al fútbol, los zapatistas consideran que el puesto más difícil de cumplir no es el de portero ni el de delantero, sino el de recogebalones.

Cuando la pelota abandona una cancha zapatista va a dar a una ladera o a un río. El recogebalones debe ir por ella a riesgo de toparse con una víbora o una araña, y a veces debe buscarla río abajo, con el agua hasta las rodillas. Por eso los zapatistas dicen: “Recogebalones, no cualquiera”. De manera emblemática, en las asambleas de las comunidades siempre habrá una mujer o un hombre armado de un balón.

En *Balón dividido* comenté también que, en sus orígenes, las pelotas de fútbol estaban hechas de cuero cosido y necesitaban tantos cuidados como un cachorro. Había que inflarlas, untarles grasa, evitar que absorbieran agua. El primer balón “moderno” se usó para el Mundial de Brasil, en 1950, pero aún sobrevivían los balones de cuero, que se iban tiñendo de café al contacto con la tierra. Di Stéfano terminaba sus partidos besando la pelota: “Gracias, vieja”, decía con el cariño de quien acaricia la arrugada mejilla de la abuela. ¿Habría hecho lo mismo con un balón sintético? Seguramente no.

Como señala Vicente Verdú, con el balón de plástico, el fútbol perdió su tono agrícola; la cancha, que aún se parecía al campo, se pareció más a un exclusivo campo de golf.

Aun así, la pelota sigue siendo el principal motivo de codicia del futbolista. Un rasgo que separa al atleta esforzado del artista de las canchas es su obsesión por dominar el principal objeto en disputa. El entrenador argentino Ángel Cappa lo expresa de manera contundente: “Es la pelota. No conozco ningún *crack* que no se haya enamorado perdidamente de la pelota. Primero es eso. Después, todo lo demás”.

En cada Mundial un nuevo balón desafía a los jugadores; pesa de otro modo y revela que su materia no es del todo inerte. Previsiblemente, el de México 86 llevaba el nombre de “Azteca”. Acaso el más hermoso fue el “Etrusco Único”, creado para Italia 90. Su diseño, similar al de una urna clásica, era tan delicado que los jugadores nunca se animaron a patearlo bien, pues ése fue uno de los peores mundiales.

Para Sudáfrica 2010 llegó el “Jabulani”, que significa “júbilo” en zulú. Este velocísimo balón parecía una trucha

en manos de ciertos porteros (el inglés Green y el argelino Chaouchi dejaron que la pelota pasara entre sus guantes como si fuera un intangible patrimonio de la humanidad). Nunca una pelota había sido tan célebre; los comentaristas buscaron toda clase de explicaciones para la esquiwa esfera de poliuretano fabricada por Adidas, que era difícil de atrapar y de ser pateada con puntería.

En su incesante modernización, el balompié no sólo sustituyó la esfera de cuero por otra de plástico; prefirió imponer un nuevo objeto: el balón rápido. La especie que prefiguró el futbol pateando vejigas y bolsas llenas de pelos dispuso de un proyectil ultraligero.

En sus comienzos, el futbol se jugaba con una esfera que parecía remendada por un veterinario. En los días de lluvia la pelota de cuero se volvía tan pesada que los cabeceadores salían del campo con neuralgia. Fue una suerte que la aspirina se inventara cuando se organizaban las primeras ligas.

La historia de la pelota ha sido decidida por el sol y los reflectores del estadio. En los partidos nocturnos, las lámparas hicieron que la cancha brillara mucho y el balón de cuero pareciera un trozo de tierra. Fue necesario pintar de blanco la pelota. Con todo, algunos inventores pensaron en locas alternativas.

Uno de los colores más tentadores ha sido el negro, atuendo y bandera de sacerdotes y piratas. Cuando los Rolling Stones cantaron “Píntalo de negro” aludían a algo indefinido pero transgresor. Con ese mismo espíritu surgió el balón negro, que se eclipsó por comprensibles razones ópticas.

Cuando los balones antiguos eran parchados, ostentaban puntadas de enfermería; se aflojaban a fuerza de recibir puntapiés y debían ser inflados. La palabra “hincha” surgió

en Uruguay, país que ganó la primera Copa del Mundo, y proviene de un asistente del equipo dedicado a hinchar balones, que extendía su habilidad neumática a los pulmones. “¡Cómo grita el ‘hincha!’”, decían sus testigos, que así bautizaron a aquel fanático certificado.

Resulta difícil saber si la rapidez adquirida por el balón depende de la mejoría atlética de los jugadores o dependió de su acelerada evolución. El “Brazuca”, esférico oficial de Brasil 2014, fue hecho con los sutiles poliuretanos y los látex que se inventan en Alemania. Pero no fue ajeno a las supersticiones: sus colores aludían a las pulseras que los devotos del *Senhor do Bonfim* se atan a la muñeca para que se cumplan sus deseos.

El Mundial de Rusia dependió del “Telstar 18”, nombre que alude a la verdadera dueña del fútbol: la televisión. En 1970, Adidas creó el balón blanco con paneles negros que destacaba en las transmisiones bicolores de la época. En 2018, la fábrica confesó quién es su principal cliente: el “Telstar 18” no estaba destinado a cautivar al ojo desnudo, sino a las cámaras del planeta.

El balón de Qatar 2022, llamado “Al Rihla”, que en árabe significa “El viaje” o “Cuaderno de viaje”, tenía vistosas franjas de color. Su peculiaridad fue haber sido el primero en su género hecho con un criterio sostenible o sustentable. La información oficial decía: “Fue diseñado cuidando el medio ambiente, todos los componentes fueron cuidadosamente seleccionados dando lugar al primer balón de la Copa del Mundo fabricado únicamente con tintas y pegamentos a base de agua”. Promotora de paradojas, en 2022 la FIFA impulsó la fabricación de un balón respetuoso de la ecología y organizó el Mundial en un país que viola los derechos humanos.

Los inventores se resisten a aceptar que la perfección existe; jamás han dicho: “He aquí la esfera que le conviene al hombre: su peso, su bote, su viaje en el aire son ideales”. No cabe duda de que los fabricantes de pelotas son tan competitivos como los futbolistas; jamás encontrarán la circunferencia perfecta. A esto se une, desde luego, el cochino interés de renovar las ofertas del mercado. En cada campeonato, miles de balones son enviados al outlet de las últimas oportunidades para dar la bienvenida a una nerviosa bola de temporada.

El deporte más popular y acaudalado del planeta tiene muchas formas de ser impuro. Su última reserva de inocencia es el balón mismo, según lo expresa una celebrada frase de Diego Armando Maradona. El hombre que pecó mil veces lejos de los estadios y ejerció el virtuosismo dentro de ellos, pudo decir: “La pelota no se mancha”.

Al salir de la infancia, el ser humano descubre con estupor que ya no le sirven los juguetes y que algún día habrá de morir. Para compensar la pérdida simultánea de los objetos mágicos y de la vida eterna, inventó un talismán para garantizar que los héroes sean posibles y que lo fugitivo permanezca y dure: la pelota.

# Cuando hablo de futbol hablo de haber reconstruido la relación con mi cuerpo

Eréndira Derbez

Para Poncho, Checa, Jimena y El Pariente.  
Gracias por la complicidad dentro y fuera de la cancha.

Siempre me ha parecido sorprendente el efecto social que puede llegar a tener un trozo de aire encapsulado en forma de esfera que cruza una línea y hace que el mundo entero se mueva. Pero cuando hablo de futbol no hablo de esa emoción compartida que llega cuando pasas el túnel oscuro que, como si ese ducto te pariera, te lleva a la luz de un estadio repleto y ruidoso. Cuando hablo de futbol no hablo de jugadoras ni de jugadores, ni de contratos millonarios, ni de corrupción, ni de jugadas, ni de equipos, ni de récords. Cuando hablo de futbol hablo de lo que el futbol mueve en mí.

Era adulta, en términos legales, pero era aún adolescente —cuando miro al pasado me doy cuenta de que esa no fue la primera agresión sexual que viví—. Recuerdo la sensación de confusión al día siguiente y sobre todo de culpa.

El color café de la bañera.

El jabón líquido.

La espuma yéndose por la coladera.

La incomodidad que no se iba por la coladera.

Recuerdo el dolor de mi vulva, el silencio de mis amigas, las miradas incómodas, la confusión. Ninguna de nosotras tenía las herramientas para nombrar lo que pasó la noche anterior, cuando él entró a la habitación en la que yo dormía profundamente después de que acabó la “fiesta”. Como sucede comúnmente, me culpé a mí misma. Aturdida, el tiempo comenzó a pasar de manera distinta. Los días, las semanas, los meses cambiaron y yo con ellos. Hay un antes y un después en mí. Mi cuerpo se volvió un territorio enraizado, conquistado por el miedo. Fue como si algo se hubiera robado una parte de mi cuerpo, dejó de pertenecerme.

Comencé a comer de manera distinta, a veces compulsiva, buscando placer en alimentos dulces —algo raro, pues nunca fui particularmente postrema—. Empecé a tener un miedo que no conocía. A las calles, a los baños públicos que estaban en sótanos, a los hombres cisgénero; me di cuenta de que mi cuerpo los rechazaba inmediatamente. Me asustaba si percibía a un hombre detrás de mí. Evitaba cualquier tipo de contacto físico, incluso el saludar de abrazo a un hombre de mi familia. No era intencional, era como si mi cuerpo rechazara los cuerpos ajenos, los percibiera como amenaza.

Meses después de aquella mañana en la bañera café, tras la salida de clases de esa escuela encajada en un hospital medieval del Raval —cuando, por razones que no voy a explicar ahora, vivía en Barcelona, no del todo por elección—, mi cuerpo se congeló nuevamente cuando sentí una mano sigilosa y áspera dentro de mi falda, cruzando la frontera de mis muslos, atacándome desde la espalda.

Cuando, segundos después, logré recuperar el aire, salí corriendo. No entendía por qué había tardado tanto tiempo

en reaccionar –ahora sé que es una respuesta común: ante una amenaza, el cerebro bloquea los circuitos neuronales que controlan voluntariamente el movimiento. No sólo los humanos, también otros animales se quedan brevemente paralizados ante una amenaza–, mucho menos entendía por qué no había alguien cerca de los pasillos del campus a quien pedir ayuda.

Seguramente los policías más próximos estarían muy ocupados acosando a los “manteros” –esas personas migrantes negras que se ganan la vida con el comercio callejero de bolsas y zapatos que imitan marcas caras–. Y todo el mundo sabe que, en España, a menos que seas un futbolista exitoso, provenir de África subsahariana no es una condición bien recibida por el grueso de la población, incluyendo, por supuesto, a “las fuerzas del orden”. El hombre que me atacó, cabe mencionar, era blanco y seguramente ante los ojos de un policía no representaba amenaza alguna. Por suerte, no recuerdo su cara, pero sé que tenía más o menos la edad suficiente para ser mi padre.

Lloré de camino a casa, confundida. Los años pasaron, tardé bastante en procesar lo que había sucedido. Subí de peso. Se me hizo saber en distintos espacios que “ya no era flaquita”.

La gente opinaba de mi cuerpo.

La gente tocaba mi cuerpo.

Ambas acciones sin autorización.

Más o menos por esas épocas, España ganó el Mundial contra Holanda. Para mi sorpresa –porque, según tenía entendido, el Estado español les significaba muy poco a los locales–, había nacionalistas catalanes que argumentaban que la mayoría del equipo estaba conformado por el Barcelona. Por

lo tanto, el Barça había ganado el Mundial, un silogismo por demás curioso pero que me interesaba muy poco debatir. La fiesta en Las Ramblas era brutal, y yo trataba de escapar, junto con una amiga, de los mares de gente vestida de rojo que celebraban algo que me tenía absolutamente sin cuidado.

Un chico se acercó sin que yo me percatara y me tomó de la cintura en medio del festejo mientras nosotras caminábamos por el Carrer del Carme rumbo al metro. Su tocamiento, si bien no fue consensuado, no fue particularmente grave. Sin embargo, sentí terror. Comencé a llorar y el hombre, desconcertado, se disculpó; le grité que no podía tocar a nadie sin su permiso. Lloré sentada en el escalón mientras mi amiga, que entendía el contexto porque estuvo aquella noche, aunque nunca más hablamos del tema, me abrazaba.

Cuando por fin regresé a México, hice una escala en el aeropuerto de Heathrow, en Londres. Me acuerdo de que era la época de las Olimpiadas, porque en mi vuelo había un pasajero ciego mexicano que competía en los Paralímpicos. Al pasar por el filtro de seguridad, una mujer rubia con unos guantes de látex azules rozó con sus dedos mi cuerpo, incluyendo mi vulva. Era una revisión aparentemente de rutina para ella (creo que le llaman *airport pat-down*), pero nadie me explicó, y mucho menos me advirtió, lo que iba a pasar. Volví a congelarme. Nunca en un filtro de seguridad me habían revisado así. Recuerdo sus ojos azules, su pelo rubio, su cara seria. Era una policía que cumplía órdenes, que estaba haciendo su trabajo, que era “profesional”, pero que sin darse cuenta activó en mi cuerpo la memoria de esa noche. No diría que ella es una agresora, pero sí que ese sistema de hipervigilancia agrede. Llegué a mi asiento desconcertada. Lloré.

Tengo buenos recuerdos de mi regreso a México y del ingreso a la nueva universidad a la que logré transferirme para continuar la licenciatura. Me acerqué a los grupos de estudiantes interesados en derechos humanos y activismos. Así fui ampliando mi círculo de amistades hasta conocer a personas que a la fecha son mi grupo más cercano. Algunas de las chicas se definían feministas —yo aún no en ese momento, pero para entonces ya había leído más de un libro sobre teoría feminista— y algunos hombres se definían como “aliados”. Lo que sea que signifique eso. Paulatinamente fui reconstruyendo mi relación con mi cuerpo.

En un chat colectivo propusieron armar un equipo de fútbol, y yo fui la única mujer que se sumó a la iniciativa. Mandamos a hacer playeras rojas y nos llamábamos Cangrejos FC. Siempre he sido muy activa y el deporte es parte importante de mi relación con mi cuerpo desde pequeña. De niña nadé, trepaba árboles en el bosque de niebla veracruzano con mi hermano, hice durante poco tiempo ballet, regresaba a casa siempre llena de lodo, sudor, polvo. También recuerdo que amaba jugar fútbol, aunque casi siempre era la única niña en la cancha —el monopolio espacial de los niños durante el recreo— y tenía que soportar a veces los insultos de algún infante molesto porque le quitara el balón: “Eres una marimacha, machorra, maricon”, o los comentarios de adultos consternados porque fuera algo “rara” o “masculina”.

Por suerte mis padres nunca mostraron rechazo por mi performatividad de género. Sin embargo, tampoco apoyaron mi deseo de aprender a jugar y conseguir un buen nivel, como el resto de los niños. Mi hermano sí asistió a entrenamientos en una escuelita en Briones, pero la administración



de la cancha no me permitió inscribirme en ella por mi género. Qué tontos, se perdieron a una gran defensa izquierda, una adolescente disciplinada y, sobre todo, comprometida. Supongo que también, de haber tenido la posibilidad de aprender a jugar fútbol de manera sistemática, mi relación con mi cuerpo habría sido otra, o quizás hasta hubiera accedido a alguna beca deportiva en alguna universidad. Nunca lo sabremos.

Aquel día los Cangrejos FC llegamos puntuales a la cancha en la colonia del Valle. Yo sentía el mismo nerviosismo y vacío en el estómago que vivía de niña cuando entraba por primera vez a una cascarita con desconocidos. Sinceramente, nuestro equipo provocaba más que nada ternura. Muy pocos tenían la fuerza física necesaria para correr más de diez minutos seguidos, y no exagero si digo que mi condición era bastante mejor que la de la mitad del grupo. El equipo estaba conformado por estudiantes universitarios, como yo, abogados de derechos humanos y activistas que pasaban muchas horas frente a un escritorio. Me paré en la defensa con mi playera roja y mi cola de caballo recién hecha. No nos metieron ni un solo gol durante ese primer tiempo.

En el descanso, el administrador de la cancha salió furioso y les gritó a los árbitros y a mi capitán: “Sáquenme a esa niña de la cancha”. Incapaz de hablar conmigo o de tener contacto visual, fue directo con los hombres. No me ofreció ninguna explicación. . . era como si mi sola presencia lo ofendiera. Esa tarde lloré, me sentía humillada, como cuando era niña y me tenía que tragar los insultos, fingiendo que no me importaban, para desahogarme en privado después. Me dolió de manera particular que mis compañeros de equipo, mis amigos, los “aliados”, hubieran olvidado por completo

su alianza. Siguieron jugando, sin mí, en esa cancha por más temporadas.

Por si fuera poco, en el chat se discutió sobre la pertinencia de mi presencia en el equipo y más de uno argumentó que era por “mi seguridad” el hecho de que no jugara con hombres. A lo que contesté severa: “Mi seguridad la decido yo”. También, cuando comenzaron los comentarios biologicistas, propuse –si a ésa nos íbamos– hacer un examen de masa corporal y relación con porcentaje muscular, porque probablemente yo era aritméticamente más fuerte que varios del equipo. La propuesta no tuvo eco, pero creo que sirvió para frenar semejante tren de pensamiento pseudocientífico. Cabe resaltar que el único biólogo del grupo jamás se atrevió a hacer ese tipo de comentarios. A veces me da risa pensar cómo la gente, que en realidad ni le interesan las ciencias biológicas, recurre a hablar de “ciencia” para justificar sesgos misóginos, transfóbicos, capacitistas, etcétera.

Fue finalmente en mis veintes cuando pude realmente hacer algo que quise hacer durante mi pubertad: entrenar fútbol. Poncho, mi mejor amigo, que había estado en las fuerzas básicas del Toluca, me enseñó a cargar, a recibir balones en el aire, a regresar en el primer golpe. Conseguimos una cancha en la Narvarte donde, en las mañanas, un exjugador de los Toros Neza, el Pariente, nos entrenaba; siempre me hizo sentir parte del juego sin importar mi género, aunque algunos compañeros se burlaban de mí en los vestidores –me enteré porque mi amigo Aldo se puso a discutir con ellos–. Poco a poco “me gané el respeto” de esos compañeros, quizá se sorprendieron al enterarse de que apenas estaba aprendiendo a jugar realmente y, aun así, les ganaba los balones.

El fútbol mixto me otorgó no sólo cierto “respeto” en la cancha, sino también merecer el espacio físico para jugar y no quedarme en la banca. Me ayudó a sanar y a cambiar mi relación con mi cuerpo. Y jugar con hombres me hizo, poco a poco, sentir tranquilidad al estar rodeada de ellos. Cada vez que marco a uno, le cargo o le quito el balón, siento cierto poder en la fuerza de mi cuerpo, una fuerza que no imaginé que llegaría a conseguir.

Me gusta también jugar sólo con mujeres: alguna vez fui parte de un equipo precioso llamado Marea Verde, al que me invitó a participar mi adorada amiga Jimena. Pero para mí el fútbol mixto ocupa un lugar muy especial en mi corazón: nos enseña cómo podemos descubrir maneras de relacionarnos entre las personas sin importar nuestro género, y a mí me enseñó a relacionarme de manera distinta con mi cuerpo. Hay cierta complicidad no verbal que sucede en las canchas que es extremadamente formativa y que no debe restringirse a un solo grupo genérico.

Checa, que con el tiempo fue cambiando radicalmente su idea sobre cómo debía ser la presencia de las mujeres en el deporte, me invitó a una liga mixta en la Escandón. Pasamos de ser sólo conocidos a amigos gracias a las canchas, y ahora somos muy buenos amigos. Entendió rápidamente qué necesitaba yo aprender y, sin condescendencia, me gritaba, como lo hacía con el resto de los hombres, dónde pararme, a quién marcar, qué posición tomar.

Comencé a jugar religiosamente todos los fines de semana. Prácticamente nunca faltaba, yo creo que motivada por aprender el juego y también porque sabía que esos espacios no eran fáciles de encontrar y no podía perderlo. En general veo un compromiso especial en las mujeres que

juegan fútbol, tanto profesionales como *amateurs*. Y suele haber pocas canchas –por fortuna cada vez más– donde nos aceptan: una dedica bastante esfuerzo y dinero para poder asistir. Como sucede con muchos espacios que las mujeres vamos conquistando poco a poco, no lo damos por sentado. Nuestra mera presencia en la cancha es un acto político.

Cuando vivía en Londres, mi novio de entonces jugaba fútbol todas las semanas y le parecía extraña la idea del juego mixto. Cuando fuimos por primera vez a dar pases al parque de Tottenham, donde él creció, se sorprendió de mi capacidad para quitarle el balón, sobre todo considerando que medía treinta centímetros más que yo y era una persona con un cuerpo fuerte que levantaba pesas todas las semanas. A veces pienso en cómo, en las relaciones heterosexuales, el que ambas partes jueguen juntas cambia también la dinámica de las mismas.

Me conmueve hasta las lágrimas ver cada vez más niñas jugar fútbol en los parques, ir con su ropa de entrenamiento, asistir a los estadios a ver la liga de fútbol femenino con sus hermanitos. Me emociona saber que, a diferencia de mí, van a crecer en un mundo donde hay mujeres futbolistas que juegan profesionalmente en su ciudad: esos referentes son también muy importantes. La relación que esas niñas van a tener con su cuerpo será muy distinta a la de generaciones anteriores. También creo que el hecho de que se acerquen al deporte –en un contexto sano y con especial atención respecto al cuerpo de entrenadores– es una manera de prevenir la violencia sexual, porque les ayuda a conocer con su cuerpo y reconocer su propia fuerza física y psicológica.

El tiempo, junto con los años de terapia especializada, va curando heridas; mis miedos han disminuido. Si bien

reconozco que hay una parte de mí que aún se encuentra alerta todo el tiempo, mi cuerpo nunca se ha vuelto a congelar cuando percibo una amenaza. Cuando hablo de fútbol, también hablo de lo mucho que me ha dado en mi proceso de sanación el construir espacios seguros en los que puedo experimentar la complicidad corporal: sudar, moverme, tocar, competir y conectar con un hombre sin que sea en un contexto sexual y mucho menos uno de amenaza. Por eso mismo creo que me molestan tanto los insultos machistas en las canchas o las metáforas de violación para humillar a los otros jugadores. Cuando hablo de fútbol, también hablo de cómo me ha ayudado a recuperar —y a atesorar— eso que por años robaron de mi cuerpo.

La inmovilidad tónica o parálisis por violación es una respuesta inconsciente que ocurre cuando, tras percibir una amenaza severa, el cerebro bloquea los circuitos neuronales del movimiento voluntario tras la activación del sistema nervioso parasimpático. Se considera una reacción evolutiva común ante el ataque de un depredador. Por ello, no es solamente revictimizante, sino también problemático en términos científicos cuando alguien cuestiona (y con ello justifica al agresor) a una víctima de violación “por no salir corriendo, no defenderse, no gritar, no moverse”.

# Cruzazuleando

Jesús Ramírez-Bermúdez

A Juan Villoro.

Es una calle perdida en los años ochenta. Hace calor, y las lagartijas han tomado el control de las banquetas. Estoy sentado en una piedra blanca, afuera de la casa. Me rodean tres o cuatro amigos de la escuela. Uno de ellos me apunta con el dedo índice y me trata como lo que soy: un niño de seis años que ignora las grandes frustraciones del porvenir. Me pregunta:

—¿Tú a quién le vas, Chucho? ¿Al Cruz Azul o al América?

La escena, inscrita en alguna parte de mi cerebro, inició mi peregrinación por el terreno agridulce del deporte. En aquel momento, frente a los jueces implacables, me sentí confundido. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué significaban esas palabras? Les pedí una aclaración; me dijeron entre burlas que se trataba del fútbol. No conocía el deporte más popular de la Tierra porque mi papá era beisbolero. Sabía quién era Fernando Valenzuela, el Toro de Etchohuquila, Sonora, y algunas veces veía los duelos épicos de los Dodgers contra los Yankees; por lo general mi hermano mayor, Andrés, cumplía el ritual de acompañar a nuestro

querido padre, quien era inmune a la pasión futbolera mexicana. Aquella tarde calurosa, los pensamientos atravesaban mi conciencia como un aire turbulento, pero los niños me acorralaron.

—Entonces, ¿a cuál le vas, Chucho?

—¿Entre quién y quién? —pregunté.

—El América o el Cruz Azul.

Me jugué el destino en un instante. No sabía qué significaban los términos. Pensé que “América” era una palabra aburrida. Nunca me había gustado. La celebración desmedida del continente me resultaba cursi, y la apropiación del término realizada por los estadounidenses era completamente abusiva. “El América” quedaba descartado. En cambio el azul era uno de mis colores favoritos. En cualquier debate elegía el verde como mi primera opción, pero nunca tuve objeciones ante la belleza del océano Pacífico, el único que había visto con mis propios ojos. “El azul” parecía una resolución aceptable. Quizá fueron unas cuantas imágenes y un sentimiento vago. Pero una vez que llegué a la conclusión, ya era irreversible.

—¿Qué onda, Chucho?

—Cruz Azul —dije con timidez, a la espera de una señal de mis inquisidores. Las reacciones fueron mixtas. Unos aprobaron y otros rechazaron la moción. En aquellos días, la gente grande le iba a las Chivas o al América, y los Pumas tenían un culto fiel entre los niños, los jóvenes, los universitarios. El Cruz Azul conquistó varios títulos en los años setenta y era conocido como la Máquina Celeste. Era un equipo respetable. Estaba bien irle a la Máquina.

En realidad, el fútbol me tenía sin cuidado. Mis intereses estaban en el cine de ciencia ficción, la literatura fantás-

tica, la música y las aventuras por las barrancas afuera de mi casa. Pero un día íbamos en el coche y mi papá, traicioneramente, se puso a hablar entusiasmado acerca de la selección brasileña. Había empezado la Copa del Mundo en España, y Brasil era la sensación: había hecho picadillo a la URSS, a Nueva Zelanda y a Escocia, y hasta la poderosa campeona del mundo, la Argentina de Maradona, había caído ante Brasil. De un día para otro, mi padre estaba extasiado con las estrellas brasileñas: Zico y el gigantesco Sócrates. De pronto, mi hermano Andrés sabía cada detalle de los jugadores, los resultados, los equipos. ¿Qué estaba pasando? Yo mismo me convertí a la religión futbolera en un partido absurdo. Los comentaristas hacían mucho drama porque la poderosa España, anfitriona de la Copa, no podía ganar el partido a la selección de Honduras. La figura del portero me cautivó: el agente de un país centroamericano irrelevante, casi inexistente, que sin embargo no podía ser derrotado. Todo el dinero o las armas del mundo no podían derribar a ese héroe solitario.

Ahora entiendo mejor la pequeña fiebre futbolera que apareció en mi familia. La Guerra Fría había creado un clima hostil donde Estados Unidos y la URSS eran los grandes magnates. Yo había aprendido que Estados Unidos era una nación siniestra, pero un día mi papá le dio la vuelta al globo terráqueo y apuntó hacia la gigantesca Unión Soviética.

—Este gobierno es igual de malo o peor que el de Estados Unidos —me lo dijo así, de golpe. Ya no entendí: ¿de qué lado estábamos? ¿Con los rusos o con los gringos? Cuando llegó la guerra de las Malvinas, entendí que la lucha era contra el imperialismo. Detestaba al gobierno argentino, pero le resultaba insoportable que Inglaterra sometiera a un

país latinoamericano con ayuda de Estados Unidos—. ¿Dónde está la Doctrina Monroe? —se quejaba entonces.

México había quedado fuera en la fase eliminatoria del Mundial, y mi padre sugería que era una consecuencia del gobierno priista y su ineficiencia. Cuando El Salvador recibió la peor goliza por parte de Hungría, 10-1, el espíritu latinoamericanista se encendió al máximo en mi casa. Pero la Italia de Dino Zoff y Paolo Rossi derrotó a Argentina y a Brasil en el grupo de la muerte, y de la noche a la mañana Latinoamérica había caído y todos éramos antiitalianos.

—Es que son unos marranos —dijo mi padre, y señaló al defensa más sucio de Italia, Claudio Gentile. La ironía lingüística era indignante. Gentile anuló a Maradona mediante patadas y faltas dignas de cárcel, pero nadie sacó una tarjeta roja. Y esto nos lleva a una tesis de Juan Villoro: el fútbol es una pasión porque sintetiza la injusticia de nuestra condición, y eso abre la puerta a las salvaciones milagrosas. En las semifinales, se enfrentaron dos selecciones con un gran carácter: Alemania contra la Francia de Michel Platini. Mi hermano Andrés eligió a los galos, un equipo elegante y sofisticado. Mi hermano Agustín y yo no sabíamos qué hacer: vimos el partido con la conciencia desprejuiciada de un monje budista que come pepinos con limón y chile. El partido fue una obra de arte, y Alemania se impuso gracias a los instintos del portero. Cuando detuvo el tiro penal decisivo, el comentarista gritó:

—¡Es Schumacher, en una reacción felina!

Agustín y yo aprendimos que el fútbol era un género literario; los héroes debían nombrarse, y cada acción, cada gesto, cada rincón de la cancha tenía incontables posibilidades metafóricas. Nos convertimos al culto de la selección alemana. Pero llegó la final y perdimos todos: Italia derrotó

a Alemania, y nos quedamos sin el último consuelo tras perder a México, a Centroamérica, a Brasil y a Argentina; incluso a Francia.

Quizá el fútbol es tan humano porque su esencia es la frustración y el anhelo de sobreponerse a la desgracia, hasta que sobreviene una derrota demoledora. En esto radica la eficacia de mi fe: la aniquilación no puede caer sobre los fanáticos del Cruz Azul porque hemos sido aniquilados muchas veces, pero nuestra insólita presencia no decae: crece como una epidemia secreta. Analicemos la situación: tras el Mundial de España aprendí que los campeonatos del Cruz Azul habían quedado atrás, en la leyenda. Cada vez era más frecuente que mi equipo perdiera encuentros importantes, en las semifinales o en las finales. Pasaron diecisiete años sin campeonatos de liga, y las alarmas existenciales comenzaron a encenderse. Los espíritus ocultos de la nación abrieron los ojos y sospecharon que el destino tramaba algo malévolo. Mucha gente celebra el campeonato que obtuvimos en 1997 con un gol de Carlos Hermosillo, quien cobró el penalti con el rostro sangrante tras una falta digna de Gentile. No lo festejé por dos razones: Hermosillo había sido el gran ídolo del América, y por azares del comercio había pasado a mi equipo. Es un gran campeón, pero desde mi butaca de fanático amargado no parecía un gran triunfo.

Pasaron los años y se acumularon derrotas incontables. No hablo de los pequeños fracasos de otros equipos. Me refiero al Fracaso Épico: perder tres finales consecutivas entre 2008 y 2009. Vi alguno de esos partidos con rabia y fastidio. Mi equipo se ganó un nuevo apodo: el Subcampeonísimo. Tuve que tolerar la alegría bobalicona de los *bullies* dedicados a fastidiar al Cruz Azul: auténticos villamelones que no veían

los partidos; sólo veían los marcadores. De ahí mis preguntas para la psicología social: ¿por qué el público se regodea frente a un equipo que no tiene pequeñas sino grandes derrotas? ¿Por qué los aficionados de medio pelo se emborrachan con los tragos de euforia si un equipo honesto casi alcanza la gloria? Olvidemos al Cruz Azul: los fans del Atlético de Madrid viven en España un tormento de primer mundo: cuando (casi) ganaban 1-0 su primera final de la Champions League, Sergio Ramos colocó de cabeza el 1-1 en el minuto 93, y el partido se fue a tiempos extra. Acabó 4-1 a favor del Real Madrid, el eterno rival del Atlético. Ya merito lo lograban, dice el público. ¿Por eso hay que lincharlos? ¿Hay una suerte de identificación defensiva y burlesca porque somos como el equipo que anhela el triunfo y se queda a punto de lograrlo? ¿Somos una sociedad de ya-meritos? ¿O la mofa es una fantasía diseñada para desligarse de esa condición amenazante?

Me refugié en otros hobbies: la medicina y la investigación científica. Casi no veía el fútbol nacional. Los partidos estaban en cámara lenta. Incluso la producción televisiva era deplorable. Disfrutaba cada vez más el fútbol internacional. Eran los tiempos de Pep Guardiola como director técnico del Futbol Club Barcelona. Digamos, escribió Juan Villoro en *Dios es redondo*, “que hubo una vez un atacante tan rezagado que inventó la ofensiva en la defensa”. Villoro se concentra en el momento en que Guardiola renuncia al Barcelona en 2001, tras diecisiete años de servicio. Sus años de grandeza se condensan, de manera enigmática, en ese acto de renuncia que remeda un momento de intolerancia mística. Tras una temporada inusual a la intemperie en la segunda división mexicana, con los Dorados de Sinaloa, Guardiola resucitó en el papel de entrenador y fabricó una saga mito-

lógica de fútbol-arte y fútbol-precisión instrumentada por Messi, Xavi, Iniesta, Puyol y otros titanes. *Dios es redondo* se publicó en 2006. Villoro no era un profeta retrospectivo: su elogio de Guardiola fue una muestra de arte predictivo.

Fui a Barcelona por esos años. En el aeropuerto, el guardia de inmigración se mostró despectivo cuando le dije que visitaba España para dar una ponencia en una conferencia internacional de neurociencias. Pero vio mis boletos y dijo:

—¿Vienes a ver al Barça?

—¡Pues claro! —le dije.

—¡Hombre, me hubieras dicho antes, pásale inmediatamente!

En el estadio, el juego era realmente una coreografía. El nivel de sincronización me hizo pensar que nunca había visto un trabajo en equipo con más perfección técnica dentro del amplio espectro de la actividad humana, con la excepción del concierto de King Crimson en el teatro Metropolitan de México. ¿Cómo se logra ese nivel de coordinación? En el documental de Emir Kusturica, Maradona nos da una pista. En su infancia, Diego Armando jugaba con los amigos de la Villa Fiorito por las tardes, pero los partidos se prolongaban tras la puesta de sol. Como el alumbrado público era deficiente, jugaban en la oscuridad, y se desarrollaba un aprendizaje acerca de las posiciones y los movimientos de cada jugador en el esquema dinámico del equipo. Este tipo de memoria espacial y colectiva permite realizar predicciones eficientes: así, un equipo como el Barça de Guardiola está siempre un paso adelante. Si Xavi ejecuta un tiro de esquina, Puyol sabe a dónde irá la bola, pero la defensa lo desconoce.

En el fútbol siempre ha habido una tensión entre las inclinaciones individualistas de genios como Ronaldo Naza-

rio o Cristiano Ronaldo y las tendencias colectivistas de equipos que funcionan como un organismo unificado, con un pensamiento *Gestalt*, donde “el todo es más que la suma de las partes”. Es el “fútbol-asociación”. Según mi limitada cultura futbolera, esta utopía se reinventó en Holanda, en la década de 1970, gracias al mediocampista que años más tarde “descubrió” a Josep Guardiola: Johan Cruyff. El estilo de Cruyff permitió el desarrollo del fútbol-asociación en la selección holandesa, que se ganó el título de la Naranja Mecánica. Pero Cruyff jugaba en el Barça, y el fútbol-asociación se insertó en ese club como una seña de identidad.

Cuando llegó el Mundial de Sudáfrica 2010, los jugadores del Barça formaban el sistema nervioso de la selección española. Pero yo no estaba con España en la gran final, sino del otro lado, con la selección holandesa. La Naranja Mecánica había perdido dos finales previas, en el Mundial de 1974, contra Alemania, y en el Mundial de 1978, contra Argentina. Con dos derrotas encima, Holanda era el Cruz Azul de la mitología global. Fue un partido tenso y dramático. Mi padre veía el partido conmigo. Unos meses antes había sufrido fracturas en el cráneo, las vértebras y el tórax, y hemorragias en el cerebro. Sus capacidades estaban profundamente mermadas. A pesar de eso, y aunque no era futbolero, se entusiasmó con la magia colectiva de la selección española y la ruda fortaleza de Holanda.

—¡Son buenísimos! —gritaba, y nos sorprendíamos cuando el tenso compás de ambos conjuntos se rompía para dar lugar a una escapada vertiginosa. El combate definitivo se dio durante una carrera de Arjen Robben hacia la meta: fue un enfrentamiento cara a cara con el portero español, Iker Casillas, quien mostró su carácter en el último instante,

cuando detuvo el remate holandés. Ya se había creado la sensación de que el Mundial no era tan sólo “el recreo del mundo”, sino un laboratorio focalizado para analizar y construir el destino de los seres humanos. Vinieron los tiempos extra y ocurrió una agonía inesperada: se fue la luz. Sin razones ni pretextos. No había viento, no estaba lloviendo. Tan sólo se fue la energía eléctrica en mi casa, y la televisión se quedó inerte. Corrí al automóvil para prender el radio: sintonicé la estación y escuché alaridos y lamentos de gozo, como si fuera una fiesta sagrada: era la asistencia milimétrica de Cesc Fàbregas, el control del esférico y la ráfaga de Iniesta, quien puso el 1-0 definitivo para lograr el milagro de un nuevo campeón. Y la estadística infame de tres finales perdidas para la Naranja Mecánica.

No tuve resentimientos. Fue un gran logro de la selección española. Luego me di cuenta de que mis amigos estaban con España. Mis obsesiones infantiles me habían separado del grupo y me habían puesto con la Naranja. Mi amigo René Roquet incluso me reprendió con una disposición de ánimo generosa: habría sido horrible que Holanda ganara el Mundial en Sudáfrica, donde los colonos holandeses fueron tan crueles. Admito que no veo el fútbol como mi padre o mis amigos del medio cultural: no me importa la simbología política del juego, sino los valores deportivos en la cancha. Son dos maneras de mirar los partidos. Entiendo que en estas cosas nadie tiene la razón.

En los años siguientes me concentré en la Premier League, la liga española y la Champions League. No era una actitud malinchista, lo juro; más bien era el gozo de ver partidos con una gracia desbordante, imposible de encontrar en la liga mexicana... pero una vez me asomé a mirar uno

de sus partidos. Era una final de liga en el año 2013, entre el América y el Cruz Azul. Según Wikipedia, éste ha sido “el partido más visto en la historia del fútbol mexicano dentro de los torneos de liga”. La Máquina Celeste logró la hazaña de llegar a otra final, y los fanáticos salíamos de las alcantarillas. Las calles se llenaron de playeras azules; envalentonados, los aficionados confesábamos nuestro color. Unos maleantes callejeros tomaron un vagón del metro mientras se intoxicaban con *thinner* descaradamente, y una amiga quedó muy impresionada porque me detuvieron a empujones y me preguntaron por mi equipo; cuando contesté “el Azul”, nada más dijeron “déjenlo pasar”.

En esa época vivía en Coyoacán con mi pareja, Grace, y ella estaba acostumbrada a mis rituales futboleros. Cuando me vio montar un laboratorio de observación en la sala de la casa, con botanas y toda la cosa, lo tomó como un signo de decadencia: no me disponía a ver un partido del Mundial o de la Champions, sino la final de la siniestra liga mexicana. Le conté la historia lastimera del Cruz Azul. Lo aceptó únicamente porque el reconocimiento de la miseria era uno de sus valores estéticos, ya que su tío, Roberto Cobo, había dado vida al inmortal personaje del Jaibo en *Los Olvidados*, de Buñuel.

Cruz Azul había ganado el partido de ida, 1-0, y solamente necesitaba un empate en el partido de vuelta para ganar el campeonato. Fue un partido tenso de principio a fin. El América tuvo la posesión del balón, pero una escapada de Teófilo Gutiérrez desde la media cancha le dio al Azul un gol que lo ponía 2-0 arriba en el marcador global. Parecía difícil remontar la derrota.

En el minuto 73, un remate del Chaco Giménez se estrelló en la portería del América; en el rebote, el balón se

estrelló en la espinilla de Teófilo y volvió a colisionar con el poste. El Dios de las Cosas Redondas protegía al América. “El Cruz Azul deja vivir al América”, gritaba el Perro Bermúdez, con sabiduría. Yo veía el partido solo, pero llegaron uno a uno los hijos de Grace, movidos por la curiosidad y un poco de morbo ante la posible matanza. Nico le iba a los Pumas y a Micaela le daba igual el resultado, pero me veían sufrir tanto que ofrecieron su fuerte y valiente apoyo moral. En el minuto 88, un magnífico cabezazo de Aquivaldo puso el 2-1. Sólo faltaban dos minutos para cerrar el partido y terminar con quince años de sequía, pero el asedio americanista estaba en su máximo nivel.

En el minuto 92, durante el tiempo de compensación, se presentó un tiro de esquina; desesperado, el portero del América, Moisés Muñoz, abandonó su portería para ir a rematar, con tal destreza que conectó de cabeza y metió el 2-2. El público se volvió loco, dentro y fuera del estadio. Era un empate con sabor a derrota para el Cruz Azul, que enfrentó los tiempos extra con el espíritu destrozado. “¡Pecho frío!”, gritaron los comentaristas, y la Máquina Celeste perdió el duelo histórico en la tanda de penales.

Nadie tomó mi frecuencia cardiaca. Nadie tomó mi presión arterial. Pero me levanté y les dije a los niños algo así como: “Les recomiendo que se dediquen a las ciencias o a las artes, porque el deporte es una tragedia absoluta”. Me regalaron una mirada de sobria compasión.

Al buscar el recuerdo del evento en internet, los encabezados dicen: *Es que lo veo y en serio me vuelvo loco. Mi corazón sigue roto desde el 2013. Las burlas de la sociedad entera han durado más de una década. Todavía duele en muchos corazones. Este gol me dolió más que tu partida. Si ambos equipos se enfrentan en las*



instancias finales de la competencia, aparecen los amigos morbosos, los figones que no disfrutaban el fútbol ni les interesa, pero huelen la sangre. No tengo problemas con los aficionados del América; generalmente celebran la fiesta en santa paz. Tras aquella final vinieron Las Edades Oscuras: otra final perdida contra el América en 2018 y una semifinal en la que ganamos el partido de ida 3-0 a los Pumas y luego perdimos el partido de vuelta 0-4. Fue el momento más bajo de mi vida como fanático. Recibí muchas llamadas y mensajes por internet y celular ese día para “felicitar me por mi cumpleaños”. A nadie parece importarles que la Máquina Celeste ganó finalmente el campeonato de liga en 2021 y terminó con la sequía de 24 años.

La Real Academia Española, en un despliegue de ocio populista, se apropió del término *cruzazulear* y lo publicó en su Observatorio de Palabras. La Academia Mexicana de la Lengua se unió a la pandilla y escribió: “el verbo *cruzazulear* y sus derivados *cruzazuleando*, *cruzazuleado*, etcétera, aluden a la acción de perder un partido luego de tener la victoria prácticamente asegurada”. Concluyo este acto de protesta con un par de afirmaciones. Primero, necesitamos más amantes del deporte y menos porristas en las academias de la lengua. Segundo, *cruzazulear* es un acto de resistencia social —el más noble de esos actos— contra la masa hirviente que se burla de la derrota ajena. ¿Me preguntan si cambiaría de equipo? Doy gracias al color del cielo por la interrogación de aquellos niños al comienzo de la vida. Si hay un universo alterno en el que no dije “Azul”, deploro ese mundo posible. *Cruzazulear* es esperar durante décadas el momento de escribir un relato de venganza. Es transformar la derrota en victoria —literaria, serena— o morir en tiempos de compensación.

# Crónica rusa

Marion Reimers

El trayecto era largo: vivíamos a las afueras de Moscú. La zona era bella, pero para llegar ahí hacía falta transitar por sitios que no permitían olvidar aquella Rusia estereotípicamente comunista: edificios que se extendían como panópticos gigantes y anónimos hasta desaparecer entre las grises nubes. En mi diálogo interno bauticé a nuestra zona “Cabeza de Lenin”, para sentirme un poco más cerca de mi propia caótica ciudad. En este día en particular, la anticipación hacía que el viaje se sintiera todavía más largo. Sin embargo, daba también la oportunidad de observar cómo de a poco iban apareciendo en escena los distintos personajes que harían de protagonistas y público en la gran obra que el estadio Luzhnikí albergaría. Extraña contradicción esa de ser parte de la afición: una se transforma en actriz y en espectadora al mismo tiempo.

Máscaras de luchadores, penachos improvisados, trajes de charro, camisetas verdes que remitían a tantos épicos y trágicos episodios de nuestro pasado. El gol de Maxi en 2006, maldita sea. Las atajadas de Ochoa en 2014, bendita sea. La chilena de Jiménez ante Panamá, vamos, carajo. El pase errado de Osorio, por favor, no. No otra vez.

Al salir de los vagones y transitar entre los pasillos de mármol nos convertíamos en una sola criatura, una masa

de personas, un aglutinado de huesos, carne y sangre que se movía al unísono. La piedra blanca reflejaba las luces con una frialdad solemne, una opulencia que escondía la historia de las manos anónimas y explotadas que la habían levantado. En ese instante, a nadie le importaba. Éramos una corriente humana empujada por la expectativa. En medio de todo eso, unas cuantas mujeres dispersas, visibles apenas entre el tumulto. Yo una de ellas.

Las escaleras eléctricas parecían no tener fin. Cada tramo revelaba otro más, una escalada estática hacia lo alto que contenía el estallido que estaba por venir. La masa subía con un ritmo tribal. Poco a poco a mi alrededor los cánticos de “¡México, México!” se fundían con los pasos apresurados, con los ecos metálicos del mecánico ascenso y el sonido entrecortado de algún tambor. No era sólo un trayecto: era una procesión. Cuando al fin emergimos, la luz del exterior nos cegó por un instante. Un escalón desnivelado bastó para liberar un rugido doble: del lado derecho, los alemanes entonaban algo parecido a una marcha; del izquierdo, los mexicanos replicaban con trompetas y gritos desafinados. En el aire había una electricidad animal, un júbilo que parecía no tener dueño. Esto es un Mundial de fútbol varonil.

Entre la multitud verde, un grupo preparaba carajillos en un puesto improvisado de café. El aroma a expreso y licor se mezclaba con el sudor y el polvo. Supe entonces que el folclor mexicano había llegado a Rusia con todas sus contradicciones. En las gradas, el verde se multiplicaba. Un mar movedizo de banderas, sombreros, plumas y tambores cantaba con la voz rasgada de quienes creen que el ruido puede torcer el destino.

El partido fue una coreografía de tensión y milagros. Cada ataque alemán contenía la sombra de inevitabilidad. Cada

avance mexicano era un acto de fe. Cuando Lozano marcó el gol, el estadio hizo erupción. Ahora contenía una tensión que se sostuvo con el “Cielito lindo” durante lo que pareció una eternidad. Desconocidos se abrazaban, todos gritábamos por la liberación que implicaba ver lo improbable hacerse cuerpo. Por muy increíble que pareciera, durante 90 minutos le agradecimos a Juan Carlos Osorio ser la antítesis de lo que eternamente buscábamos en un entrenador: un estudioso que basaba su liderazgo en el positivismo y no el optimismo desmedido, cursi, afincado en el imaginario colectivo del producto de gallina.

Durante los minutos finales, la ansiedad se transformó en súplica. La cerveza ya había bañado nuestros cuerpos por dentro y por fuera. A mi lado se encontraba una mujer que, ante las ráfagas que acompañaban la tarde, gritaba: “Siento el viento de la Rosa de Guadalupe, ¡se nos va a hacer!”.

Entre tantos cielitos lindos era casi imposible escuchar cualquier otra cosa. El silbatazo marcó el final del partido, pero por mero protocolo, porque los gritos de júbilo del público mexicano fueron la clausura de la gesta.

Lágrimas, insultos cariñosos, abrazos torpes y muchos brindis. Por unos minutos, México se sintió invencible. Como si quisiéramos preservar el aroma de una flor en un frasco, nos resistíamos a abandonar el estadio. Fotos del recuerdo, contenido para redes, recapitulación de los mejores momentos, una última chela; todo era una buena excusa. “El que mucho se despide, pocas ganas tiene de irse”, y aquí la despedida era una eternidad.

Siempre con disposición de extender lo más posible nuestras escasas alegrías deportivas, los mexicanos asumimos como misión común trasladar la despedida a zonas más céntricas de la capital rusa.

La salida del estadio fue lenta, casi procesional. Mientras Luzhnikí quedaba a nuestras espaldas, las escaleras se presentaban de nuevo ante nosotros como una invitación a no dejar de ser esa masa que rodeaba de verde el de por sí ya verde y resplandeciente césped. Como una serpiente kilométrica que muerde su propia cola, descendimos por las fauces de las mismas escaleras que horas antes nos habían escupido.

Los cánticos seguían, pero ya no eran de celebración sino de incredulidad. “¡Sí se pudo!”, repetían. En el fondo, todos sabíamos que esa victoria no era sólo futbolística. Era un desahogo. Bajamos de nuevo a la boca del metro, a ese monstruo subterráneo que parecía observarnos con la indiferencia de quien ha visto demasiados imperios venir y caer.

La estación, sin embargo, había mutado. Era el metro Pino Suárez en hora pico, pero multiplicado. La multitud apretada, el aire espeso, el sonido rebotando contra los muros. Una marea verde con vasos de cerveza en la mano, con banderas a medio caer, con una energía que oscilaba entre la euforia y el delirio. Éramos pocas mujeres, desparramadas en un océano masculino que no reconocía fronteras ni límites.

Mientras esperábamos el tren, algo cambió. Es difícil entender la dinámica de las multitudes, el cómo podemos ser criaturas tan caóticas y a la vez tan perfectamente sincronizadas. Pareciera que por generación espontánea o así como una pequeña chispa enciende un cajón de pólvora, un tarareo, una palabra, un aplauso o un ritmo pueden encender a cientos o a miles.

Entramos al vagón, nos apretamos como pudimos y las puertas se cerraron. El tren no arrancaba, pero qué impor-

taba, si esta fiesta no conocía de las leyes del tiempo ni del espacio.

Una vibración sorda recorrió la multitud. Primero fue un grupo pequeño, luego otro. Empezaron a golpear las paredes metálicas de los vagones, el techo, el suelo. El ruido creció, contagioso, hasta volverse ritmo. Un canto surgió, deformado, en tono de porra futbolera: “¡Como Zague, la tengo como Zague!”. Reían, coreaban, golpeaban el metal con los puños. El vagón entero temblaba.

Durante ese Mundial fue común –desafortunadamente– leer en revistas de chismes y portales de *clickbait* disfrazado de noticias deportivas (¿no son al final la misma cosa?) historias de diferentes personalidades de los medios deportivos cuya privacidad se había visto violada al filtrarse imágenes íntimas suyas. La seguridad digital en Rusia es escasa, pero también es uno de los países con mayores índices de *hackers*, incidencia en elecciones extranjeras a través de mecanismos digitales y un largo etcétera. La sugerencia que se nos hizo a muchos de nosotros fue no llevar nuestros teléfonos personales y no conectarnos a redes de wifi. Difícil tarea cuando se está lejos de casa durante 40 días en lugares como “Cabeza de Lenin”.

El video de Zague mostrando una erección en el espejo mientras presumía su estado con la palabra “impresionante”, pronunciada en su –todavía– fracturado español, se convirtió en una de las más recurrentes referencias durante ese verano. Entre “Culpable o no” de Luis Miguel, cuya serie biográfica recién se había estrenado, y el escándalo del ahora comentarista de TV Azteca, se habían cimentado dos íconos de la masculinidad mexicana en la travesía mundialista.

Es triste recordar que las mujeres víctimas de esta violación a su intimidad (una colega comentarista y también la entonces pareja de Zague, Paola Rojas) terminaron por ser revictimizadas, amenazadas y sobajadas en el imaginario colectivo y en redes sociales. Zague, por su parte, siguió no sólo comentando el Mundial, sino que incluso fue reconocido por sus colegas durante las transmisiones de los partidos con compasivos chistes; hasta obtuvo oportunidades laborales haciendo comerciales con su infame frase.

En el metro, nosotras, unas cuantas mujeres apretadas entre cientos de hombres, quedamos inmóviles. No era sólo un cántico. Era una proclamación. Celebraban el cuerpo masculino, la potencia, la erección como símbolo nacional. En su júbilo había violencia, aunque no lo pudieran o quisieran ver.

No era un festejo futbolístico, era la imposición de un código. Uno que nos dejaba fuera. Los hombres chocaban hombros, empujaban, se reían con una complicidad cerrada. Cada golpe al vagón era una afirmación de pertenencia: nosotros, los que podemos; ustedes, las que miran (y en mi caso: la que suplica no ser vista).

Intenté no reaccionar. Me concentré en mantener el equilibrio mientras el tren avanzaba. El sonido metálico se mezclaba con el canto. Pensé en lo paradójico que resultaba estar en un país donde insultar a una mujer era normal y besar a otro hombre estaba prohibido. Lo había visto. En las fiestas clandestinas gay a las que asistí, el ambiente era otro: cuerpos en libertad, respeto, cuidado. Afuera, en cambio, la euforia masculina tenía otra textura, más cercana a la amenaza que a la alegría. Muy parecido a lo que estábamos viendo en el vagón.

El canto continuó por varias estaciones. El aire se volvió pesado. Nadie intervenía. Algunos extranjeros grababan con el celular; otros reían sin entender el idioma. A mi lado, una mujer rusa observaba con extrañeza, sin captar el doble sentido de las palabras. Yo sí lo captaba, y cada repetición me atravesaba como un recordatorio: el triunfo en la cancha no alcanza si el entorno sigue celebrando desde la agresión.

Cuando el tren se detuvo, la multitud seguía gritando. En las paredes del túnel se escuchaban ecos distorsionados, golpes, carcajadas. Afuera, el aire de Moscú era una bofetada de lucidez. Caminé sin rumbo unos minutos, intentando procesar lo ocurrido. Había visto lo mejor y lo peor de una afición en cuestión de horas: la emoción colectiva que borra fronteras y el machismo que marca sus límites.

Pensé en cómo el fútbol masculino se ha construido sobre símbolos de fuerza, dominio y virilidad. En cómo ese lenguaje corporal del poder se extiende a las gradas, a las calles, al metro. Y cómo, en cambio, el fútbol femenino, cuando se le permite existir, se sostiene en otros valores: la colaboración, la constancia, la empatía. No porque las mujeres seamos moralmente superiores, sino porque hemos tenido que inventar otras formas de estar en el juego, en la vida, sin reproducir los códigos que nos excluyen.

Lo que viví ese día fue una síntesis brutal de esa distancia. La exaltación masculina convertida en himno, la mujer reducida a testigo, el cuerpo masculino transformado en emblema de victoria. Entendí que el fútbol no sólo se juega en la cancha: también se juega en la forma en que un país celebra. Y México, en ese metro ruso, celebraba su victoria con una coreografía de dominación y distanciamiento, al menos con la mitad de su gente, pero sobre todo burdamente.

Esa noche, en mi habitación en “Cabeza de Lenin”, pensé en el próximo Mundial, pero también en todas las ocasiones en que había vivido episodios similares, normalizándolos y hasta intentando verlos con una pizca de compasión y ternura: “Ay, es que no todos son así”, “es una cosa de güeyes, se ríen, pero en realidad no te van a hacer daño”. Todo ello para poder seguir cerca de ese juego, esa industria, ese mundo que nos da tantas alegrías, pero que ha sido transformado en un destino para el que hay que pagar una aduana muy alta. Me imaginaba cómo esas escenas se repetirían si no se cuestionaba el modo en que se vive el fútbol. No hablo sólo de hombres ebrios cantando obscenidades, sino del sistema que naturaliza que la victoria sea un acto de virilidad y no de juego.

Aquel día aprendí que la euforia también puede ser una forma de violencia. Que el júbilo colectivo, cuando no incluye a todas, se convierte en amenaza. Que el grito de gol puede sonar igual que un grito de exclusión. En el metro de Moscú, entre el eco metálico de los golpes y las risas, comprendí que el fútbol tiene todavía mucho que aprender sobre humanidad.

La tarea que queda no es menor: construir una celebración que no dependa de la humillación ajena, un entusiasmo que no se sostenga en la virilidad performática. Lograr que, para 2026, cada mujer pueda vivir el Mundial sin miedo, sin esa sensación de estar en un terreno prestado. Que el fútbol sea, por fin, de todas y de todos.

Porque ese día en Moscú, en el metro que rugía como una bestia, entendí que el triunfo en la cancha fue de México, pero la derrota, silenciosa, fue nuestra.

# Crónica de una búsqueda

Juan Carlos Quezadas

## I

Desde hace años tengo en la cabeza el argumento de una novela imposible de escribir. La historia es muy sencilla: de un día para otro se prohíbe la práctica del fútbol. Un ente poderoso, llámese iglesia, gobierno o capital económico, decide que el fútbol es nocivo para la salud de la población, por lo que su práctica será perseguida. Todo aquel que sea sorprendido alrededor de un balón –árbitros, jugadores, espectadores– será condenado a muerte. Balones y estadios son destruidos. Las canchas de aficionados son transformadas en jardines para pasear a niños y perros.

En los demás ámbitos, la vida transcurre en aparente regularidad. Se vive, hay que decirlo, una normalidad evidentemente impostada, porque qué es la barra de un bar sin los goles reales o imaginarios que la pueblan la mañana de los lunes, porque para qué sirve un kiosco de prensa sin las previsibles declaraciones de un entrenador resentido, o de qué vale un recreo sin balonazos de por medio.

Sé que es una novela imposible de escribir porque su argumento es inabarcable. Sería como pretender narrar la *Gran Enciclopedia del Balompí*. Hay tantas raíces que se entrecru-

zan con el balón que sería imposible seguirles el hilo sin enredarse. Lo que rescato de la fallida idea de esa novela es la certeza de que si la desgracia allí descrita cayera de verdad sobre el mundo, yo sería, sin duda, uno de los primeros alzados. Yo, que en otras instancias de la vida me muestro reacio a pertenecer a cualquier movimiento, no dudaría en conspirar para apoyar la práctica de partidos clandestinos; no me lo pensaría dos veces para ofrecerme a traspasar fronteras con un balón escondido en el doble fondo de una maleta, y ocultaría sin reparos a virtuosos delanteros en el clóset de mi casa. Ante la prohibición del fútbol, es seguro que tomaría las armas.

Lo haría porque considero que un mundo sin fútbol sería un lugar sombrío en el que no encontraría muchos alicientes para ser feliz. No comparto la desesperanza planteada por Alfonso Cuarón en *Hijos del hombre*. Una sociedad para dar rienda suelta a la irresponsabilidad —y la irresponsabilidad propia es casi siempre una buena noticia—. Aquella sociedad, carente de niños, sería sorprendentemente alegre, como la de quien cierra y apaga la luz después de un día complicado. Nos mantendríamos tristes unas cuantas semanas, pero después comprenderíamos que se nos ha dado la responsabilidad —la oportunidad— de intentar ser felices. En cambio, en un mundo sin fútbol el horizonte quedaría cada vez más lejos. Habría que abolir los domingos, arrasar la hierba de los parques para matar la tentación, replantear el calendario.

Un año es el tiempo que va de una final de la Champions League a otra. La vida se cuenta por mundiales, por periodos de cuatro años. ¿Qué estaba haciendo entonces? ¿Qué haré cuando me alcance la próxima Copa del Mundo? Cuatro años me parece un lapso ideal para una planeación

que conlleve la consecución de metas firmes. Una medida humana para la transformación. De un año a otro puedes ser casi el mismo. En cambio, si en cuatro años no existe una variación en tu vida es que te estás estancando peligrosamente... pero no te preocupes: siempre existe una Copa del Mundo en el horizonte. Es lo bueno del futbol: invariablemente te regala nuevas oportunidades.

## II

Existe en Almería —o tal vez lo soñé, porque ahora mismo no puedo encontrar la referencia— una calle llamada Justicia. Concepto noble donde haya, pero que no entra dentro de los ingredientes básicos del futbol. En la composición química de este deporte podemos encontrar sorpresa, alegría, ritmo, honor, vileza, pero nunca justicia.

La justicia es para otros juegos. Para los cien metros planos, por ejemplo, donde gana quien corrió más rápido; o para el tiro con arco, donde vence quien con más precisión acierta en la diana. Incluso existen deportes de equipo, donde la justicia es visitante habitual en sus canchas. Pienso en el futbol americano o en el baloncesto. El futbol, en cambio, es injusto por naturaleza. Aquí no siempre gana el mejor ni quien mejor ha jugado. El reglamento, sin ir más lejos, puede premiar en ocasiones a quien comete una infracción.

Sirva un ejemplo extremo para ilustrar el salvajismo inherente al futbol: juegan A contra B, ambos equipos han agotado sus cambios, entonces un tosco defensa del equipo A saca de entre sus ropas un hacha y con ella hace trocitos la pierna de un delantero del equipo B. El sádico defensor ve inmediatamente la tarjeta roja. El goleador, ya sin pierna, debe

abandonar el campo sin que su equipo pueda remplazarlo. Incluso, aunque el mutilado pretendiera seguir jugando, arrastrándose si es preciso, el árbitro se lo impediría porque la amputación le habría provocado una fuerte hemorragia y el reglamento indica que un jugador manchado de sangre no puede permanecer dentro del terreno de juego. Se ha cometido no sólo una falta sino un crimen, y, sin embargo, ambos equipos continuarán el partido con diez hombres en la cancha, porque en el fútbol, práctica salvaje, si has gastado tus cambios no está permitido sustituir a un lesionado (ni a un muerto).

Quizá la justicia sea como esa calle de Almería que a veces existe y a veces se esfuma sin dejar rastro. Quizá caminé por ella nada más llegar a la ciudad y después la perdí de vista porque casi siempre anduve cerca del estadio de los Juegos Mediterráneos y la tal calle quedaba del otro lado de la ciudad.

Jugaba Almería contra Las Palmas, equipos de la segunda división de España. Nadie, ni en Londres ni en Bogotá ni el Singapur, seguía las incidencias del partido. Cinco mexicanos, miembros de una peña almeriense de la Ciudad de México, habíamos recorrido diez mil kilómetros para asistir a aquel partido. El porqué de la existencia de una peña almeriense en sitio tan lejano es otro misterio que habremos de desentrañar, eso espero, más adelante.

Era un partido de la jornada 10 sin pena ni gloria. O casi. Almería ganaba con justicia —maldita palabreja— cuando llegó el tiempo de descuento. El árbitro agregó cuatro minutos injustamente —maldita tierra antípoda— y, ya cerca del '95, un balón se coló por entre las piernas de un defensor del Almería y el partido se instaló en la pena. Para mí, que soy almeriense por adopción, fue una pena definitiva. Una pena que no habré de olvidar jamás. Los tres se-

guidores de Las Palmas en el estadio se abrazaron como si hubieran ganado el Mundial. Nosotros sólo tuvimos fuerza para entonar un “¡Fuera, fuera, fuera!”, que no tenía un destinatario preciso ni la más mínima de las lógicas.

El partido se reanudó sólo para que un jugador almeriense moviera el balón desde el punto central. No hubo tiempo para nada. Ni siquiera para un pelotazo desesperado. Y entonces sobrevino el silencio. No el silencio absoluto del cual parten todos los silencios futbolísticos y que dicen se formó en Maracaná después del gol de Ghiggia en la final del Mundial de 1950. El silencio de aquella noche en Almería era un silencio menor. Más ridículo que trágico. Era el tercer partido de la joven temporada en el que nos arrancaban el triunfo en el último minuto. Y si escribo *último* es porque me estoy refiriendo precisamente al último. No al '89, en el que aún queda un atisbo de esperanza por lo que pueda rescatarse en el tiempo de descuento. No, yo hablo de un minuto impreciso, un instante hijo de puta escondido entre el '94 y el '95, que es el territorio donde se fraguan las verdaderas desgracias.

### III

Además de la novela imposible que pretende contar la prohibición del balompié, tengo desde hace años la idea de escribir un ensayo acerca de lo que significa irle –como se dice en México– a un equipo de fútbol. No creo que sea una idea tan descabellada. Más bien me parece un ejercicio complicado, casi de psicoanálisis, porque siempre que pienso en la estructura de tal ensayo aparece en el fondo la figura de mi padre.

Todas estas anotaciones, por otra parte, forman ya parte de ese ensayo. No descarto que mi vida completa, el viaje

a Almería, los goles con los que sueño sean en realidad las páginas que buscan desentrañar lo que en el fondo significa irle a un equipo de fútbol.

Tal vez viajé a Almería para encontrar a mi padre, un tal Carlos Quezadas, fallecido un año antes en la Ciudad de México. Habría sido una gran respuesta para todos aquellos que me preguntaban qué coño iba yo a hacer allí:

—Voy a buscar a mi padre.

Seguro que a él le habría divertido mucho transfigurarse en almeriense. A fin de cuentas, le encantaba usurpar nacionalidades. Sin ir más lejos, fue el más uruguayo de los uruguayos cuatro meses exactos antes de su muerte. El dos de julio de 2010, el día de su cumpleaños, se enfrentaron Ghana contra Uruguay en los cuartos de final de la Copa del Mundo de Sudáfrica. Lo invité a comer a una cantina para ver el partido. Había muchos charrúas en el sitio, pero ninguno como mi padre.

Fue un partido que se recordará por años. Un claro ejemplo de por qué el Mundial es tan maravilloso y por qué existimos los locos que catalogamos la calidad de un año de acuerdo con la cercanía del evento. Se jugaba el último segundo del tiempo extra. Ghana mandó un centro que se paseó por el área uruguaya sin decidirse a entrar en la portería. Varias veces el balón estuvo a punto de entrar, pero un milagro evitaba la desgracia, hasta que un decidido cabezazo de Dominic Adiyiah tomó dirección de gol. Y entonces apareció la figura de Luis Suárez metiendo una mano que evitó la anotación.

Así surgió el problema de ética futbolística más importante de la historia. Nunca antes se había visto una jugada de esas características en una instancia tan importante.

¿Luis Suárez hizo lo correcto?

¿Ghana fue víctima de ese reglamento bárbaro del que ya hemos hablado?

¿Aquel dos de julio quedó marcado como una fecha vil para el fútbol?

Mi respuesta para el primer cuestionamiento es que efectivamente el delantero uruguayo hizo lo correcto. Cometió una falta, es cierto, pero fue juzgado por ella y recibió el castigo que marca el reglamento. A fin de cuentas, Asamoah Gyan tuvo en sus piernas la posibilidad de anotar un penal-ti que, de haberse transformado en gol, no nos tendría, años después, discutiendo la jugada. Sin embargo, el balón dio en el travesaño, el árbitro decretó en ese instante el fin de los tiempos suplementarios y aquel partido se decidió en serie de penales. Una Ghana con la moral por los suelos no tuvo los arrestos para afrontar los disparos desde los once pasos y Uruguay calificó a las semifinales de la Copa del Mundo.

Sí, es cierto, los africanos fueron perjudicados por un reglamento cruel que a veces parece redactado por una turba de trogloditas. Pero ¿qué hacer entonces? ¿Tirar penales hasta que la víctima del infortunio logre la anotación que le fue robada? ¿Decretar como gol un balón que jamás rebasó la línea de meta? Me parece que ese coqueteo con la barbarie fomentado por el reglamento es el que hace que el fútbol sea algo más que un deporte.

Y no, definitivamente no creo que aquel dos de julio haya quedado marcado como una fecha negra. Me parece que miles, incluso millones, de niños que presenciaron el partido quedaron enganchados para siempre al fútbol. Experimentaron, supongo, lo que yo sentí en otro julio lejano cuando Harald Schumacher, portero alemán, arrolló al lige-

ro Battiston en una jugada salvaje que no fue marcada ni siquiera como falta. Battiston quedó inconsciente sobre el terreno de juego, mientras que el arquero alemán contemplaba la escena con la frialdad de un verdugo. Al final del partido, cuando el francés era atendido en un hospital de Sevilla, Schumacher detenía el penal que daba a los alemanes la clasificación a la final del Mundial de España 1982. Años después, en sus memorias, el guardameta confesó que sólo se dio cuenta de la magnitud de la acción cuando recibió la llamada telefónica de su madre, preocupada por la salud del francés: “Ha parecido grave. La falta ha dado muy mala impresión”.

Festejaban los alemanes sobre la cancha, en tanto que el niño que fui miraba desconcertado al televisor, en el instante en que, lo recuerdo bien, escuché las gotas pesadas caer sobre el techo, comenzaba un típico torrencial de verano en la Ciudad de México. Veintiocho años después no llovió. Lo sé porque me encontraba en el jardín de una cantina de Coyoacán tratando de contener la emoción de mi padre, uruguayo entonces, que se abalanzaba para abrazar a sus compatriotas que no paraban de celebrar. Aquello era una fiesta.

Después de todo, lo único que tengo claro es que en Almería hay una calle que aparece y desaparece a voluntad y que de su nombre el fútbol no tiene noticia.

#### IV

Yo juego fútbol en el Almería. Un equipo de aficionados que forma parte de la Liga del Ajusco. Nuestra cancha se encuentra en las faldas de aquella montaña, por lo que jugamos a

3 000 metros sobre el nivel del mar; una altura por encima de la ciudad de Quito, por ejemplo, y sólo 600 metros por debajo de La Paz, Bolivia, que tanta polémica levanta a la hora de recibir partidos internacionales.

Nos encontramos pues en la antípoda de la otra Almería. Aquí no hay mar ni sol, y nuestra Alcazaba es la punta de un volcán dormido. Si nos atenemos al clima y a las condiciones de nuestro entorno, deberíamos llamarnos Victoria o Santander. Pero por fortuna nos llamamos Almería. Somos Almería.

Las historias de los ancestros de los fundadores del equipo hablan de guerras civiles; fronteras que fueron traspasadas en el último segundo y con la respiración contenida; barcos cargados de esperanza que nunca arribaron al puerto, y una historia de amor que cuando se escriba hará palidecer a Romeo y Julieta.

El Almería, el del Ajusco, es el equipo más humilde del mundo y, sin embargo, nació con la esencia de los verdaderos clubes de futbol. De aquellos cuadros que representan un barrio, una población o una fábrica. Equipos familia, equipos estandarte, equipos formados por lo mejor de una comunidad. Encabezando a estas escuadras auténticas podrían estar el Athletic de Bilbao, guardianes de la identidad vasca, o el Arsenal, fundado por los trabajadores del depósito de armas de la Royal Woolwich. Después vendrían miles de equipos más, pero antes de cerrarse el desfile apareceríamos nosotros.

¿Qué es lo que representa el Almería? ¿Cuál es su esencia? No lo sé. Tal vez tenemos la labor de dar la noticia de que el futbol no es esa práctica privatizada y elitista que sólo se puede ver a través del pago por evento. Recordarle al mundo que el futbol nació en un lodazal y morirá al caer la

tarde sobre un campo sin alumbrado. El último partido de la humanidad, el que habrá de desarrollarse a la par del Juicio Final, no lo jugará el Real Madrid. Lo jugará un Almería despreocupado contra un equipo de panaderos ucranianos, todos a la espera de que los llamen a rendir sus cuentas.

V

Avanzo estas páginas a trompicones, igual que Claudio Caniggia en aquel intento de contragolpe contra Camerún, en la inauguración de la Copa del Mundo de Italia 90, que derivó en la que para mí es la falta más artera jamás cometida. No tanto por los resultados que el golpe trajo a la víctima, sino por la saña y premeditación con la que se fabricó. Fue una falta en tres tiempos en la que los defensores de Camerún fueron cazando al argentino hasta que llegó Benjamin Massing y con una sólida plancha derribó a Caniggia.

Al escritor no lo derriba un enemigo. El escritor cae vencido por su misma fuerza. La literatura es un arte de equilibrios. El escritor debe ser un experto en manejar contrapesos y vacíos. Debe saber cómo colocar el cuerpo para no caer. Ayudarse, incluso, de un brazo sobre tierra. Revolverse sobre el lodo para conservar la vertical y seguir avanzando hacia ese balón que casi nunca se puede alcanzar.

En el fútbol los planes acaban por volverse una realidad: puedes ganar o puede ser que sea el enemigo quien triunfe, pero al final de un partido de fútbol, casi siempre, hay un sueño cumplido. Un proyecto que ha llegado a feliz término.

La literatura, en cambio, es el arte de lo que pudo haber sido. Los escritores son una comunidad de arquitectos fantasmas que proyectan planos que jamás han de construirse.

Y si al final se construye resulta que el dormitorio se transformó en bodega, que el perro era gato y que la marquesa nunca supo leer el reloj. Toda escritura es un esbozo. Un boceto fallido. Al final nadie triunfa. Escribir es como tomar un tren sin rumbo ni horario. Un tren que mezcla estaciones con manzanas.

## VI

Avanzo, como Caniggia, ciego y absurdo, y entonces me llega una fotografía desde Almería. La tierra a donde fui a buscar a mi padre. Y de golpe, se presentan frente a mí doce o quince padres anónimos. La imagen fue tomada en 1979 en la tribuna del Juan Rojas, un estadio que ya fue derruido, en un juego de la Agrupación Deportiva Almería.

Sorprende que no haya una sola mujer en la tribuna —algo impensable en una imagen de hoy en día— y también la falta de elementos alusivos al fútbol. Si acaso uno o dos gorros rojiblancos. Cuando vi la imagen por primera vez, me llamó la atención que alguien fuera al estadio con un muñeco de ventrílocuo. Después comprendí que el sonriente hombre del ángulo superior izquierdo sostiene una bota de vino y que la pequeña cabeza que hay detrás es la de un aficionado y no la de un muñeco, un muñeco idéntico a Jorge Luis Borges, hay que decirlo.

La foto la subió a Twitter mi amiga María, hija, ella sí, del hombre que está justo delante del ventrílocuo que hace bromas con *El Aleph* y *Las ruinas circulares*. Incluso la sonrisa del padre de María puede deberse a que el pequeño Jorge Luis Borges de pasta haya repetido lo que su homónimo de carne

y hueso dijera alguna vez: “El futbol es popular porque la estupidez es popular”.

—¡Venga ya, tío, no seas pesado! Que no todo es Ulises y los griegos —le contestó al polichinela el hombre que en primer plano nos amenaza jugueteón con una garra.

Tenía razón.

Debe de haber sido Bill Faria, tal vez Miguel Ángel Gamboa, quien anotó el decisivo gol aquella noche: 3-1 contra el Toluca. Si me atengo a mi memoria, luchando contra todas las trampas que la memoria nos suele tender a la hora de los buenos recuerdos, diré que fue en una liguilla. Es más, a juzgar por el paraguas y la gabardina de mi papá, me aventuraré a señalar que fue en un mayo lluvioso.

Mayo de 1979. Un día entre semana de un mes lluvioso. Pero aquella noche no llovió, eso es seguro. Lo sé porque ninguno de los dos está mojado. Parecemos felices, mi padre sonriente, yo orgulloso.

En la fotografía aparezco con mi playera azulcrema mirando hacia la cancha. Volteando ligeramente a una de las áreas. Seguramente disfrutando de una pared Dirceu-Ortega-Dirceu mientras despliego, ante la lente de la cámara, el banderín de un América que, en esa época, todavía no era águilas sino canarios.

Mi padre lleva un cigarro atrapado entre los dedos. Se debate entre seguir sosteniéndolo o abrazarme. Mira fijo hacia la cámara, por lo que corrijo: no debe de estar sucediendo la triangulación de ensueño entre los volantes americanistas. No debe de estar sucediendo absolutamente nada interesante en la cancha porque los ojos de experto de mi

padre no se podrían estar perdiendo de algo que valiera la pena: una recepción insólita, un movimiento al hueco, una definición que parece fácil pero no lo es, en fin, alguno de esos dos o tres detalles maravillosos que suceden en cualquier partido y que pasaban desapercibidos para el común de los aficionados, no para él.

¡Clic!

Y el fotógrafo debe de haberse retirado a revelar la imagen en algún cuarto oscuro en las entrañas del Estadio Azteca. Mientras la lluvia no caía y mi padre se llevaba a los labios esa fiesta a medio morir, para rematarlo, como Gamboa o Faria remataron el centro de Mario Trejo. Y entonces el cigarro acabó por consumirse.

Puede ser que las dos fotografías que nos preceden se hayan tomado apenas con algunas semanas de diferencia. Y como estas imágenes habrá otras miles. Guardadas en cajones olvidados. Hijos y nietos y padres y abuelos. Fantasmas algunos, que miran directo a la cámara y en cuyos ojos se lee: mírame, algún día estuve vivo, algún día fui a un estadio de fútbol.

## VII

Igual que sucede con los grandes amores, la afición por un equipo surge, casi siempre, después de una serie de casualidades afortunadas. No es una decisión consciente, más bien es un descubrimiento que se realiza cuando dar marcha atrás ya es imposible.

Yo soy del América desde siempre. Elegí esos colores antes, incluso, de aprender a hablar. Mi padre se sentaba en un sillón a contemplar el partido y yo, de tres o cuatro años,

me acomodaba a su lado para participar de aquella ceremonia. Es evidente que no entendía muy bien lo que allí estaba ocurriendo, pero la energía que se desprendía de aquel acto era placentera para mí. Soy americanista, se diría, de nacimiento. No tengo, como muchos otros aficionados, un partido-insignia que haya detonado mi afición. Soy americanista antes de saber que lo era. Igual que tengo los ojos verdes y una estatura mínima: es un asunto de mi naturaleza. Es seguro que si mi padre hubiera escogido otro equipo me habría arrastrado en su elección, porque yo comencé a ver el fútbol para estar a su lado. Igual que el cachorro que corre gruñendo hacia la reja del patio porque su padre, un perro adulto y experimentado, se ha acercado allí para ahuyentar al cartero, así yo me sentaba frente al televisor para apoyar a la distancia a esos jugadores azulcremas que se desplazaban por la pantalla. Soy americanista, casi de nacimiento, y, como ya se explicó, por herencia. No es algo que tenga que ver con los razonamientos intelectuales o sociológicos del pan y el circo, esos juicios no me interesan.

De algún modo, al ver jugar al América me siento abrazado por mi padre, vuelvo a tener cuatro años. Me siento seguro y feliz.

Vine a instalarme en el recuerdo de un departamento de Tuxpan 83 porque imaginé que aquí estaría mi padre mirando un partido de fútbol. Y que, al escribirlo, al transformar tanto amor en palabras, podríamos abrazarnos una vez más para gritar un gol. Un gol del América.

# La otra alineación

Rosa Beltrán

A Martín Caparrós y Juan Villoro.

No sé nada de fútbol. Pero viviendo en un país como éste, en América Latina, en un mundo como el actual donde la posverdad y el cambio son la marca de agua del tiempo por el que transitamos, lo único que permanece inmutable es el fútbol. En cualquier latitud, cualquier religión, a cualquier edad y en cualquier época del año el fútbol nos persigue.

A mí el fútbol no me une a nada ni con nadie, y a la vez me une con todo. El juego del hombre —y empecemos con la metáfora machista— para mí es como las moscas. Está en todo momento, como diría Machado, de mi infancia y juventud; está en algo ocurrido ayer o hace mucho y evoca situaciones de mi vida cuyo sentido se me escapa y en cambio ha fijado para siempre el recuerdo de un hecho futbolístico que nunca sabré cómo interpretar. Esta fijación insensata equivale a confesar que ha quedado en mi mente la mosca y no el objeto donde se posó, ni por qué ni para qué. A veces he llegado a pensar que se trata de un misterio ni gozoso ni doloroso. Simplemente algo que una fuerza superior me pone enfrente, para qué, no sé. Diría Juan Villoro: Dios es redondo.

Mi vida está rodeada de hazañas futbolísticas que por casualidad me tocó ver o escuchar y que quedaron ligadas a ella para siempre. Digamos, sin ningún afán de presunción, que el futbol me ha elegido a mí, no yo al futbol.

Pongo un ejemplo. Hacia el año 1999 fui invitada junto con otros escritores a un programa de Radio UNAM, entonces bajo la dirección de Malena Mijares, a lo que creí sería una conversación sobre literatura. Alguien dio el “quíú” y de pronto me vi inmersa en una charla sobre futbol. Recuerdo que estaba Juan Villoro, creo que Pancho Hinojosa y alguien más. Que estuviera Juan era suficiente para inhibirme y congelarme, pero el hecho de que además yo tuviera una ignorancia absoluta sobre el tema fue la puntilla que hizo que me descosiera con comentarios absurdos que hicieron reír a mis contertulios y propiciaron una plática de cierto interés por su frivolidad y, quizá, por lo inédito del abordaje.

Hablábamos de grandes goleadores y yo solté el tema de las piernas de Johan Cruyff. Se me quedaron mirando. Con toda naturalidad, les comenté que por azar había presenciado la final entre Alemania y Holanda de 1974, donde Cruyff y Franz Beckenbauer (der Káiser) se disputaban el título del Mundial.

—¿Cuántos años tenías?

—Catorce.

—¿Y ya eras aficionada al futbol?

No soy aficionada, no sé nada de futbol. Mis papás se estaban divorciando, el ruido de fondo era el partido, subieron el volumen y, en los comentarios, escuché que Cruyff tenía aseguradas las piernas por un millón de dólares, lo mismo que las de Marlene Dietrich. A mi corta edad y viéndolo de lejos, me pareció un exceso.

De modo casi natural pasamos a un tema que empezaba a resonar y que se volvió tendencia en los 2000: la metrosexualidad. Comentamos (o, más bien, comenté) sobre las mechas que se acababa de hacer David Beckham. Al principio hubo cierta incomodidad, parecía un tema banal para hablar de un gran jugador, que sin embargo derivó en una conclusión: si él mismo había decidido volverse un ícono de la moda (y tener por cierto la boda más mediática del momento con una de las Spice Girls), ¿qué de malo había en hablar de sus cortes de pelo estafalarios y sus uñas de museo? ¿Cómo trastocaba esto al propio futbol? Acabamos tocando un tema de orden ético (o así lo recuerdo yo): ¿era correcto pasar el mismo tiempo en el club deportivo y el gimnasio que en el salón?

Digo que tal vez sólo lo pensé porque la memoria es falible y también porque los comentaristas de futbol parecen evadir este asunto tan obvio. De algún modo es un tabú, aunque también es un secreto a voces. Los comentaristas masculinos prefieren usar cualidades elípticas cuando se refieren al físico de los futbolistas. Rendimiento, técnica, fuerza, velocidad.

Y tienen razón.

Pero hay algo inquietante en la forma distinta de referirse a hombres y mujeres atletas, profesionistas o incluso políticos y políticas. Mucho hablan los hombres de la belleza o de la falta de ésta en las mujeres, aun en contextos donde no debiera ser el asunto central. Por qué entonces no habríamos nosotras también de comentar sobre los rasgos físicos de los futbolistas, cuando es evidente que hoy en día muchos se depilan las cejas, se decoloran el pelo y se cuidan el físico con cirugías de tal modo que parecen modelos de



pasarela más que atletas de alto rendimiento. Por qué no decir de Cristiano Ronaldo que el hecho de que se haya dejado comprar por el equipo Al-Nassr de Arabia Saudita, al precio de ya no tener el foco de la gran afición, es lo menos importante para muchas y, acaso, cuando ha elegido ser modelo, para él. Pasará a la posteridad, además de gran jugador, como uno de los hombres más bellos en la historia del fútbol. Y lo sabe.

Por cierto, Aleksandar Mitrović, según el ChatGPT, es el futbolista contemporáneo de físico más notable. Para la inteligencia artificial, en plena discusión conmigo, los 111 goles que ha metido son lo menos importante frente a su “físico imponente y capacidad aérea”. Nunca había discrepado con la inteligencia artificial ni me había incomodado de tal forma una opinión suya, pero en este caso me siento obligada a consignar el dato porque me resulta un alarde que se atreva a decirme sin mayores argumentos que un jugador de fútbol es más bello que otro. Supongo que en este momento tengo que decir: cada quien sus gustos.

¿Cuándo empezaron los futbolistas a posar como modelos de moda? ¿Cuándo empezaron a competir como ídolos pop, aunque dentro de la cancha no se hablara de ellos de este modo?

David Beckham fue ícono del estilo y pionero de la metrosexualidad, como he dicho.

Paolo Maldini, del AC Milán, representó la belleza clásica italiana.

Zinedine Zidane, uno de los hombres más guapos de la historia, pese a tener nombre de medicamento, nos robó el corazón cuando le dio un cabezazo a Marco Materazzi por andar insultando a su hermana. Primero se especuló que el

insulto había sido a la madre de Zidane, lo que provocó la ira y la condena de la afición. Materazzi explicó que el insulto había sido a su hermana y no a su madre; que él no se atrevería jamás a insultar a la madre de nadie, pues la suya había fallecido. Más tarde aún nos tuvieron que explicar que es una táctica común insultar para hacer reaccionar al otro y marcarle falta. Algo muy primitivo que obedece al cerebro reptil. De modo que muchas nos dimos cuenta de que lo que nos había conmovido de Zidane, en cierta forma, era su cerebro reptil.

Podría seguir con el largo desfile de los dioses del Olimpo de nuestra era, pero prefiero detenerme en una figura para apuntalar mi comentario posterior. Hablo de la belleza inverosímil de Kaká. Inverosímil por el contraste entre el rostro angelical y la fuerza de las patadas; inverosímil por la antítesis entre la aviesa intención y la imagen limpia y sonriente que lleva al inconsciente colectivo a recordar al mejor de todos los tiempos: el Rey Pelé. El “jogo bonito”, el baile y el arte en vez de la agresión, hoy tan en boga. Ahora la llaman roce, contacto. Es un juego de contacto.

El fútbol es un juego que también ha reconfigurado el mapa geopolítico de las naciones. Muchos jugadores de origen africano han sido contratados en Francia, por ejemplo, y en los mundiales representan a ese país para escándalo de los puristas. Hace poco más de doce años, en el Museo Leopold, en Viena, asistí a una muy controvertida exposición sobre la representación del hombre desnudo en el arte, desde 1800 hasta hoy (*Masculin/Masculin*), que después se exhibió en el Musée d'Orsay, entre 2013 y 2014. Dicha exposición terminaba con una fotografía del equipo de fútbol de Francia y

sus jugadores totalmente desnudos. Salvo los calcetines y los tenis, no tenían puesto nada más. La exposición itineró por diversos lugares del mundo, aunque en la propia Francia, en París, esa última fotografía se expuso bajo resguardo en una sala especial a la cual no podían entrar menores de edad. En México, la exposición llegó muy fragmentada, sin la dicha fotografía. Y bien, ¿cuál era el escándalo? Que el miembro viril aparecía expuesto, y esto ofrecía una lectura distinta del poder, evidentemente.

Como no sé nada de fútbol, puedo permitirme el lujo de disfrutar de las escenas teatrales en el Mundial, que son algunos de los pocos partidos que veo. De los excesos de los árbitros y la actuación casi punk de algunos entrenadores, como el Piojo Herrera, revolcándose y mesándose los cabellos con cada dislate de un jugador. Y hasta de los memes. En los últimos tiempos no ha habido mejores memes que los de Memo Ochoa: el Meme Ochoa. Recuerdo, sobre todo después de sus fabulosas atajadas, en especial la de un penal de Brasil, haberlo visto en un meme que se volvió viral en segundos: él parado sobre el Ángel de la Independencia. “Quiten el Ángel de la Independencia y pongan a Ochoa”, rezó el meme. También hubo uno de san Judas Tadeo con su rostro. Este último lo imprimí y lo tuve guardado en mi cartera por un tiempo, como estampita. Como para todos mis compatriotas mexicanos, Memo Ochoa fue el recordatorio breve de que, si no podemos atacar, cuando menos podemos sentirnos orgullosos de evitar alguna vez un cañonazo enemigo.

Por último, quiero citar dos hechos futbolísticos sobre los que todavía no tengo conclusión. Uno fue haber presenciado

una conversación maestra en Nicaragua entre Martín Caparrós y Juan Villoro, cada uno autor de un libro magnífico sobre fútbol. Cuando terminó la charla mesmerizante, levanté la mano y les pregunté por qué los hombres eran capaces de tener distintas mujeres a lo largo de su vida y, en cambio, nunca cambiaban de equipo de fútbol. La respuesta, unánime, era para ellos obvia. Tu equipo es tu identidad, eres tú mismo. Ganes o pierdas, no puedes renunciar a ti.

Hay mucho de razón en esto. Porque yo, que no sé nada de fútbol, le voy a los Pumas. Y englobaré a las Pumas, porque tengo entendido que están jugando de maravilla. No obstante, me parece desafortunado, como a muchas, que hayan decidido poner junto a la mascota Goyo, una dizque Goya, sexualizada y con el torso de fieltro al aire. Son los tiempos *woke*, que en nombre de la inclusión caen en los mismos estereotipos que pretenden combatir.

Muchas, como yo, aunque no sepan nada de fútbol, se entusiasmarán viendo jugar a los mejores en algunos partidos del Mundial. Y tratarán, aunque no lo logren del todo, de limitarse a ver su desempeño futbolístico dentro de la cancha, poniendo oídos sordos a sus comentarios sobre otros temas. Y es que a veces estos astros del balompié desbarran cuando dan consejos. Por ejemplo, el Chicharito Hernández y sus desafortunadas declaraciones sobre las mujeres. Fue sorprendente verlo en redes sociales sacándonos la tarjeta amarilla al afirmar que: “Están erradicando la masculinidad, haciendo a la sociedad hipersensible”. Y luego, de plano y de frente, nos espetó: “Encarnen su energía femenina, nutriendo, recibiendo, multiplicando, limpiando, sosteniendo el hogar, que es el lugar máspreciado para nosotros, los

hombres. No le tengan miedo a ser mujeres, a permitirse ser lideradas por un hombre que lo único que quiere es verlas feliz (sic)".

No creo necesario tener que hacer ningún comentario, pues la mayor parte de las mujeres que oyó al Chicharito llevando la buena nueva se pronunció en contra enseguida, además de la presidenta Claudia Sheinbaum, quien después de tildar las afirmaciones de "machistas" afirmó que el jugador "tenía mucho que aprender". Sin embargo, no faltaron mujeres que se mostraran fascinadas con la propuesta de este futuro que fue ya pasado, pero que por lo visto en muchos casos sigue siendo presente. De modo que el fútbol también exhibe taras y regresiones, aunque no se lo proponga, porque él mismo es reflejo de todo lo que ocurre en la cancha y fuera de ella.

La última anécdota futbolística en la que no hice nada para estar cerca del fútbol, pero estuve más cerca que nunca, ocurrió en 2010, el día en que se jugó el último partido del Mundial que se disputaban Holanda y España. Ernesto y yo teníamos que tomar un vuelo de Ginebra a México a una hora inaudita que no nos permitía ya dormir. Nos metimos a un bar con una televisión del tamaño de un muro, rodeados de aficionados cuyo origen, dada la oscuridad y el cansancio, no pudimos distinguir. El partido empezó, nuestras simpatías se inclinaban por España por obvias razones que, en este minuto en que lo escribo, ya no me parecen tan obvias, salvo las raíces, la lengua, la literatura, el tamaño de los futbolistas que, junto a las máquinas holandesas, se veían un poco endebles, la serenidad y la aparente sapiencia del entrenador, Vicente del Bosque, los nombres pronunciados

en una televisión extranjera con voz adormecida: pase a Xavi, Xabi Alonso, Iniesta, nombres que se repetían una y otra vez como un mantra que de pronto incluía la variante: Piqué, Puyol. Se fueron calentando los ánimos. Más, cada vez más. Hacia el segundo tiempo, Ernesto y yo nos vimos, junto con la mesera de origen español, gritando, bebiendo y comiendo cacahuates sin parar; la audiencia alrededor aullaba, entrechocaba los tarros de cerveza; todos nos mesábamos los cabellos: aquello era una locura de pasión que parecía hermanarnos en un aquelarre convocado por quién sabe quién y para qué fines. La tensión creció, el juego era reñidísimo, ya casi por terminarse el tiempo un jugador fue expulsado. Exhaustos, los futbolistas volvieron con las últimas fuerzas a morir, aquello parecía no tener ya remedio ni sentido. Pero cuatro minutos antes del fin del partido, Fábregas dio un pase a Iniesta, quien de un cañonazo metió gol. ¡Gooooo! Gritos inconcebibles de Ernesto y míos, brincos, abrazos, cacahuates al aire, hasta que de pronto descubrimos que nos rodeaba un silencio sepulcral. Un silencio de miedo. Fue entonces que nos percatamos de que estábamos rodeados por el enemigo. De modo ruidoso, los dos aficionados más cercanos se pusieron de pie y se dejaron venir con miradas amenazantes. Alguno alcanzó a gritarnos algo que no terminamos de oír porque salimos huyendo, corriendo en la madrugada, sin rumbo ni otro propósito que salvar la vida, seguidos incluso por la propia mesera.

Uno nunca sabe con quién comparte la euforia y la amistad verdadera, tan momentánea, del fútbol.

# Cascaritas

Francisco Hinojosa

## UNO

Mi gusto por el fútbol se remonta hacia mediados de los años sesenta. Antes me interesaba más el béisbol, ya que de los seis a los nueve años viví en la frontera norte, en Mexicali. Con el ingreso a una escuela en el entonces Distrito Federal, en cuarto o quinto de primaria, empecé a interesarme por el balompié gracias a que ése era el deporte que allí se practicaba. Me inicié como portero del equipo de mi salón de clases, con un uniforme anaranjado. Mi hermano Javier, casi dos años menor que yo, también empezó a jugar y a hacerse aficionado de las Chivas. Yo le iba a los Cremas. Esa diferencia hizo que tuviéramos una infancia divertida. (Aunque veíamos muy poco béisbol, teníamos también que ser rivales: él de los Tigres, yo de los Diablos Rojos, cuando aún jugaban en la Ciudad de México.) Cada quien con su camiseta, jugábamos en un jardín, propiedad de nuestros abuelos, de buen tamaño para tan sólo dos participantes. Además, yo era el encargado de hacer simultáneamente la narración del partido, en el que siempre salían a colación los nombres de Zague, Calderón, Ataulfo Sánchez, Isidoro Díaz, Arlindo, Chava Reyes, Fragozo y Onofre, entre otros. A veces ganaba

uno y a veces el otro. Lo que nos faltaba para hacer esas tardes más agradables era el poder jugar juntos. Entonces invitábamos a Manuel, nuestro hermano menor, a ser nuestro contrincante: le dábamos nueve goles de ventaja contra los diez que le daban fin al partido. No pocas veces nos ganó.

## DOS

Ya de adolescente empecé a jugar cascaritas en la calle con varios amigos. Las porterías le hacían honor a su nombre: eran las puertas de entrada de algún garaje. Jugar en la calle, creo que en la colonia Guadalupe Inn del Distrito Federal, no representaba riesgo alguno. Le hacía de portero y no pocas veces terminaba lleno de raspaduras, chipotes y sangre. No eran partidos: en realidad unos contra otros se las ingeniaban para fusilarme, algo que no siempre lograban. No recuerdo que habláramos de fútbol ni que alguien se inclinara por algún equipo. Tampoco había lo que se dice pasión: jugar era una manera de pasar las tardes entre amigos. Mi afición se había venido abajo. Sin embargo, los mundiales lo revivían todo. En el de 1970, celebrado en México, mi abuelastro, a quien lo único que le interesaba eran los toros, me dio dinero para conseguir boletos del encuentro de Italia contra Alemania Federal, que luego se conoció como el Partido del Siglo. Me fui temprano al Azteca: con los billetes que me dio alcanzó perfectamente para conseguir buenos lugares, justo atrás de la portería en la que cayeron más goles. Fue tan sencillo que mi abuelastro pensó que no sería difícil conseguir entradas para la final. Con todo y que llevaba una buena cantidad de dinero fue imposible: aprendí entonces lo que era la reventa (el precio oficial para la final de 2026, en

categoría 1, es de 6 730 dólares). Alcancé a llegar a casa de un tío que vivía en las cercanías del Azteca para ver el partido.

### Y TRES

Hacia principios de los ochenta, y durante dos o tres años, nos reuníamos los sábados una serie heterogénea de amigos, conocidos y desconocidos a jugar futbol (perdón: a cascarear) en las afueras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. No era una cancha propicia para hacer rodar el balón, driblar, hacer una chilena o tirar al ángulo superior de la portería. Ciertamente había una pelota en juego y dos equipos encontrados, siempre distintos y conformados con lo que el azar dispusiera. Todo lo demás se compensaba con el entusiasmo de quienes llegaran a la cita. Los resultados eran lo que menos importaba, a pesar de que se celebraban los goles y se reclamaban los errores. No había árbitros y la norma decía: “Si no hay sangre, no hay falta”, pese a que hubo quien salió del “estadio” en ambulancia y con una fractura de fémur. Otra norma que se repetía cada tanto era: “Si no vas a discutir, no juegues”. El futbol era una excusa para hablar, antes que patear, de literatura, historia, política. Las charlas previas al inicio de las “hostilidades” (que sí las había eventualmente) salpimentaban los encuentros. “Las citas literarias”, dice Carlos López Beltrán, “se entremezclaban con los albures y las ocurrencias más ingeniosas, y a menudo procaces”. Las primeras convocatorias daban como inicio las diez de la mañana, pasó a las once y creo que terminó a las doce.

Algunos datos: principios de los ochenta, la FFyL de la UNAM (que a casi todos los jugadores nos había dado cobijo), un

grupo heterogéneo unido más por la plática casual que por el verdadero esfuerzo físico, la palabra como enlace y el balón como pretexto, las amistades (y a veces enemistades) en el fondo de las inexistentes redes, el juego por el juego, la conversación; la mayoría andábamos cercanos a los treinta años, con o sin trabajo, algunos aún estudiantes o profesores, casados, divorciados o solteros, con algunas publicaciones en chicas, medianas o buenas editoriales y en suplementos culturales o revistas.

Según me entero por Hermann Bellinghausen, que escribió una crónica sobre estas cascaritas y que amablemente me la compartió (*La Jornada*, octubre de 2021), la idea nació en la redacción de la revista *Nexos* con tres aficionados a las patadas y los balones: él mismo, Luis Miguel Aguilar y Rafael Pérez Gay. Coincidió en que debió haber sido hacia 1981. Convocharon a unos cuantos más y decidieron jugar en el estacionamiento de la FFyL. Al parecer, la voz corrió a la velocidad de unas redes sociales en ese entonces inexistentes, a otras conocidas como “de boca en boca”, y poco a poco se empezó a llenar la “cancha”. Para cuando yo me enteré, ese mismo año, el único de los fundadores que recuerdo como asiduo fue a Hermann.

Entre los más persistentes se encontraban José Luis Rivas (la Cobra Muñante, en referencia al gran extremo derecho peruano que jugaba con los Pumas y cuyo sobrenombre se lo imprimió Ángel Fernández); Hugo Vargas (el Árabe); Carlos López Beltrán (el Expreso de Minatitlán); Pepe Buil; Hermann Bellinghausen; Daniel Sada; Carlos Chimal; Gastón Martínez (la Jaiba Brava); Alain Derbez; Manuel Andrade

(Zequinha); Rafael Vargas; Ricardo Castillo; Eduardo Hurtado; Arturo Trejo; Sergio González Rodríguez; Andrés Ordóñez (que sólo aguantaba diez minutos); Homero Alemán Valenzuela (que también escribió una crónica); Nemesio Chávez; Víctor Navarro; Emiliano Pérez Cruz; Cellini; Martín Díaz; el Niño (cuyo nombre no recuerdo) y alguien a quien apodábamos el Zar de Centroamérica. Llegó a ir en un par de ocasiones (me entero por Hermann y Homero Alemán) el actor Diego Luna. Olvido, por supuesto, muchos participantes que deberían estar merecidamente mencionados en esta lista. Y también olvido la mayoría de los sobrenombres (nadie se escapaba de tener uno) que a la menor oportunidad nos asestábamos por cualquier motivo. El mío me lo impuso José Luis Rivas: el Príncipe, debido a que escribí un par de libros de versiones de leyendas de espantos de la Colonia y de mitos de la creación prehispánicos; resulta que los editores (de la extinta editorial Novaro) consiguieron que un reportero de *Excelsior* se interesara por la “noticia” y publicara en la sección de sociales una nota sobre la colección de libros, titulada, algo así como: “Seis libros escritos por seis príncipes de la imaginación”. Rivas leyó el artículo y el siguiente sábado hizo público mi mote: el Príncipe de la Imaginación (todavía ahora me topo con alguien de aquella época que me llama por ese apodo).

La cancha, que cambió al lado del estacionamiento de la FFYL, era lo menos cercano a un campo para jugar al fútbol, así fuera callejero: en declive, lleno de piedras y árboles, terroso en invierno y con algo de pasto a partir de la primavera. Hubo quien propuso cambiarlo a las Islas de CU o a otra facultad que tenía mejores espacios, pero nadie se animó a

hacerlo porque la convocatoria era una sola. Alguna vez llegó una “autoridad” para advertirnos que estaba prohibido usar esa parte del *campus* para otras actividades que no fueran universitarias. Escuchadas con todo respeto aquellas palabras, el juego continuó ese día y los que le siguieron durante años.

Decía que mis recuerdos se remontan a los años 1981-1984. Lo digo porque en este último nació mi hijo y también la hija de Pepe Buil: pasamos de hablar de literatura en la antesala del partido a temas relacionados con el cambio de pañales. Al año siguiente abandoné las cascaritas porque me fui a vivir un año a Tabasco. Al regresar ya habían desaparecido. O más bien eso fue lo que creí: Carlos López Beltrán me aseguró que duraron cuando menos hasta 1986 (año en el que también él emigró a Inglaterra), aunque luego me dijo que a principios de los noventa seguían las cascaritas, seguramente con casi todos los participantes renovados. Un cambio de generación, pero no de gusto por las patadas.

Algo que a la distancia me parece inverosímil es que nadie se inclinaba abiertamente por un equipo de fútbol, ni siquiera el que debía cobijarnos solidariamente a la mayoría: los Pumas de la UNAM. Sólo recuerdo a uno que llevaba con frecuencia su camiseta: la del Botafogo, Daniel Sada, seguramente con el número y el nombre de Garrincha. No recuerdo si en ese entonces o años después me comentó, muy seriamente, que le hubiera gustado ser futbolista profesional. Sus razones me dejaron sin habla: entrenas todas las mañanas, juegas los finde y te quedan todas las tardes libres para escribir. Sin duda un buen plan para alguien amante del

fútbol y de la escritura. Añado que a pesar de que en ese entonces no tenía un físico atractivo para un equipo profesional, su juego era de una gran finura: si alguien sabía mover el balón en cortito, esconderlo entre las piernas y engañar al contrario era él. Más joven, recién llegado al Distrito Federal, procedente también de Mexicali, la liga española le guiñó el ojo y tuvo que decidir entre su carrera como narrador y poeta y la de futbolista, que en caso de haber aceptado la invitación hubiera compartido la cancha con el legendario Tomás Boy. Otro de los cancheros que se llevaba las palmas también tuvo un pasado futbolero en el equipo de reservas del Atlas: el poeta Ricardo Castillo, autor del muy celebrado y leído *El pobrecito señor X* (FCE, 1976): “[...] porque tu amor ya no da para utopías/y la afición está muy lejos de considerar a la poesía/como otra forma de patear el balón”.

No había posiciones delimitadas: pasabas de defender a ser un delantero o un guardameta, sin oportunidad de usar las manos para atajar la pelota en una portería delimitada por piedras, chamarras y no recuerdo qué otros objetos. Entrabas y salías de relevo cuando el aire no te alcanzaba para dar un pase más. Y al cabo de dos horas de sudar la gota gorda llegaba la segunda parte del encuentro: para unos (como yo) el retorno a casa y para otros la continuación, el *after play*, en una tienda de abarrotes ya inexistente por las calles de Copilco, según recuerda Bellinghausen, para tomarse unas caguamas en la banquetta. En una de éstas, me cuenta Rivas, les cayó la policía a él y a Ricardo Castillo (“y su circo de Moscú”, al decir de José Luis), y los levantó, no por beber en la vía pública, sino porque no tenían dinero suficiente como para que la extorsión valiera la pena a los

guardianes del orden. Así que los subieron a las patrullas y los presentaron ante una jueza. Hicieron muchos intentos por esquivar el peso de la justicia, argumentando que los chotas les habían pedido su mordida, pero no lograron convencer a la árbitra del Ministerio Público de su inocencia y de la culpabilidad de quienes debían atrapar criminales y no deportistas que merecían su bien ganado refrigerio: la voz de los uniformados tenía que ser más creíble. El padre de alguno de los arrestados (que pasaron unas horas encerrados en la delegación y que armaron un buen desmadre en su encierro), con un pasado en la policía, los sacó de allí, previo pago de una elevada multa por cabeza.

Poco tiempo después, algunos de los cancheros adoptaron como lugar de reunión posdeportiva una cantina de nombre “El Gallito” o “Los Gallitos”, que según me cuentan todavía sigue allí, aunque bajo otro nombre, y cuya localización, en Avenida de los Insurgentes, hacía fácil el traslado desde el punto de encuentro de las cascaritas.

Mucha camaradería, aunque también algunos toques de violencia: los reclamos por las faltas a veces llegaban a los empujones y los gritos, no mucho más. Uno de los asiduos participantes, cuyo nombre me reservo, nos advirtió que cruzaban por “nuestra” cancha algunos jugadores de fútbol americano de la UNAM, reconocibles por su uniforme, que regresaban seguramente después de un entrenamiento. Y sin más nos preguntó (o quizás trató de imponernos a todos su trama): “¿Por qué no nos los madreamos?”, como si quisiera decirnos que el fútbol era inferior al boxeo o que podían convivir sin menoscabo el uno del otro. La calentura llegaba a tal grado que bien se hubiera lanzado él solo a retarlos ante

la resistencia del resto. Aunque no fue fácil, lo convencimos de dejarlos pasar y luego reanudar nuestro partido. Además, ninguno estaba dispuesto a agarrarse a golpes con unos desconocidos sólo porque sí o porque invadían un territorio que también les pertenecía.

Había tantos aciertos a la hora de marcar goles como desaciertos a la hora de meter con fuerza el pie. Cuenta José Luis Rivas: “En una ocasión tuvo lugar un acontecimiento ético: uno de los asiduos a la cascarita de nombre Aquiles”, mote impuesto por sus notablemente grandes talones, “le propinó una artera patada en el talón al mítico actor Héctor Subirats y lo retiró para siempre de todos los salones de baile y de todas las canchas, a él, que fue gran rocanrolero y jugador estrella de la liga española”.

Un día apareció el Zar de Centroamérica, cuyo nombre he olvidado o nunca lo supe, supongo que invitado por alguien o atraído por lo que sucedía en nuestro “estadio” mientras él pasaba casualmente por allí. Mi recuerdo es muy vago: creo que sacó algunas bebidas refrescantes de una hielera que compartió con los jugadores, dijo que se dedicaba a la venta de queso y café de Chiapas en distintas facultades y nos mostró una buena cantidad de billetes. Dólares. A pesar de que no jugaba, y nunca fue su intención, su fortaleza física estaba fuera de duda. Alguna vez llevó a su hermano, ya mayor, como de sesenta años, que sorprendió a todos por su buen juego. No regresó.

En alguna otra ocasión hubo un conato de bronca entre dos jugadores: Gastón Alejandro Martínez (compositor y poeta)

y Alain Derbez (poeta, ensayista y jazzista). El motivo era lo de menos. Aunque se encendieron los ánimos, la cosa no pasó a mayores, quizás por la intervención de los demás, pero dejó un aforismo, producto del ingenio de Rivas, que hasta la fecha algunos recordamos: “Era la ocasión propicia para liarse a golpes, pero, poetas al fin, sólo se hicieron de palabras”.

Siempre había alguien que se erigía como el “capitán” de cada uno de los equipos contendientes y seleccionaba, uno a uno, a sus jugadores. Los compromisos y las amistades dejaban de existir: había que elegir a los más competitivos. A mí me tocaba, por lo general, estar al final o en medio de la lista gracias a que, debo reconocerlo, no era una buena opción. Sin embargo, siempre terminaba siendo elegido por mis aciertos a la hora de anotar en la portería rival, gracias a que las reglas, por supuesto no escritas, no consignaban el fuera de lugar como una falta. O sea: era un eficiente cazagoles, aunque también me gustaba bajar y defender la meta que me tocaba en ese momento. El fútbol, entonces, era otro: existían un portero, una línea de defensas, otra de medios y la última de delanteros. Ahora hay líberos, nueves y medios o falsos nueves, mediaspuntas, volantes de contención y un VAR vigilante. Ninguno de los dos sistemas se aplica a las cascaritas, que, si bien distan mucho de parecerse al fútbol competitivo que vemos en los estadios, son el semillero del que suelen surtirse los equipos. Además, si nos atenemos a su verdadero sentido, son más un juego que un deporte, y que levante la mano el profesional que no se inició cascareando.

# Techo de cristal y el césped abajo

Brenda Ríos

On the pitch, I was La Furia. At home, I was my parents' dutiful daughter. Two lives that could never touch.

YAMILE SAIED MÉNDEZ,  
Furia

## I

Jugué fútbol una sola vez. En una escuela secundaria pública cerca de La Quebrada hace ya mil años. Yo era flaca, escuálida, antes de que se pusiera de moda. Nada trágico. No participaba en juegos de ningún tipo. Los bailables me parecían espantosos y asistía a la clase de educación física con resignación. Ya la ceremonia de formarse los lunes en el patio, por salón, por grupo, por estatura, me parecía horrible. Éramos personas en camino a ser *algo, alguien*: hormonales, con granos, en el calor, con ese olor tremendo, con chazarilla blanca y esas faldas a la rodilla, zapatos negros, aprendiendo a obedecer. Lo olvidé todo. Mejor así. Pero en algún lugar de la casa abandonada de la memoria recordé un solo partido que jugamos. Niños y niñas. En el salón. Un maestro que faltó. Un rato que matar. Los escritorios y sillas como porterías. Sudamos, jugamos mal. Torpes, pero reímos mucho. No era el

juego, entendí, era un sentido de pertenencia. De tener equipo, de saber que uno no estaba solo. Entendí por qué los niños lo hacían todo el tiempo. Pero fue una excepción. Luego, cuando las cosas retomaron el orden, nosotras también lo hicimos.

## II

En el mundo hay niños que aman a sus ídolos de *shorts* cortos y calcetines arriba: Messi, Maradona, Ronaldo, Ronaldinho, Pelé y muchos más. Tan idolatrados son que los hacen dioses; algunos llegan al extremo de crear una religión, como documenta muy bien Emir Kusturica en su documental sobre Maradona. En Nápoles hay murales sobre el jugador argentino en todas partes, y la gente dice que es porque triunfaron una sola vez cuando Maradona estuvo en el equipo italiano. Nunca antes habían ganado y, por supuesto, después de él, tampoco.

Hombres en *shorts* y camisetas que anuncian nombres de empresas bancarias (como en México) y de todo tipo al frente, y su nombre en la espalda, haciendo millones. Por patear una pelota. Por ser los mejores. Por hacer del deporte un negocio lucrativo alimentado por contratos de publicidad y torneos que recuerdan esos juegos medievales para celebrar coronaciones y conquistas; todo el pueblo abocado a una celebración que ostenta el triunfo como una corona ganada a pulso, a partir de sus campeones y gladiadores. Jugadores que se hacen *influencers*, y lo que dicen, por muy idiotas que sean sus declaraciones (no olvidemos las recientes declaraciones del Chicharito), es tomado en cuenta. El peligro de ser personas públicas. *Rockstars*, a la par de músicos y estrellas

de cine. Llenan estadios. La gente compra un boleto por uno o dos sujetos de un equipo de once. Los padres llevan a sus hijos a ver a sus favoritos, a la continuidad de generaciones de amor por ése, el elegido, el mejor, “la mano de Dios”, diría el italiano Paolo Sorrentino, que justo habla de la llegada de Maradona a Nápoles. La euforia, la expectativa. La felicidad total. Como saludar al papa afuera del Vaticano, algo así imagino que sienten.

Muchos de los grandes jugadores vienen de contextos difíciles: pobreza, racismo, discriminación, y el futbol fue su catapulta a un mundo millonario y extremo: el lujo y exceso. Los nombres sobran, pero están ahí. De las playas de Río, de las favelas, de las colonias sin electricidad, de familias en crisis, esos fénix se instalaron para siempre en un sueño que no sólo trata de jugar un juego: es apostar por algo más grande. Es cambiar la vida por completo: de chico miserable a millonario. Bien, no es así para las mujeres.

### III

Todo empieza, algunas veces, en el patio de las escuelas. En la hora de recreo. Ahí, entre compartir la comida, las canciones, el buen o mal humor, los juegos improvisados, los nuevos e incendiados afectos o molestias, estaba todo dicho. Los niños ocupan el espacio, juegan futbol. Las niñas se acomodan tímidas en los bordes. Quizá alguna intente unirse al partido, pero no van a dejarla jugar. La van a mandar con las de su especie. Sin drama de ninguna parte, es casi natural. Los maestros no van a intervenir en su intento, las compañeras mirarán pero tampoco será su preocupación. Y esa niña, esa única niña, volverá a su trinchera de sumisión,

docilidad y, sobre todo, inactividad. Las niñas ocupan el espacio con palabras, aprenden otros juegos. Para los niños, el sudor, los golpes, el tocarse todo el tiempo. Las fronteras divididas. Ahí, el mundo ya se separa y no volverán a reunirse hasta mucho, mucho después, cuando cada una de esas personas en formación termine de cuajar y halle su espacio, su manera de defenderse con más o mejores armas.

La infancia es brutal, separatista y reaccionaria.

¿Qué niña soñaba con ser bombera, pilota, jueza, atleta, matemática, científica con el pelo despeinado, plomera, carpintera, jugadora de fútbol? Pero debe haber, claro, debe haber. En el mundo de los lugares comunes, entre tantas aspirantes a bailarinas o doctoras o maestras de escuela, debe haber. Por fortuna. El camino no va a ser fácil, y será injusto. Lo aprendieron desde el día uno. Pero en una de éstas, alguna o varias podrán llegar. Pese a todo. Porque sí, porque es necesario abrir el camino en la maleza, para molestar, para protestar, para dar por sentado que se puede hacer. No es empoderamiento, esa palabra que agrede un poco porque da la impresión de que todas queremos el poder, pero no; va por otro lado, va en el sentido de buscar una pasión, como un pintor busca pintar, como un cineasta intenta hacer cine, así los deportistas buscan practicar su idea de libertad. Los jugadores juegan. Y para eso necesitan llegar al lugar del juego.

En una entrevista a *Efeminista* en 2023, la mejor jugadora de la historia, Marta Vieira da Silva, seis veces Balón de Oro, contó: “Yo no tenía una ídola en el fútbol. Ustedes (por la prensa) no mostraban el fútbol femenino. ¿Cómo iba a entender que podría ser una jugadora, llegar a la selección y convertirme en una referente? Hoy, la gente en la calle me

para y me dice: ‘Mi hija te adora, quiere ser como tú’. Hoy tenemos nuestras propias referencias”. El mismo medio señala a Marta como “la jugadora con más goles en los mundiales de futbol, superando al alemán Miroslav Klose”.

Ser jugadora de futbol exitosa equivale a ser también portadora de una causa. Es defender el género, el juego, la posibilidad de que otras chicas puedan acceder a ello. Es comprender que lo más difícil es llegar a la cancha de barrio, con apoyo de la familia, de los padres, y el costo que eso implica.

Ella misma acota: “Siempre tuve que encarar ese rechazo de frente. Supe que sabía jugar desde los siete u ocho años, y ya enfrentaba ese rechazo desde el inicio. Tenía que ganarme el espacio con los chicos, enseñar que una niña jugando al futbol también es normal, y dar ejemplo a otras niñas que querían jugar, pero tenían miedo de comentarios machistas. Eso me daba rabia, pero esa rabia la transformaba en motivación; iba a la cancha a demostrar lo fuerte que era”.

Mi amiga Sofía Grivas juega futbol. Siempre hay lío en su equipo para hallar jugadoras mujeres y, claro, no están exentas de romperse la nariz (ella ya se la rompió dos veces), como en cualquier otro lado; juegan los lunes a las siete p. m. Y apenas me contó que lo hace con tenis de niño, porque hasta hace poco no había tenis de futbol para mujeres. Nike lanzó la bota Phantom Luna en 2023, la cual fue el resultado de años de investigación y colaboración con atletas femeninas, y Adidas anunció el lanzamiento de los F50 Spark Fusion en 2025, los cuales son promocionados por la marca como los primeros zapatos de futbol exclusivos para mujeres.

La ropa especializada habla por sí misma. No hay que olvidar la ocasión en que Nike quiso disminuir el patrocinio

en 70% a la corredora olímpica Allyson Felix por estar embarazada, y ella, por despecho, no sólo creó su propia marca de tenis deportivos para mujer llamada Saysh, sino una fundación para deportistas embarazadas que incluye guardería y otros avances en materia de cuidados.

#### IV

La Liga MX Femenil, con apenas unos años de existencia, ha logrado romper récords de asistencia en toda América. En 2018, la final Chivas vs. Pachuca reunió a más de 32 mil personas. En 2022, Tigres vs. América superó los 50 mil. Ninguna otra liga femenina en la región se acerca a esas cifras.

El primer campeonato de la liga femenina fue en 2017, once años después de su fundación. Cuarenta años después de la primera competencia en Europa llamada Eurocopa Femenina. Los números importan en la medida en que significan algo: el panorama no cambia pese a la precariedad que enfrentan estas deportistas.

Sin embargo, la brecha persiste. La diferencia no sólo está en el sueldo base, sino en los bonos, en las primas por partido, en los derechos de imagen. Un futbolista promedio de primera división puede comprarse una casa después de una temporada regular. Una futbolista, en cambio, a veces comparte departamento con tres compañeras para poder pagar la renta.

El contraste se vuelve más crudo cuando se mide el costo de la vida. La jugadora que gana 5 mil pesos mensuales destina la mitad al transporte y a la alimentación especial que exige el deporte de alto rendimiento. Lo que queda apenas alcanza para sostenerse. En términos reales, muchas

viven al filo de la pobreza, aunque aparezcan cada semana en la televisión nacional.

En septiembre de 2019, la Comisión Federal de Competencia Económica (Cofece) rompió el silencio. Tras una investigación, multó a la Federación Mexicana de Fútbol y a 17 clubes por prácticas monopólicas: habían fijado topes salariales discriminatorios para la Liga MX Femenil.

Las cifras eran tan brutales como absurdas:

- Las jugadoras mayores de 23 años no podían ganar más de 2 000 pesos mensuales.
- Las menores de 20, aún menos.
- Las menores de 17 años recibían únicamente apoyos en especie.

Era el “pacto de caballeros del fútbol femenino”. Un pacto no escrito que mantenía a las jugadoras en condiciones de semiprofesionalismo, aunque entrenaran con la misma exigencia que los varones.

Tras la sanción, varias futbolistas se animaron a hablar, como Daniela Pulido: “A veces no les daban ni agua, todo el sacrificio de entrenar a cambio de muy poco”. Y por haber hecho declaraciones frontales en algunos partidos no la dejaban entrar a jugar. Finalmente fue eliminada del equipo de Guadalajara y de la Liga por razones que desconoce, pero ganaba 2 000 pesos al mes y lo máximo que llegó a ganar fueron 4 000.

Otras jugadoras contaron que viajaban en autobuses sin viáticos, que compartían habitación con tres o cuatro compañeras, que jugaban lesionadas porque no había seguro médico. El castigo de la Cofece fue histórico, pero también

reveló lo evidente: el profesionalismo era una invención absoluta.

Los números son contundentes:

- Sueldo promedio femenino en México: 3 500-5 000 pesos al mes (una cifra que apenas cubría el transporte y la comida especial que exige el alto rendimiento).
- Sueldo promedio varonil en primera división: 640 000 pesos al mes.
- Diferencia: más de 200 veces.

No son únicamente los números, sino lo que implican: jugadoras que estudian y trabajan porque el fútbol no alcanza; campeonas nacionales que viajan en camiones nocturnos soñando con una carrera que, en la práctica, aún no garantiza un sustento digno.

En Chile, la campeona nacional de 2019, Santiago Morning, y su directora técnica, Paola Navarro, confesaron que no tenían contrato formal: Navarro recibía una ayuda en boletos de transporte. Esta situación generó controversia y críticas hacia el club, especialmente en el contexto de su nombramiento como la primera mujer en dirigir un equipo de fútbol profesional en el país. A pesar de su éxito y reconocimiento, la falta de un contrato formal fue un punto de tensión que reflejó problemas más amplios de discriminación y desigualdad en el ámbito deportivo.

Cuando ella asumió el cargo no fue sin polémica. A algunos no les gustó para nada la idea de que Navarro compartiera los vestidores con los jugadores. El portero y capitán Hernán Muñoz no tuvo problemas en compartir su



opinión: “Estoy en total desacuerdo con la concreción de lo que se está hablando. A mi modo de pensar, que una mujer esté en un camarín masculino se sale de contexto, por la comodidad de los jugadores”, señaló. La comodidad de las jugadoras ni siquiera fue tomada en cuenta.

## V

En junio de este año, en Chile, dos de las máximas figuras deportivas del país, Christiane Endler, portera de la selección nacional, y Alexis Sánchez, del Sevilla Futbol Club de la Primera División de España, aparecen en una publicidad para una marca de telefonía, ambas estrellas del futbol posan en una foto que los retrata con la misma altura, algo que no es así en la realidad, ya que la portera mide 1.82 y el delantero, 1.69 metros.

Esto, claro, dio pie a numerosos memes y burlas, haciendo hincapié sobre todo en la reproducción de estereotipos de género o de la masculinidad frágil. Ahora, la otra cara de la moneda es mostrar que ellos están “a la par”, midiendo lo mismo. Pero él gana un millón y medio de euros al año, mientras que ella, considerada por la FIFA como la mejor arquera del mundo, gana 19 mil euros al mes, es decir, 228 mil euros por año. Es la número trece del mundo en tener uno de los salarios más altos. La imagen no habría alcanzado a mostrar la diferencia de tamaños en ese sentido. El listado está encabezado por Kadidiatou Diani, del Paris Saint-Germain, y Wendie Renard, capitana del Lyon. Ambas futbolistas reciben un salario de 37 mil euros mensuales. El brasileño Neymar Jr., acreedor del sueldo más alto de la Ligue 1, cobra casi 111 veces más que Diani, la mejor pagada del

futbol femenino galo. El exjugador del Barcelona recibe 4 millones 83 mil euros mensuales.

En el futbol, los fichajes femeniles recién comienzan a rozar el millón de dólares: Naomi Girma al Chelsea por 1.1 millones, Alyssa Thompson desde el Angel City por 1.5 millones, Olivia Smith al Arsenal por poco más de un millón de libras. Montos que parecen gigantes para la historia del futbol femenil, pero que palidecen frente a los 9.76 mil millones de dólares gastados en el mercado masculino sólo en el verano de 2025.

Otros deportes muestran caminos distintos. El tenis iguala los premios en los Grand Slam desde la década de 1970; el surf reparte idénticas bolsas desde 2019; el voleibol internacional lo hace desde 2004, y en *squash* las mujeres incluso superaron los premios de los hombres en 2023. En el básquetbol estadounidense, las jugadoras de la WNBA ganan en promedio 130 mil dólares al año, gracias a un convenio colectivo que les garantiza 50% de los ingresos compartidos, pero aún muy lejos de los millones de la NBA. En el hockey sueco, la selección femenina llegó a una huelga en 2019 para exigir uniformes, transporte y viáticos equivalentes: al final, lograron equiparar bonos y condiciones mínimas.

Las Matildas, la selección femenina de Australia, firmaron en 2019 un pacto para recibir el mismo porcentaje de ingresos comerciales que los hombres, además de vuelos *business* y las mismas condiciones de entrenamiento. Australia se convertía en el primer país en establecer una equidad real —al menos en las condiciones— entre sus selecciones masculinas y femeninas.

Los premios son otro universo distinto. El Mundial femenino de 2023 “distribuyó 110 millones: un cuarto de

los 440 millones del torneo masculino inmediatamente anterior.

Y hay casos extremos: en Emiratos, el Mundial entregó 4 millones de dólares al equipo femenino de Estados Unidos mientras Francia, que fue campeón en 2018, se llevó un total de 38 millones. En Estados Unidos, en 2015, el equipo femenino ganó el Mundial, pero recibió 2 millones menos que el equipo masculino, eliminado en primera ronda. Una mujer ganaba, por cada dólar de premio que ellos recibían, apenas 6 centavos.

Desde 2016, la selección femenina de EE. UU. (USWNT) investiga, reclama, demanda. Si pierden todos los amistosos imaginarios, ellas ganarían apenas 72 mil dólares; ellos, 100 mil. Si ganan todos, ellas obtendrían apenas 99 mil; ellos, un promedio de 263 320. Por cada victoria, ellas podrían recibir 1 350; ellos hasta 17 625. El premio por ganar el Mundial fue de 2 millones para ellas y 9 millones para ellos.

La lucha desembocó en un acuerdo histórico en febrero de 2022: 24 millones de compensación y un pacto de igualdad salarial reconocido oficialmente. Pero el premio sigue siendo un campo desigual: en el Mundial femenino de 2019, el botín fue de 4 millones, frente a los 38 millones del masculino anterior.

En Colombia, varias jugadoras de la selección han denunciado públicamente a la Federación por tratos discriminatorios: premios reducidos, viáticos negados, promesas incumplidas. Y en Brasil, Marta Vieira da Silva ha tenido que repetirlo en cada conferencia: “No pedimos ganar lo mismo que los hombres, pedimos respeto y condiciones dignas”.

Éste es el panorama de las mujeres en el deporte en el mundo. No en el tercer mundo, sino en el mundo-mundo

global. En pleno auge de la cuarta ola (o quinta, me perdí un poco) del feminismo, esto sigue siendo evidente.

A pesar de todo, el movimiento crece. En Argentina, tras años de lucha, la Asociación de Futbolistas logró que la liga femenina fuera reconocida como profesional en 2019, con contratos homologados por la Federación. En Brasil, la CBF anunció en 2020 que las selecciones masculina y femenina tendrían premios iguales en competiciones oficiales. En México, aunque la brecha sigue, las jugadoras cada vez alzan más la voz, exigiendo transparencia y equidad.

Lo interesante es que no se trata sólo de un reclamo salarial. Es también un reclamo cultural. Las jugadoras saben lo que significa abrir camino y ser ejemplo para las niñas. Detrás de cada gol, de cada asistencia, hay un mensaje que trasciende la cancha: que el talento no tiene género y que la dignidad no puede esperar a que el mercado “madure”.

## VI

Algunos libros ya comienzan a retratar el panorama local y global, desde lo periodístico hasta la ficción. Marion Reimers, periodista mexicana, en su libro *¡Juega como niña!*, denuncia el machismo en los medios deportivos y narra historias de resistencia que van más allá del marcador. Brenda J. Elsey, historiadora, junto con Joshua H. Nadel escriben *Futbolera. Historia de la mujer y el deporte en América Latina*, en el que reconstruyen cómo las mujeres, desde la década de 1930, desafiaron estructuras patriarcales para apropiarse del balón. Gabriela Ardila, en *A las patadas*, cuenta la historia de las colombianas que jugaron desde 1949, pese a la prohibición tácita y el desprecio. Yamile Saied Méndez, en su novela

juvenil *Furia*, crea a una protagonista argentina que sueña con ser futbolista profesional mientras lidia, fuera de la cancha, con la tradición y el machismo. Es la novela más representativa del fútbol femenino en América Latina, escrita por una autora que visibiliza cómo el deporte se entrelaza con género, violencia doméstica y desigualdad. Ganó el Pura Belpré Award, otorgado a autores latinos en Estados Unidos. De esa novela tomé el epígrafe para este texto, la doble personalidad de una chica que en la cancha es campeona y todopoderosa, mientras que en casa debe ser sumisa y seguir las reglas. Esto refleja la realidad de varias adolescentes o jóvenes: la falta de estructura, la falta de apoyo por parte de instituciones deportivas y sociales. Eso, aunado a la discriminación en casa y, muy probablemente, en la escuela, no hace las cosas más fáciles.

## VII

En los casos extremos están las jugadoras en países controlados por el Talibán, especialmente en Afganistán; es una realidad marcada por restricciones severas en varias áreas de la vida pública y privada. Desde su regreso al poder en 2021, el Talibán ha reforzado políticas que limitan significativamente los derechos de las mujeres, incluyendo su participación en deportes y actividades físicas.

En agosto de 2022, apenas unos meses después de retomar el control, las autoridades talibanas ordenaron la suspensión de las actividades deportivas femeninas en muchas instalaciones, negando a las mujeres afganas la posibilidad de participar en competencias nacionales o internacionales. La Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA) ex-

presó su preocupación por las restricciones a las atletas femeninas en Afganistán, señalando que la prohibición viola los derechos humanos fundamentales.

Pero desde entonces no se han registrado participaciones oficiales de atletas femeninas de esa región en eventos internacionales importantes, como los Juegos Olímpicos o el Campeonato Mundial. Según un informe de Human Rights Watch (2023), menos del 5% de las atletas destacadas en Afganistán siguen practicando deportes de manera clandestina o en secreto, arriesgándose a arrestos y castigos. Esta prohibición afecta a unas dos millones de mujeres y niñas que formaban parte de programas deportivos antes de 2021, de acuerdo con datos del gobierno afgano previo al control talibán.

A pesar de estas restricciones, algunas mujeres y organizaciones han intentado desafiar las prohibiciones. En 2022, algunas atletas clandestinas lograron participar en torneos locales o entrenar en secreto, exponiéndose a sanciones. Sin embargo, estas acciones aún son peligrosas y limitadas por la represión del régimen. *Persépolis*, de Marjane Satrapi, a sus veinte años de creación, está más vigente que nunca. Las mujeres siguen siendo ciudadanas de segunda categoría. O invisibles, en todo caso.

En el llamado “tercer mundo”, las mujeres sí pueden jugar, pero los resultados son éstos: se necesita una pasión a prueba de fuego. Y una resistencia tremenda, no sólo al cansancio y la frustración, sino a todo lo básico que parecen enemigos de un videojuego: llegar a la cancha ya es un logro. Un logro heroico, sin duda.

La infancia es un país, dicen algunos. El mío fue un país soleado, con una cancha o patio que una conocía por las

orillas, tratando de ser invisible, de no molestar, de no causar el comentario mordaz, burlón. No llamar la atención. Las niñas que fuimos, la niña que fui, merecíamos más que esto. Merecíamos la posibilidad, el derecho, de ser alguien. Merecíamos tener ejemplos que no vinieran únicamente del escenario pop. De nosotras, la publicidad sólo hacía mención en anuncios de toallas sanitarias. Merecíamos algo mejor. Y ahora, con el mundo que es el tiempo encima, las niñas están en un mejor lugar, pero me temo que siguen en una soledad similar. Se necesita de un pueblo entero para criar a esas niñas, para que lleguen a la cancha, a cualquier parte, con la misma confianza que los niños. Se necesita que sepan que tienen un cuerpo, una opinión, que tienen fuerza, que pueden creer en ellas mismas, que pueden patear lo que sea necesario.

# El retorno de la chiva pródiga

Antonio Ortuño

¿Qué sabrás tú sobre lo que significa perder algo, Ozymandias, rey de reyes, si moriste convencido de tu eternidad? Muchos no gozamos de tal fortuna. A los once años, era yo poseedor de una pequeña colección de tesoros futboleros. Al cumplir doce, la perdí para siempre. O casi: mucho después, recobré una chivita de plástico de las garras del olvido. Tendré que explicarme.

\*\*\*

Desde pequeño fui el único interesado por el fútbol en una familia de escépticos. Mi abuelo, español, simpatizaba con el Atlético de Madrid, pero su postura era de fatalismo puro. No le interesaba el deporte en sí y mucho menos los hipotéticos triunfos de su equipo. Le iba al Atleti porque le pegaba la gana y, sobre todo, porque el Real Madrid y su afición le caían en la punta del hígado. Si el Atleti ganaba o perdía, le daba lo mismo; eran los suyos y ya. No sentía la necesidad de estar atento a su destino: sucedería con ellos lo que tuviera que suceder. Eso pensaba.

De aquella misma escuela filosófica era mi madre, también española, quien creció de este lado del mar, en Guada-

lajara, y decía irle a las Chivas, pero prefería contar ladrillos en la pared antes que ver un juego en televisión, y me mandaba a leer cuando yo daba señales de que iba a hacerlo, porque lo consideraba un desperdicio de energías y una pérdida de tiempo. Alguien, quizá, reparará en la contradicción (hasta biológica, diría Allende) de que una señora española simpatizara con las Chivas, equipo nacionalista por excelencia y en el que sólo juegan mexicanos por suelo o sangre. Mi madre lo explicaba con una frase: “¿Esperan que les vaya a equipitos pinches como el Atlas?”, la cual le heredé y que me ha metido en broncas siempre, porque, *karma* de por medio, una buena parte de mis amigos en la vida adulta son atlistas. En fin.

Mi padre era otro que no hubiera ido a un estadio ni a rastras. Él apoyaba, de dientes para afuera, a los Pumas, porque era egresado de la UNAM, pero un día le mencioné al Tuca Ferreti y él pensó que le hablaba de un bailarín de samba. Por su lado, mis hermanos eran un par de melómanos consumados que dedicaban sus energías a conseguir todos los vinilos y casetes de rock que les fuera posible. Los deportes les interesaban de modo secundario y aquellos que seguían eran muy distintos al fútbol: el grande miraba la Fórmula 1 y la NFL; el segundo, la NBA.

Pero ellos eran mucho mayores que yo, estudiaron en colegios maristas, rodeados de chamacos privilegiados, y a mí me tocó crecer en época de vacas flacas: nuestros padres se separaron y el viejo aprovechó cuanta argucia legal tuvo a mano para no dar un centavo de pensión. Mi madre debió hacerse cargo de todos los gastos familiares y así fue como yo estudié desde la primaria en puras escuelas públicas (tiempo después, por separado, mis hermanos me confesa-

ron su envidia, porque mis escuelas fueron modestas, sí, pero también mixtas, al contrario que los colegios maristas de la época).

Total: pronto descubrí que, en la esfera de la educación oficial, la obsesión por el fútbol era inevitable y casi el único modo de convivir, al menos entre varones, aunque tampoco faltaran las niñas futboleras. Hablo de los años ochenta del siglo pasado. Existían dos grandes grupos en el salón: quienes entendíamos que las Chivas eran el representante de nuestra comunidad y las apoyábamos, y aquellos hipnotizados por la televisión y adictos a los éxitos fáciles, que preferían al América, equipo odioso, capitalino y propiedad del Grupo Televisa. (Una tercera variedad, menor, incluía a los excéntricos que hinchaban por otros cuadros.)

Así, en parte por gusto y en parte para no quedarme sin tema de conversación, me hice futbolérisimo. Sabía las alineaciones de todos los equipos de la primera división mexicana, y como no tenía permitido ver los juegos en la tele, me encerraba, a escondidas, para oír por la radio los que podía, y acopiar así algún material digno de comentarse con los amigos. Y era feliz.

\*\*\*

En aquellos días, compartía habitación con mi hermano Ángel, casi ocho años mayor que yo. Él vivía concentrado en un mundo muy diferente al mío: el del *heavy metal* y el *punk rock*. Las paredes alrededor de su cama estaban cubiertas con posters de los Sex Pistols, Motörhead, Black Sabbath, Kiss, Iron Maiden, The Clash, y sobre la cabecera había instalado uno enorme, con Wendy O. Williams, de The Plasmatics, que le

daba escalofríos a mi madre, porque la buena de Wendy tenía facha de guerrera apocalíptica y se tapaba los pezones con trozos de cinta aislante. Los posters llegaban encartados en revistas históricas ya desaparecidas hace años, como *Connecte* y *Sonido*.

A mí me encantaba esa música, claro. Los otros niños de la escuela oían a Timbiriche, mientras que yo llevaba un casete de Judas Priest en el *walkman*. Pero mi prioridad era el fucho y, un día, decidí que mi lado de la habitación también debía contener un altar. Pegué en la pared un póster de la selección mexicana que había disputado el Mundial del 86, en la que participó un solo jugador de las Chivas, el defensa Fernando Quirarte, ídolo de mi infancia. Coloqué a su lado otro de la selección española, en honor a mis raíces y a que había crecido en el amor por la que entonces era conocida como la Furia Roja. Esto ocurrió porque en el dichoso Mundial del 86, que se celebró en México, a la Furia le tocó Guadalajara como sede y se alojó en un hotel que estaba cerca de mi casa. Resultó que su preparador físico había sido compañero de estudios de mi tía, ambos se pusieron en contacto y mi tía me llevó de visita a la concentración. Aparecieron por ahí Butragueño, Michel, Camacho, Zubizarreta... Todos. Los jugadores me regalaron un póster autografiado, y también banderines, llaveros y hasta una playera. No tuve otra opción que endiosarlos.

Pero hubo más. Mi mejor amigo de la primaria era estudiante en la escuela de fútbol de las Chivas y me regaló, en un cumpleaños, un póster con los jugadores que habían sido campeones de la liga 86-87. No le faltaba un solo autógrafa, ni siquiera el del utilero. Lo pegué para completar la Divina Trinidad de la pared: dos seleccionados nacionales y

un club. Con el tiempo, fui consiguiendo más piezas: una bandera del Guadalajara, que era como la francesa pero con una cara de chiva en el centro; un escudote impreso de la selección mexicana; la reproducción de una foto muy vieja (de por allá de 1908) con la primera alineación de Chivas que usó la playera arquetípica, a rayas rojas y blancas... y que en la imagen, claro, eran sepias.

Le heredé a mi abuelo la afición por el Atleti, además, pero no tuve ocasión de conseguir ninguna *memorabilia* pertinente. En mi ciudad únicamente había interés por el Real Madrid, e incluso, en la época, era extraño toparse con un partidario del Barcelona que no fuera descendiente directo de catalanes (hablo de días muy anteriores a Ronaldinho y Messi y al *boom* publicitario de los azulgranas). El único recordito del Atlético que poseí de chico fue la página de una revista española, del año del caldo, en la que aparecía una fotografía del gran Luis Aragonés, en uniforme de manga larga y abrazado a un balón. Cuando mi abuelo murió decidí que, para honrarlo, incluiría el retrato de Aragonés en el altar.

Pero la pieza más curiosa de mi colección era muy distinta. Se trataba de una pequeña figurilla de plástico, de unos siete centímetros de altura, que representaba a una chiva antropomórfica, con los brazos en jarras y el pie apoyado en un pequeño balón. Tenía barbitas y una sonrisa apenas insinuada, de Gioconda. No era la fea e hipermusculada mascota de los dosmiles, a la que algún publicista en ácido bautizó como Chiva Fighter. No: era una efigie humilde, vieja y simpática. La encontré tirada en la calle un día, cubierta de tierra y medio oculta en los bajos de un árbol. La llevé a casa, la lavé y la marqué en la parte inferior de la base

con una llave, ya ni recuerdo por qué. Quizá quería tallarle mi nombre pero no supe cómo. Los colores del uniforme se le habían despintado hasta esfumarse, pero la chiva en sí estaba entera, orgullosa. Me dio miedo retocarla y que me salieran chuecas las franjas de su camiseta, y mejor la dejé tal cual, decolorada e imperial, a la orilla de un librero.

Sólo que había olvidado un detalle importante: los aficionados al *heavy metal* pueden ser (somos) un poco talibanes. A mi hermano Ángel no le caía en gracia mi afición. Despreciaba el fútbol y me auguraba que, si seguía obsesionado con él, emprendería un viaje sin retorno al reino de la ignorancia, los empleos mal pagados y la prisión. Abría cualquier periódico en la sección policiaca y me decía: “Mira, mira al que arrestaron por robar. ¿Qué lleva puesto? Una playera de las Chivas”. Yo, en cambio, no argumentaba en contra de su amor por el *rock* ruidoso y desenfrenado porque lo compartía.

\*\*\*

Cumplí doce años en el verano del 88, la primaria terminó y fui aceptado en una secundaria estatal. Una amiga de mi madre nos invitó a un balneario a la orilla del lago de Chapala, pues contaba con una membresía que le daba derecho a pasar una semana en un bungalow de tiempo compartido. El bungalow era cómodo, y estaba rodeado por albercas, jacuzzis de agua termal, canchas de tenis, jardines... un lugar francamente agradable. Nos fuimos a pasar las vacaciones y a celebrar mi cumpleaños, que caía en esos días. A mí me encantaba aquel tiempo compartido porque mi mejor amigo y su familia vacacionaban en el mismo lugar y por las mismas

fechas. Nos pasábamos los días dando balonazos en los jardines y, claro, hablando de fut: qué fichajes podrían hacer las Chivas, qué jugadores iban a llamar a la selección, etcétera.

Partimos, pues, y mi madre le pidió a Ángel (quien tenía ya casi veinte años y se quedaría solo en casa) que pusiera en orden nuestra recámara, perpetuamente sumida en el caos. Teníamos los libreros desbordados, el armario rebosante de blancos de cama arrugados y tres o cuatro montañas de papeles escolares a punto del colapso en el escritorio. Mis cajas de juguetes, a las que acudía ya muy poco, estaban revueltas, y mi ropa andaba siempre fuera de sitio y hecha bolas, pero Ángel, sin duda, era el principal culpable del desastre. No era capaz de poner nada en su lugar. Hospedaba platos y tazas en los cajones, tiraba las colillas de cigarro al suelo y las pisoteaba, o dejaba un tequila a medio beber en un vasito fiestero rojo al lado del apagador de luz. Mi madre hizo énfasis en el hecho de que revisaría el cuarto apenas regresáramos de las vacaciones y estableció que las consecuencias de no encontrarlo impecable serían terribles.

\*\*\*

Volvimos la primera semana de agosto. En casa me esperaba el horror. Mi hermano no se limitó a arreglar la recámara y poner remedio al tiradero. No: lanzó una cruzada de destrucción, una *blitzkrieg* de exterminio. Los elementos de mi altar y la totalidad de mi pequeña colección de memorizas futboleras se habían ido directo a la basura. No se deshizo nada más de lo que colgaba de la pared: se deshizo hasta del último objeto. Botó a la nada las revistas, lla-

veros y banderines, e incluso mis playeras. No quedó una sola cosa relacionada con el fútbol en aquella habitación nuestra.

Me quedé helado ante los muros, desnudos y tallados con estropajo para dejarlos blancos, aunque las huellas de la cinta adhesiva arrancada perduraran en la pintura. Nunca, antes de ese instante, me sentí tan indefenso y despojado. Primero, tuve la esperanza de que se tratara de un intento de “lección” y pensé que, con suerte, mis pertenencias estarían guardadas en unas bolsas, por ahí, aún mías. Pronto, la sonrisita chueca de mi hermano me confirmó que era mejor desengañarse.

Sentí una punzada repentina en el estómago. ¿Y la chivita descolorida de plástico? Esa podría haber permanecido guarecida en el librero, a salvo de la masacre. Volteé la cabeza, pero en vano. La figura ya no estaba.

Ángel respetó escrupulosamente el resto de mis pertenencias, debo decir. Limpió y acomodó mis libros; metió en bolsas mis juguetes y las guardó en la parte más profunda del clóset; dejó mi ropa bien doblada y en orden perfecto en los estantes. También, en un intento de mostrarse imparcial, retiró la mayor parte de sus posters de las paredes. Sólo Wendy O. Williams siguió allí, con sus tetas amenazantes recubiertas de cinta negra, mirándonos con lo que parecía ser sorna. Era el amor platónico de mi hermano.

Mi madre estaba feliz. No solamente se negó a escuchar mis reclamos e impartir justicia, sino que me culpó por el destino aciago de mi colección. “Debiste dejarlo todo acomodado. Pero no, claro que no, tenías un tiradero... Y tu hermano sólo hizo lo que yo le dejé encargado, así que deja de quejarte”, dijo.

Quizá compartía la macabra opinión de que acabaría yo de vendedor ambulante o, peor, como peón del crimen, por disfrutar del fútbol. Dio el asunto por cerrado y no quiso oír más.

\*\*\*

Ríanse, si quieren, pero aquello representó una hecatombe para el chamaco que era yo. Sentía como si hubieran tirado a la basura no sólo unos carteles, sino mi identidad. Me dolía recordar mi playera verde y deshilachada de la selección mexicana, o la de Chivas, a la que, por cierto, se le despegaba el escudo, porque era el vil parche de una prenda pirata. Por aquel entonces, no había control alguno de los derechos de imagen y hasta en el supermercado vendían ropa de imitación.

La aniquilación de mis tesoros afectó, y mucho, mi manera de relacionarme con el fútbol. Despertaba en las mañanas sólo para darme cuenta de lo que ya no estaba allí: mis autógrafos de Quirarte, de los tres primos De la Torre, del Zully Ledesma. O los de un par de jugadores del Guadalajara “Campeonísimo” de los años sesenta, a los que había ido a conocer a una estación de radio, entre ellos, el Tubo Gómez, único futbolista del que mi madre recordaba el nombre. O los de la selección española... todo había sido aniquilado. Pero lo peor, creo, era la ausencia de la pequeña efigie de la chiva. Me enfurecía recordarla. Llegó de la calle, le di un hogar, y luego el destino me la arrebató. Eso pensaba yo.

Preferí patear el asunto a lo más recóndito de mi memoria. Caí en depresión y el fútbol dejó de apasionarme. Muchas cosas cambiaron al final del verano: entré a una escuela

nueva, con diferentes compañeros e intereses. Otras realidades. Me refugié en la lectura y en el rock, que hasta entonces había sido una presencia infaltable en mi vida, pero como una suerte de amigo lateral. Pasé a ser un activo buscador de nueva música.

A partir de aquel otoño, la música ocupó en mi vida el trono que había ostentado el fútbol. Luego llegaron tiempos moviditos. Comencé a trabajar joven, a los catorce. Tuve mi primera novia a esa edad. Y empecé a enredarme cada vez más con la literatura: leía como desquiciado, me la vivía metido en librerías de segunda mano, comencé a escribir cuentitos.

El fútbol se quedó en el trastero de mi mente, como la cicatriz de un pasado triste. Dejé de saber los nombres de los jugadores en activo.

\*\*\*

Ya a estas alturas de mi vida, con casi medio siglo a cuestas, debo confesar que he encontrado en la literatura y la música momentos más plácidos y felices que cualquiera de los que me dio el pinche fut. Ningún árbitro vendido, ningún hermano cabrón puede arruinar los días eufóricos que me ha entregado la lectura ni las noches gloriosas que me ha regalado la música. Pero no se crea que desdeño al fútbol; de hecho, me parece detestable todo aquel que, desde el pedestal de las artes, pontifique y diga que es una mugre. Lo siento: es maravilloso y adictivo. Pero luego de mi pérdida, ya no me funcionó como un compañero para la vida. Ahora prefiero mantenerlo en donde las circunstancias lo pusieron: lejos.

Creo que el futbol tiene todo el poder que uno le conceda. Y yo, por distintas razones, le he concedido muy poco. Sin embargo, sé que ahí está y que podría engancharme si lo permito. Sé que, si me descuido, pasaré el día pegado al televisor y miraré todos los partidos, compraré las camisetas de mis equipos, memorizaré los nombres y apodos de los jugadores y viviré pendiente de las actualizaciones del mercado. Me gustaría conservar aún esos posters, playeras y banderines autografiados que tiró mi hermano, pero sé que resultan más valiosos como recuerdos (siempre perfectos) que como fetiches empolvados.

Ya han muerto mis padres, mi hermano Ángel y la tía que me llevó a conocer a la Furia Roja Sólo me queda un hermano, el mayor, que se fue de casa desde que era yo pequeño. Con él hablo de la NFL. No le gusta el fut. Tampoco el *heavy metal*.

Para mí, el futbol es un símbolo del tiempo perdido, y a veces recupero su sabor cuando leo sobre la victoria de alguno de los cuatro equipos disímbolos con los que están comprometidas mi memoria y mi lealtad: las Chivas y el Atleti, las selecciones de México y España.

Aunque, sí, a veces me gustaría vivir un triunfo colectivo tan grande que me lleve a las calles, confundido entre la gente, en mitad de la fiesta.

\*\*\*

Ah, pero falta hablar del retorno de la chivita.

Hace unos meses, mientras caminaba por avenida Chapultepec, en Guadalajara, me topé con un bazar. Es común que se instalen puestecitos en sus amplios camellones y un

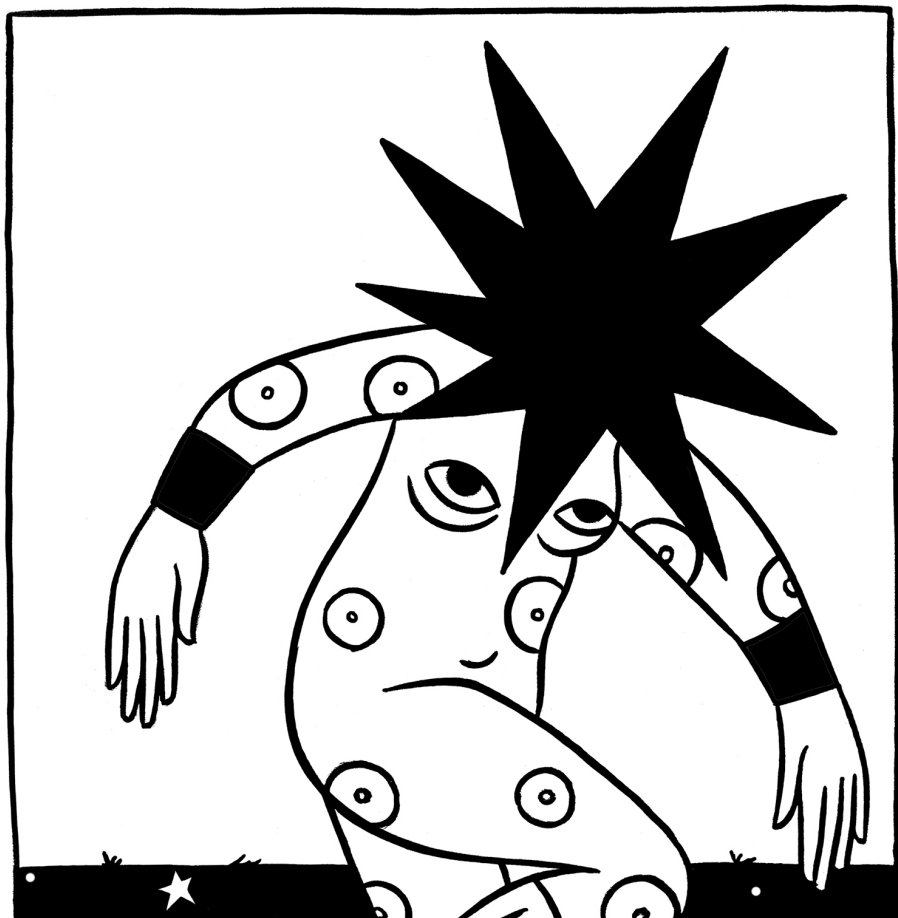
par de veces he comprado libros usados allí. Algunos de esos tenderetes pertenecen a vendedores fijos. Otros sólo aparecen de vez en vez.

La vi en uno de ellos, repentina como un rayo. De pie y con los bracitos en jarras, su sonrisa elegante, descolorida como siempre, treinta y cinco años después de su desaparición. ¿O era otra, igual a la mía? La tomé de entre un montón de juguetitos viejos, incompletos, descascarados: luchadores, princesitas, Playmobil sin cabello. La revisé, tembloroso. La mía tenía una muesca en la base, pensé, la que le hice con la llave. Y estaba allí. El estómago me saltó a la garganta. Era mi chiva. El vendedor me la ofreció en diez pesos y le di cincuenta del puro gusto.

¿Cómo fue que la chivita se salvó del bote de la basura, qué clase de pepenador ignoto la recuperó de ahí? ¿Y en qué compañía estuvo durante tres decenios y medio? ¿Y cómo fue que regresó una vez más a las calles para llegar, al final, hasta aquel puesto improvisado y a mis manos? No lo sé. Quizá exista un destino manifiesto, después de todo, y el de esta chiva fuera regresar a mi vida. Ahora mismo está en el escritorio en el que reposa mi máquina y tecleo.

El imperio del gran Ozymandias se derrumbó a su muerte. Yo perdí el mío en vida, pero con la chivita recuperé un fragmento crucial.

Qué quieren: me siento como si hubiera metido un gol en tiempo de reposición.





# Semblanzas

**Amanditita**, nombre artístico de Amanda Escalante (Tampico, Tamaulipas, 1979), es cantante y escritora, pionera del género musical anarcumbia, estilo que ella misma creó: una propuesta enteramente urbana que mezcla géneros como el rock, el reggae, el rap y la cumbia mexicana. Su música ha resonado en múltiples países de América Latina y Europa. Su obra se caracteriza por un humor certero y una aguda crítica social. En sus libros y discos explora la vida cotidiana mexicana, la desigualdad y la resiliencia como ejes centrales de la experiencia social. Como tallerista, vincula la escritura con la salud mental y trabaja la palabra como una herramienta de autoconocimiento.

**Martín Caparrós** (Buenos Aires, 1957) se licenció en Historia en París. Ha vivido en Madrid, Nueva York y Barcelona; ejerció el periodismo en medios gráficos, radio y televisión; dirigió revistas literarias y gastronómicas, y tradujo a Voltaire, Shakespeare y Quevedo. Recibió la beca Guggenheim; los premios Planeta y Herralde de novela; los premios Tiziano Terzani, Roger Caillois y Caballero Bonald de ensayo, y los premios Rey de España, Moors Cabot y Ortega y Gasset de periodismo. Ha publicado más de cuarenta libros en más de treinta países. Los más recientes –libros, no países– son las novelas *BUE* y *La verdadera vida de José Hernández* (en verso); los ensayos *Ñamérica* y *El mundo entonces*, y unas singulares memorias semipóstumas tituladas *Antes que nada*.

**Rosa Beltrán** (Ciudad de México, 1960) es novelista, cuentista, ensayista y editora. Es licenciada en Letras Hispánicas por la UNAM y doctora en Literatura Comparada por la Universidad de California (UCLA). Entre sus novelas se encuentran *La corte de los ilusos* (Premio Planeta, 1995), *El paraíso que fuimos*, *Amores que matan*, *Alta infidelidad*, *El cuerpo expuesto*, *Radicales libres*, *Cuentos darwinianos* y *Verdades virtuales*. Ha recibido numerosos reconocimientos,

entre ellos los otorgados por la American Association of University Women; el Premio Universidad Nacional para Jóvenes Académicos; el Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz de la UNAM; el Distinguished Scholar por la UCLA; el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco (2022), y el Premio Internacional Nuevo León Alfonso Reyes (2024). Fue directora de Literatura de la UNAM y de la Casa Universitaria del Libro; actualmente es coordinadora de Difusión Cultural de la UNAM.

**Paulina Chavira** (Ciudad de México, 1980) es periodista, asesora lingüística y aficionada del fútbol femenino. Desde 2022 es comentarista de fútbol femenino y actualmente es conductora del programa #PatadaPuma, en TV UNAM. De 2016 a 2019 fue editora de *The New York Times* en Español, donde estuvo encargada de redactar el manual de estilo de la publicación. Estudió Periodismo y ha sido conductora y productora de los podcasts *Encanchadas. Historias de fútbol femenino* (2022-2024) y *El café de la mañana* (2020-2022), de Spotify y *Reforma*, periódico en el que también fue coeditora web de la sección Internacional en 2004. Es autora del *Antimanual de lenguaje igualitario* y, en sus redes sociales, promueve por igual información sobre la lengua y del FutFem.

**Eréndira Derbez** (Ciudad de México, 1991) es escritora e ilustradora, especializada en temas de arte, género e historia. Estudió en el Departamento de Arte de la Universidad Iberoamericana y en el Departamento de Género de la London School of Economics (LSE). Actualmente es estudiante de doctorado en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Cambridge. Es coautora de *Mapas Corporales* (Lumen, 2023) y de *No son micro. Machismos cotidianos* (Penguin Random House, 2024). Además, es autora de *Inés Amor y los primeros años de la galería de arte mexicano* (Bonilla Artigas, 2024) y *Dibujo por no llorar* (Hachette, 2025). Ha sido galardonada con los premios Antonio García Cubas (INAH) y Miguel Covarrubias (INAH), entre otros reconocimientos. Es cofundadora de Estudio Plumbago, un proyecto de diseño y arte con perspectiva social, con sede en la Ciudad de México.

**Francisco Hinojosa** (Ciudad de México, 1954) es escritor y egresado de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas de la UNAM. Ha publicado numerosos libros de poesía, cuento, novela, ensayo, crónica de viajes, así como más de treinta títulos de literatura infantil y juvenil. Entre estos destacan *La peor señora del mundo*, *Aníbal y Melquiades*, *La fórmula del doctor Funes*, *Una semana en Lugano*, *A golpe de calcetín* y *Con los ojos abiertos*, algunas de las cuales han sido adaptadas al cine y al teatro. Ha sido autor y colaborador de varios libros de texto y antologías para primaria, secundaria

y preparatoria. Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, nombrado embajador de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil, y es miembro del Sistema Nacional de Creadores.

**Antonio Ortuño** (Zapopan, Jalisco, 1976) es narrador, guionista, articulista y profesor de escritura creativa. Ha publicado once novelas y cuatro libros de relatos, entre los que destacan *La fila india*, *Olinka* y *La Armada Invencible*, además de diversas obras de literatura infantil y juvenil. Ha sido reconocido con el Premio Internacional Ribera del Duero de Narrativa Breve y el Premio Bellas Artes Hispanoamericano Nellie Campobello. Sus obras han sido traducidas a media docena de idiomas. Su novela *Recursos humanos* fue llevada al cine en 2023 y recibió cuatro nominaciones a los premios Ariel. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores y fue seleccionado como escritor residente en la ciudad de Berlín por la Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD).

**Juan Carlos Quezadas** (Ciudad de México, 1970), conocido como el Gato, inició su historia en la capital del país, pero pudo haberlo hecho en Lisboa, San Salvador o Liverpool. Se dedica a la escritura para niñas, niños y jóvenes porque considera que son el público lector más inteligente que existe. Ha publicado cerca de treinta libros; entre los más recientes se encuentran *Los vampiros regresan en primavera* (Ediciones El Naranjo, 2023) y *Lo que comen los diablitos* (Ediciones SM, 2024). Ha recibido numerosos premios por su obra, entre ellos el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola de la Universidad de Guadalajara; el Premio Bellas Artes de Cuento Infantil *Juan de la Cabada*; el Premio Hispanoamericano Castillo de Literatura Infantil y Juvenil, y el Premio Barco de Vapor de Ediciones SM. Es miembro de Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA.

**Jesús Ramírez-Bermúdez** (Ciudad de México, 1973) es médico especialista en neuropsiquiatría y se desempeña en el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía como clínico, profesor e investigador. Es doctor en Ciencias Médicas por la UNAM, institución en la que también trabaja como profesor de metodología científica, y pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Es autor de la novela *Paramnesia* (Sudamericana, 2006); del libro de divulgación científica *Depresión: la noche más oscura* (Penguin Random House, 2020) y de tres ensayos clínicos y narrativos: *Breve diccionario clínico del alma* (Penguin Random House, 2010), *Un diccionario sin palabras* (Almadía, 2016) y *La melancolía creativa* (Penguin Random House, 2022).

**Marion Reimers** (Ciudad de México, 1985) se ha consolidado como una de las figuras centrales del periodismo deportivo en México, al romper barreras en espacios históricamente excluyentes, destacar como analista de la UEFA Champions League y obtener reconocimientos como el Premio Ondas Globales del Pódcast y la Medalla Hermila Galindo. Su trayectoria incluye el impulso a la igualdad de género como embajadora de ONU Mujeres México; la presidencia de Somos Versus, organización contra la discriminación de la mujer en el deporte; su participación como inversionista en el Washington Spirit; la publicación del libro *¡Juega como niña!*; su nominación como la primera mexicana a un Emmy deportivo, y su papel pionero como comentarista en una final de la Champions League. Todo ello está respaldado por su formación académica en la Universidad Torcuato Di Tella, en Argentina, y el ITESM, en México.

**Brenda Ríos** (Acapulco, Guerrero, 1975) es ensayista y poeta. Imparte talleres de escritura creativa en distintos espacios del país. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y es miembro del Sistema Nacional de Creadores 2024-2027. Ha publicado más de diez libros, entre ellos *Tudo vive no meio da terra*; *Aspiraciones de la clase media* (UANL-UNAM); *Raras. Ensayos sobre el amor lo femenino la voluntad creadora*, y *Las canciones pop hacen pop en mí. Ensayos sobre lo cotidiano, lo ridículo, lo superfluo*. Libros y textos suyos han sido publicados en países como Brasil, Colombia y España. Recibió el Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano y el Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo.

**Juan Villoro** (Ciudad de México, 1956) es escritor y periodista. Es profesor en la UNAM y ha sido profesor visitante en las universidades de Yale, Princeton, Stanford, Berna y Pompeu Fabra de Barcelona, así como en la Fundación de Nuevo Periodismo, creada por Gabriel García Márquez. Es columnista de *Reforma* (México) y fue director de *La Jornada Semanal*. Ha recibido diversos reconocimientos: el Premio Iberoamericano José Donoso y el Manuel Rojas por el conjunto de su obra; el Premio Herralde por su novela *El testigo*; el Premio ACE por su obra de teatro *Filosofía de vida*, y el Premio José María Arguedas por su novela *Arrecife*. Su labor periodística ha sido reconocida con los premios Rey de España, Ciudad de Barcelona, Manuel Vázquez Montalbán, Diario Madrid y el Premio Gabo. Entre sus obras más recientes se encuentran la novela *La figura del mundo*; *El orden secreto de las cosas*, un libro a su padre, el filósofo Luis Villoro, y *No soy un robot*, un análisis del papel de la lectura en tiempos de la sociedad digital.

Tiro libre. *Relatos cancheros sobre futbol*, editado en marzo de 2026 por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM. Para su composición se usó el tipo Joanna MT Std de 12 puntos.

Directora general de Publicaciones y Fomento Editorial: Socorro Venegas. Subdirectora editorial: Elsa Botello. Coordinadora de la colección: Andrea Fuentes Silva. Diseño y formación: Miguel Venegas. Cuidado editorial: Angélica Antonio e Ileana Arias.